MUY HISTORIA

EDICIÓN COLECCIONISTA



ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:

CARLOS V

GUERRAS, FE Y PODER: LA VERDAD SOBRE EL EMPERADOR MÁS PODEROSO DE LA HISTORIA



El emperador Carlos V, retratado por Tiziano tras su victoria en Mühlberg (1547), encarna aquí la apoteosis de la monarquía universal. Esta fue la última gran imagen de un poder que ya empezaba a resquebrajarse.

«HABÉIS MENESTER DETERMINAROS EN DOS COSAS; LA UNA Y PRINCIPAL: TENER SIEMPRE A DIOS DELANTE DE VUESTROS OJOS, Y OFRECEDLE TODOS LOS TRABAJOS Y CUIDADOS QUE HABÉIS DE PASAR, Y SACRIFICARÁS ESTAR MUY PRONTO A ELLOS; Y LO OTRO, CREED Y SER SUJETO A TODO BUEN CONSEJO. CON ESTAS DOS PROPOSICIONES SUPLIRÉIS LA FALTA DE VUESTRA POCA EDAD Y EXPERIENCIA (...)»

Testamento político del emperador. Instrucciones de Carlos V a su hijo Felipe II. Palamós, 4 de mayo de 1543

Emperador, rey y César

Gante fue el escenario que vio nacer en 1500 a un príncipe destinado a reinar sobre cuatro mundos. De Borgoña heredó el gusto por la ceremonia y la diplomacia; del Sacro Imperio Germánico, la conciencia de una estirpe milenaria; de Castilla, la energía de la monarquía centralizada, y de Aragón, el respeto por las instituciones pactistas. En esta revista buscamos su origen para entender cómo se forma su Imperio a través de una suma de herencias que lo convirtieron en uno de los soberanos más poderosos de la historia.

A los diecinueve años fue proclamado rey y, poco después, emperador del Sacro Imperio Romano. Además de un tesoro, su inmenso imperio era también un laberinto. La pluralidad de reinos, leyes y lenguas obligó a Carlos a ser viajero y mediador antes que soberano, en busca de un equilibrio imposible entre fe, poder y política. Era demasiado borgoñón para los castellanos, demasiado español para los flamencos y demasiado piadoso para los príncipes alemanes.

Su ideal era el de una *res publica* cristiana que uniera la cristiandad frente a la herejía, el islam y el desorden político, pero aquel sueño halló pronto sus enemigos: Francisco I de Francia, el turco Solimán, los reformadores alemanes, incluso sus propios súbditos. Y todo, mientras la conquista de América lo convirtió en el primer monarca global: un emperador entre el viejo orden medieval y la modernidad que despuntaba. Su abdicación en 1556 no fue derrota, sino aceptación de una realidad: quiso gobernar el orbe entero y acabó topándose con los límites humanos del poder. Dejó a sus sucesores el peso de una herencia inmensa y un ideal imposible, el de un Imperio donde nunca se pusiera el Sol.

CRISTINA ENRÍQUEZ
DIRECTORA



Alegoría del emperador Carlos como gobernante de vastos reinos (1604), de Pedro Pablo Rubens.

ASC



Estatua de Carlos V situada en el Paseo de las Estatuas, en el Parque del Retiro de Madrid. ISTOCK

CONTENIDOS

ÁRBOL GENEALÓGICO 8

NACIMIENTO, HERENCIA Y CONTEXTO 10

CARLOS EN LOS PAÍSES BAJOS 28

UN REY EXTRANJERO EN CASTILLA 40

LA REVOLUCIÓN DE GANTE 56

LA FORMACIÓN DEL IMPERIO DE CARLOS V 62

ISABEL, LA AMADA ESPOSA 80

EL PODER DE CARLOS V EN ALEMANIA 86

EL IMPERIO ANTE LA REFORMA DE LUTERO 104

LAS GUERRAS DE ITALIA Y LA RIVALIDAD CON FRANCISCO I 122

LA AMÉRICA DE CARLOS V 134

EL RETIRO DEL CÉSAR 154

BIBLIOGRAFÍA 160

x.com/byneontelegram

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:

MAXIMILIANO I DE HABSBURGO
1459-1519





MARÍA DE BORGOÑA
1457-1482

MARGARITA DE AUSTRIA
1480 -1530



FELIPE I DE HABSBURGO
1478-1506
(el Hermoso)





MANUEL I DE PORTUGAL
1469-1521



LEONOR DE AUSTRIA
1498-1558



FRANCISCO I DE FRANCIA
1494-1547



ISABEL DE AUSTRIA
1501-1526



CRISTIÁN II
1481-1559



ISABEL DE PORTUGAL
1503-1539



CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA
1500-1558



MAXIMILIANO II
1527-1576



MARÍA DE AUSTRIA
1528-1603

FELIPE II
1527-1598
(el Prudente)





ALBERTO DE AUSTRIA
1559-1621



ISABEL CLARA EUGENIA
1566-1633



FELIPE III
1578-1621



LUIS XIII DE FRANCIA
1601-1643



ANA DE AUSTRIA
1601-1666

ISABEL DE FRANCIA
1602-1644



MARIANA DE AUSTRIA
1634-1696





FELIPE IV
1605-1665
(el Rey Planeta)



LUIS XIV DE FRANCIA
1638-1715
(EL REY SOL)



MARÍA TERESA DE AUSTRIA
1638-1683



MARÍA ANA VICTORIA DE BAVIERA
1660-1690



LUIS DE FRANCIA
1661-1711



CARLOS II
1661-1700
(el Hechizado)

1



MARÍA LUISA DE ORLEANS
1662-1689

2



MARIANA DE NEOBURGO
1667-1740

FINAL DE LA DINASTÍA DE LOS AUSTRIAS



FERNANDO II DE ARAGÓN 1452- 1516



ISABEL I DE CASTILLA 1451- 1504



JUANA I DE CASTILLA 1479-1555 (la Loca)



ISABEL DE ARAGÓN Y CASTILLA 1470-1498



JUAN DE CASTILLA Y ARAGÓN 1478-1497



MARÍA DE ARAGÓN 1482-1517



CATALINA DE ARAGÓN 1485-1536



MARÍA DE HUNGRÍA 1505-1558



LUIS II DE HUNGRÍA Y BOHEMIA 1506-1526



CATALINA DE AUSTRIA 1507-1578



JUAN III DE PORTUGAL 1502-1557 (EL PIADOSO)



FERNANDO I DE HABSBURGO 1503-1564



ANA DE BOHEMIA Y HUNGRÍA 1503-1547

1



MARÍA MANUELA DE PORTUGAL 1527-1545

2



MARÍA TUDOR 1516-1558 (REINA DE INGLATERRA)

3



ISABEL DE FRANCIA 1545-1568

4



ANA DE AUSTRIA 1549-1580



JUANA DE AUSTRIA 1535-1573



JUAN MANUEL DE PORTUGAL 1537-1554

EL ORIGEN DE LOS AUSTRIAS

Los Austrias dejaron de ser los monarcas españoles debido a la muerte sin descendencia de Carlos II. Varias causas lo provocaron, entre ellas la endogamia de los reyes, una mala práctica matrimonial que conllevó que el Hechizado padeciera, entre otros males, infertilidad. El 3 de octubre de 1700, un enfermo Carlos II firmaba el testamento que ponía fin a la dinastía de los Austrias en España y pasaba la Corona al futuro Felipe V de Borbón.



MARGARITA DE AUSTRIA 1584-1611



CATALINA MICAELA 1567-1597



CARLOS MANUEL I DUQUE DE SABOYA 1562-1630



MARÍA ANA DE AUSTRIA 1606-1646



FERNANDO III DE HABSBURGO 1608-1657



FERNANDO DE AUSTRIA 1609-1641



MARGARITA TERESA DE AUSTRIA 1651-1673



LEOPOLDO I DE HABSBURGO 1640-1705



ESCUDO DE LA CASA DE AUSTRIA

WIKIPEDIA

El emperador Carlos V (1605), por Juan Pantoja de la Cruz. Esta obra es una copia de un retrato del pintor italiano Tiziano.

LOS ORÍGENES
BORGOÑÓN-HISPÁNICOS

Nacimiento, herencia y contexto

La modernidad de Carlos radica en que fue el primer soberano verdaderamente europeo no solo por sus dominios, sino por su manera de pensar la política como comunicación. Carlos I de España y V del Sacro Imperio no nació para un solo reino: nació en el cruce de todos. Su educación borgoñona, su legitimidad hispánica y su vocación imperial lo convirtieron en el primer monarca realmente europeo. En él se condensó la idea —tan moderna aún— de que la autoridad no puede existir sin diversidad, y que el poder solo se mantiene cuando sabe escuchar.

El 24 de febrero de 1500, a orillas del Lys, en la bulliciosa ciudad flamenca de Gante, vino al mundo un niño destinado a gobernar el continente: Carlos de Habsburgo, hijo de Felipe el Hermoso y de Juana de Castilla, nieto del emperador Maximiliano I y de los Reyes Católicos. Ningún heredero europeo había concentrado hasta entonces un mapa genealógico tan vasto. En su sangre confluyeron cuatro mundos —Borgoña, Austria, Castilla y Aragón— y cada uno dejaría en él una huella indeleble. Su cuna no pertenecía a una nación, sino a un entramado de mundos superpuestos. Desde su nacimiento, el futuro emperador encarnó la Europa plural del Renacimiento, hecha de lenguas, leyes y credos en tensión. Su padre, Felipe el Hermoso, había heredado el refinamiento borgoñón y la ambición de los Habsburgo. Su madre, Juana de Castilla, transmitía la autoridad de una dinastía que había culminado la unidad peninsular y abierto las rutas atlánticas. En esa unión, concertada más por estrategia que por afecto, se fundió el legado de los duques de



ASC/WIKIPEDIA



ALBUM

Retratos de Felipe el Hermoso (izquierda) y Juana la Loca (derecha), padres de Carlos V. Los retratos flamencos captan la transición entre el gótico tardío y el Renacimiento.

Borgoña con la energía expansiva de los monarcas españoles. Como escribiría siglos después el historiador Karl Brandi: «Carlos no fue tanto un heredero de reinos como un heredero de conflictos».

El lugar de su nacimiento no fue una simple anécdota. Gante era una de las ciudades más avanzadas, modernas y ricas culturalmente de la Europa del momento, alabada por Erasmo, príncipe del humanismo. Hay que tener en cuenta que esos Estados de Flandes, heredados por Carlos de su abuela María de Borgoña, eran en el momento de su nacimiento unos de los territorios más ricos del continente europeo y eso se traducía también en sus magníficas manifestaciones artísticas, en la que hay una mezcla de tradición medieval e introducción de los estilos y los movimientos propios del Renacimiento. Algo que sucederá en la propia figura de Carlos, pues se moverá entre dos mundos: el de la agonía y muerte del mundo medieval, del mundo caballeresco, y el inicio de la Edad Moderna, del mundo del Renacimiento, del humanismo por el que tanto se vio influenciado.

Gante simbolizaba la prosperidad urbana de Flandes, la Europa del comercio y de los gremios, de las libertades municipales y los talleres textiles. La urbe era entonces una de las más prósperas del norte de Europa, un hervidero de comerciantes, tejedores y banqueros que vivían bajo el estandarte del ducado de Borgoña. Allí se respiraba el espíritu práctico de una burguesía acostumbrada a negociar con príncipes. Ese aire de pacto y cálculo acompañaría siempre al joven Carlos: aprendería pronto que gobernar no era solo mandar, sino convencer.

Los primeros cronistas que describieron la llegada al mundo de Carlos de Habsburgo —como Laurent Vital o Pedro Mártir de Anglería— percibieron el signo de una unión prodigiosa. Para los flamencos, era el heredero de María de Borgoña;

para los españoles, el nieto de Isabel y Fernando; para los austriacos, la continuidad de la casa de Habsburgo. En realidad, era todo eso a la vez y, por tanto, no pertenecía por completo a nadie. Desde su cuna, fue un príncipe de fronteras múltiples.

Su infancia se desarrolló en una Europa que cambiaba vertiginosamente. El Renacimiento multiplicaba las cortes cultas, la imprenta difundía ideas y la expansión oceánica alteraba el equilibrio económico. En ese cruce de caminos, Carlos sería testigo de un continente que se ensanchaba hacia el Atlántico y se desgarraba por dentro con las nuevas herejías. Su destino imperial nació de ese contexto: no del sueño de un conquistador, sino de la inevitable responsabilidad de unir lo disperso.

Cuando su padre, Felipe el Hermoso, murió en 1506, Carlos contaba seis años. Su madre, sumida en una inestabilidad mental que la historia convirtió en leyenda, fue apartada del poder. De su lugar de nacimiento Carlos se trasladará a la corte de Malinas y apenas tendrá relación con su madre durante su infancia. La persona que hará ese papel de madre y cuidadora será la archiduquesa de Austria, Margarita de Austria, hermana de su padre y destinada al malogrado príncipe de Asturias, hijo de los Reyes Católicos. El niño quedó bajo la tutela de su tía Margarita, una de las mujeres más inteligentes de su tiempo, quien ejercía la regencia de los Países Bajos borgoñones. Ella será la que actuará como verdadera formadora del carácter del pequeño Carlos durante los años en los que vivirá en la fastuosa corte de Bruselas.

Según vemos en los documentos de la época, en todas las cartas que escribía a su tía Carlos se despedía de ella en francés (su lengua materna, pues se cría en el círculo flamenco, en el círculo Borgoñón, en el que el francés es la lengua) con el apelativo cariñoso de «Mi buena tía». Las cartas entre tía y sobrino revelan ternura y estrategia. En una de 1510, Margarita le aconseja: «El príncipe que teme preguntar, teme aprender». En otra, le recuerda que el orgullo es la enfermedad de las coronas jóvenes. Carlos conservaría esa voz maternal hasta el final. Cuando abdicó, casi medio siglo después, aún firmaba cartas «a la manera borgoñona», con fórmulas aprendidas en Malinas.

La tía del pequeño Carlos había sido reina de Francia y de Saboya antes de asumir el gobierno de Flandes y conocía los laberintos de la diplomacia europea al tiempo que dominaba el arte de la negociación. En su corte de Malinas se educaron Carlos y su hermana Leonor, en un ambiente de refinamiento borgoñón entre maestros humanistas, diplomáticos prudentes y cortesanos refinados.

En lo que concierne a la educación de sus sobrinos, la regente sabía que estaban destinados a ocupar distintos tronos europeos y, por lo tanto, era necesario que recibieran una formación a la altura del puesto que estaban destinados a ocupar. Es especialmente destacable la educación del heredero Carlos como gobernante de vastos territorios, y que dejó una huella muy importante en sus acciones futuras, destacando especialmente el componente caballeresco, más propio de la Edad Media.

La corte de Malinas era una miniatura del Renacimiento europeo. A la mesa de Margarita de Austria se sentaban embajadores de Francia, Inglaterra, el Imperio,

GANTE SIMBOLIZABA LA PROSPERIDAD URBANA DE FLANDES, LA EUROPA DEL COMERCIO Y DE LOS GREMIOS

los estados italianos y las repúblicas del norte. El niño Carlos escuchaba discusiones en francés, latín y flamenco y aprendía a interpretar el silencio más que las palabras. La corte borgoñona, como ha mostrado el historiador Wim Blockmans, era una escuela de representación: cada gesto, cada traje, cada procesión formaba parte de una pedagogía del poder. Allí se inventó la majestad moderna, una teatralidad calculada que Carlos absorbería hasta el final de su vida.

Margarita de Austria fue mucho más que una regente: fue una maestra de gobierno. Supo transformar su condición femenina —limitada por la época— en una ventaja diplomática. Los embajadores, desde Venecia hasta Inglaterra, la describen como «prudente, elocuente, de mente varonil». Pero lo que la hizo singular fue su estilo: gobernaba por conversación, no por decreto. Invitaba a los emisarios a su mesa, escuchaba antes de responder, posponía una decisión hasta medir la reacción del interlocutor. Ese método conversacional, que Carlos admiró desde niño, se convirtió en su escuela de prudencia.

LA TÍA MARGARITA, CONSEJERA Y EDUCADORA

Dotada de una inteligencia poco común y de una habilidad política que sorprendió incluso a sus contemporáneos, Margarita de Austria (1480-1530) fue una de las figuras femeninas más influyentes de su tiempo. Hija de Maximiliano de Austria y María de Borgoña, nació en Bruselas y creció en un ambiente borgoñón culto y refinado. Desde niña fue instrumento diplomático: prometida al delfín francés Carlos VIII, repudiada después por razones políticas y enviada luego a España para casarse con el príncipe Juan, heredero de Castilla y Aragón, quien murió pocos meses después, dejándola viuda. La archiduquesa, que había crecido en la corte francesa, regresó a Flandes en 1493 tras la firma de un acuerdo que le devolvía los territorios aportados como dote.

Su padre, decidido a recomponer su suerte, le buscó un nuevo enlace. Esta vez los planes apuntaban hacia la península ibérica. Maximiliano de Austria e Isabel y Fernando de Castilla y Aragón acordaron una doble boda: Felipe el Hermoso desposaría a Juana, hija de los Reyes Católicos, y Margarita lo haría con el príncipe Juan, heredero de Castilla y Aragón. La boda por poderes tuvo lugar en 1496 y, meses después, Margarita emprendió viaje a España.

El matrimonio con el príncipe Juan se celebró en abril de 1497 y las crónicas aseguran que entre ellos nació un afecto sincero. Sin embargo, el destino volvió a ser cruel: pocos meses después, el joven heredero falleció víctima de unas fiebres, dejando a Margarita viuda y embarazada. El hijo que esperaba murió al nacer y ella permaneció en Castilla hasta 1499 antes de regresar a Flandes.

La vida de Margarita parecía marcada por la viudez, pero su padre y su hermano Felipe insistieron en buscarle un nuevo matrimonio que sirviera a sus intereses diplomáticos.

EL JOVEN PRÍNCIPE APRENDIÓ IDIOMAS, PRACTICÓ LA ESGRIMA Y LA EQUITACIÓN Y RECIBIÓ LECCIONES DE TEOLOGÍA

Se casó con Filiberto II, duque de Saboya, joven apuesto pero poco interesado en gobernar. Margarita asumió el control político del ducado, reorganizó la administración y fortaleció la diplomacia, hasta que la muerte de su esposo en 1504 volvió a sumirla en el duelo. No obstante, su prestigio político creció y, un año después de la muerte de su hermano Felipe el Hermoso, fue nombrada gobernadora de los Países Bajos. Su sobrino Carlos, futuro emperador, era todavía un niño y heredaba un conglomerado de reinos que necesitaban una administración estable. Su abuelo Maximiliano I asumió la regencia imperial, pero confió a Margarita la dirección de los Países Bajos, una de las regiones más complejas de gobernar por su diversidad política y su tradición urbana. Margarita aceptó la tarea y se trasladó a Malinas en 1507. Allí estableció su corte y formó un sólido consejo de gobierno. No solo dirigió el territorio con prudencia y autoridad, sino que también se encargó de la educación de sus cuatro sobrinos: Leonor, Carlos, Isabel y María. Su palacio se transformó en un centro de formación humanista y en un foco cultural comparable al de las grandes cortes europeas. Fue la mejor consejera de su sobrino. Durante sus dos regencias supo mantener la estabilidad frente a guerras, revueltas y la expansión del protestantismo.

Lo cierto es que, aunque su padre, Maximiliano I, encomendara a Margarita la dirección de los Países Bajos, no siempre confió plenamente en ella y se reservó la última palabra en las decisiones más delicadas. Ella debió luchar por su autonomía, y en 1509 logró que su regencia fuera oficialmente reconocida. Desde entonces, gobernó con mano firme, equilibrando los intereses de Flandes, Borgoña y el Imperio.

Pocas mujeres alcanzaron su influencia: fue gobernante, diplomática y educadora, modelo de prudencia y fidelidad familiar. Murió en 1530 dejando tras de sí una corte culta, una red política eficaz y un consejo póstumo a su sobrino emperador: mantener la paz con Francia e Inglaterra.

LA FORJA DEL CARÁCTER IMPERIAL, EDUCACIÓN Y TUTORES

Los elementos que formarán parte de la educación principesca serán montar a caballo, la historia, la danza y el manejo de las armas y el conocimiento de idiomas. El joven príncipe aprendió tres lenguas —francés, flamenco y latín—, practicó la esgrima y la equitación y recibió lecciones de teología.

Quienes intervinieron principalmente en la formación del joven príncipe fueron, nada más y nada menos, que personajes de la talla de Erasmo de Róterdam, mentor que le buscó su tía Margarita para que se encargase de su formación e instrucción. El de Róterdam tiene una de sus obras dedicada al príncipe, *Institutio Principis Christiani* (*Educación del príncipe cristiano*), que vendría a ser una guía de actuación para el desarrollo del buen gobierno. Fue escrita por Erasmo en 1516 para responder al encargo que el canciller de Brabante, preceptor del príncipe Carlos, le había hecho en la primavera de 1515 al tiempo que le nombra consejero honorífico del futuro emperador. Erasmo siente la necesidad de orientar al gobernante cristiano frente al príncipe maquiavélico, quien, mediante una razón de Estado abusiva, ofrece un directorio político astuto, amoral y pesimista. La obra está basada en tres ideas clave: su decidida intención pedagógica, el humanismo evangélico que preside todo el tratado y el pacifismo integral. Así, Erasmo se anticipa a los europeos, mostrando la sensibilidad del intelectual que, con la pluma en la mano, incita a no combatir. La trascendencia de *Institutio*



ASC/WIKIPEDIA

Tríptico de la escuela flamenca donde se representa a los hijos de Felipe el Hermoso y Juana la Loca: Leonor, Carlos e Isabel.

Principis Christiani (dedicada, como hemos dicho, a Carlos) fue enorme, ya que puede decirse que toda la política imperial estuvo inspirada en la filosofía erasmiana. Esta influyó en la literatura denominada «espejo de príncipes», de suma importancia en el pensamiento europeo posterior.

En este contexto hay otros dos personajes de gran relevancia e importancia, dos figuras tremendamente influyentes en esos primeros años del joven príncipe. Uno es Adriaan Floriszoon Boeyens, también conocido como Adriano de Utrecht. De origen neerlandés, fue elegido por Maximiliano de Austria para que fuera maestro de su nieto el príncipe Carlos de Gante. Ejerció durante diez años (1505-1515) su cometido, que desarrolló con eficacia, llevando a cabo importantes misiones en defensa de los intereses de su pupilo, al que educó desde la temprana edad de seis años. Tras el fallecimiento en enero de 1516 de Fernando el Católico Juana la Loca se reuniría con sus hijos y le daría la corona a Carlos.

Convertido en rey de España, Carlos I agradecería los servicios prestados por su fiel mentor impulsando su ascenso en la carrera eclesiástica, primero como obispo de Tortosa en 1516, más tarde como inquisidor general de la Corona de Aragón y luego de la de Castilla y, por fin, como miembro del colegio cardenalicio.

Carlos V le distinguió confiándole la regencia de España cuando tuvo que ausentarse del país en 1520 por razón de su designación como cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico. Adriano se mostró indiferente al cargo, no hizo nada por alcanzarlo y, sumergido como estaba en las intrincadas tareas de la regencia de España, ni siquiera asistió al cónclave en el que se produjo su designación. De todos modos, su aparente desidia por erigirse en la máxima autoridad de la Iglesia

estaba plenamente compensada con el interés de su egregio discípulo que presionó cuanto fue necesario en tal sentido: la larga mano del rey Carlos I de España se hizo notar en el encumbramiento al solio pontificio de su antiguo preceptor.

La otra figura clave en la formación de Carlos no tiene un perfil tan místico ni tan moralista. Se trata de Guillermo de Croÿ, señor de Chièvres. De origen flamenco, este privado, político y consejero fue quien controlaba absolutamente al joven príncipe en esos primeros compases de su vida. Recordemos que cuando los Comuneros se rebelaron contra la autoridad de Carlos, tomaron como objeto de sus protestas la rapacidad y la avaricia de los flamencos personalizada en la figura de este señor de Chièvres.

Sus tutores principales, Adriano de Utrecht (futuro papa Adriano VI) y Guillermo de Croÿ, señor de Chièvres, representaban dos polos formativos complementarios: la devoción religiosa y la prudencia política. De Adriano absorbió la severidad moral y la disciplina interior; de Chièvres, la elegancia estratégica y la cortesía.

Los biógrafos modernos, desde Karl Brandi hasta Raymond Fagel, coinciden en que esa combinación de austeridad espiritual y refinamiento cortesano fue el núcleo de su personalidad. Carlos no sería un mecenas brillante ni un teórico del poder, sino un hombre de acción reflexiva, un gobernante que calculaba cada movimiento como si se tratara de una partida de ajedrez.

Bajo la mirada de Margarita, el joven príncipe descubrió también la fuerza de la imagen. La corte borgoñona era una maquinaria simbólica: tapices, procesiones, banquetes, torneos. Todo en ella hablaba de jerarquía y majestad. De ese teatro político aprendió Carlos la importancia del ceremonial, la necesidad de que el poder se viera. Décadas más tarde, cuando posó ante Tiziano, seguiría pensando como un duque borgoñón.

El gobierno borgoñón se sostenía en una tradición peculiar: la de la negociación constante. Los duques no gobernaban por decreto, sino por pacto. Las ciudades flamencas, prósperas y orgullosas, se sentaban a negociar impuestos y privilegios. A ese juego aprendió el joven Carlos, asistiendo a las reuniones de los Estados Generales y observando cómo su tía buscaba compromisos antes que victorias.

El príncipe borgoñón se formaba en un ambiente donde el dinero circulaba con rapidez y las guerras se financiaban con préstamos. Fue en este escenario donde Carlos conoció por primera vez a los banqueros Fugger y a las familias mercantiles que después financiarían sus campañas imperiales. El historiador Geoffrey Parker ha subrayado que el niño «aprendió a medir el poder no solo en soldados, sino en monedas y cartas de crédito». Desde entonces, su noción de soberanía estaría inseparablemente unida al cálculo financiero.

Pero Borgoña también le enseñó los límites del poder. Gante, su ciudad natal, se rebelaría más tarde contra sus impuestos, y el emperador se vería obligado a someterla en persona. Aquel recuerdo infantil —una urbe orgullosa, difícil de dominar— fue una lección precoz: ninguna autoridad es absoluta mientras existan fueros y privilegios.

GUILLERMO DE CROŸ CONTROLABA AL JOVEN PRÍNCIPE EN LOS PRIMEROS COMPASES DE SU VIDA

A PARTIR DE 1514, EL EQUILIBRIO POLÍTICO QUE MARGARITA HABÍA MANTENIDO DURANTE AÑOS EMPEZÓ A TAMBALEARSE

Los biógrafos coinciden en que su educación combinó piedad, disciplina y política. Su maestro principal, Adriano de Utrecht, era un clérigo severo, adepto a la *Devotio* moderna, corriente espiritual que promovía la humildad, el estudio y la introspección. Adriano —que años más tarde sería el papa Adriano VI— inculcó en el joven príncipe la convicción de que el poder debía ejercerse como un servicio. De él heredó el hábito de la oración metódica, las lecturas piadosas y una conciencia moral que lo acompañaría incluso en la guerra. El otro gran tutor, Guillermo de Croÿ, señor de Chièvres, le enseñó la etiqueta cortesana, la diplomacia y el arte de gobernar hombres. Chièvres fue su mentor político, pero también su espejo emocional: le mostró cómo el silencio y la contención podían ser armas más poderosas que el arrebato.

Según el historiador Raymond Fagel, en la corte de Malinas se combinaban tres lenguajes del poder: el de la virtud cristiana, el de la prudencia política y el de la teatralidad borgoñona. Carlos aprendió los tres y los aplicó según convenía. Esa ductilidad —más que la fuerza— fue su verdadera herramienta imperial.

APRENDER A GOBERNAR: FLANDES COMO ESCUELA POLÍTICA

A partir de 1514, el equilibrio político que Margarita había mantenido durante años empezó a tambalearse. Guillaume de Croÿ, señor de Chièvres y tutor del joven Carlos, ejerció una fuerte presión sobre el emperador Maximiliano para que emancipara a su nieto —que apenas contaba con catorce años— y le entregara el control efectivo de los Países Bajos. El anciano monarca, finalmente, cedió. Para Margarita, aquella decisión fue un golpe doloroso. Se sintió apartada y traicionada por su propio padre, pero no tuvo más opción que acatar la orden imperial. En agosto de 1515 presentó su renuncia y abandonó la regencia que había desempeñado con tanta eficacia.

Desde entonces, todo cambió en la Corte. Margarita se vio obligada a reorganizar sus finanzas personales y a ajustar el funcionamiento de su casa para conservar una cierta independencia. Paralelamente, el nuevo gobierno de su sobrino introdujo una orientación diplomática distinta. Mientras ella había mantenido una firme postura de contención frente a Francia, Carlos —influido por sus consejeros flamencos— comenzó a buscar la reconciliación con el país vecino, siguiendo los pasos de su padre, Felipe el Hermoso. Aquella política, que pretendía asegurar la estabilidad en la región, fue recibida con recelo por los territorios hispánicos y con disgusto por Margarita, que veía desvanecerse buena parte del trabajo que había consolidado durante años.

Lo cierto es que aunque Carlos solo tenía quince años cuando en 1515 asumió personalmente la soberanía de los Países Bajos, su juventud no impidió que comprendiera la complejidad de su territorio: un mosaico de provincias autónomas, con leyes y costumbres diferentes. Durante su minoría de edad había asistido a reuniones de los Estados Generales y escuchado las quejas de los burgueses de Gante o Brujas. Conocía la lógica mercantil, el poder de los gremios y la influencia

de los bancos. Pero aquel fue su primer contacto con el gobierno real. Los territorios que heredaba formaban un mosaico de provincias autónomas —Brabante, Flandes, Holanda, Zelanda—, cada una con sus fueros, sus asambleas y su economía. Gobernarlas exigía paciencia y habilidad. En las reuniones de los Estados Generales, el joven príncipe se enfrentó a burgueses experimentados que discutían cada impuesto. De esa experiencia nacería su estilo de gobierno: un equilibrio entre autoridad y pacto. Aprendió a escuchar antes de decidir, a utilizar el silencio como herramienta diplomática. Las cartas que enviaba a sus consejeros muestran una prosa seca, sin florituras, pero cargada de intención.

Los cronistas contemporáneos lo describen como reservado, de hablar pausado y mirada fría. En su juventud prefería escuchar antes que decidir, y esa cautela —a veces confundida con indecisión— era una forma de estrategia. Aquella primera experiencia de gobierno lo marcó profundamente. Aprendió que las decisiones políticas se sustentan sobre la confianza y que las alianzas deben renovarse continuamente. La regencia de Margarita había demostrado que un poder estable necesitaba persuasión más que imposición. Cuando más tarde trasladó esa mentalidad a España, chocó con una aristocracia celosa de su autonomía, pero supo que la fuerza debía ser el último recurso.

En esos años también comprendió la importancia de las finanzas. Las guerras de Maximiliano habían dejado deudas considerables, y los banqueros Fugger y Welser eran ya indispensables para sostener la administración. El adolescente Carlos se familiarizó con los préstamos, las garantías, los intereses. No tardó en compren-



WIKIPEDIA

Tumba de Margarita de Austria, del escultor Conrad Meyt en el Real monasterio de Brou (Francia). Margarita fue una de las figuras femeninas más influyentes de su tiempo.

der que los reinos se gobiernan tanto con soldados como con letras de cambio. El carácter del joven duque se forjaba en esa tensión entre la tradición caballeresca y la realidad monetaria. En un mundo donde los ejércitos eran mercenarios, el crédito se convertía en un arma de poder. Borgoña, más que una herencia territorial, era una escuela de gobierno práctico, donde la economía, la diplomacia y la representación se entrelazaban.

Mientras tanto, su fama crecía. Las cortes europeas seguían con interés los movimientos del heredero más prometedor del continente. En Francia, el rey Francisco I lo veía como un rival inevitable; en Roma, el papa León X lo observaba con cautela. En Castilla y Aragón, los consejeros de la reina Juana empezaban a discutir la conveniencia de reconocerle como rey.

Fue entonces cuando la muerte de Fernando el Católico, en enero de 1516, marcó un nuevo giro en su destino. Carlos debía viajar a Castilla y Aragón para ser reconocido como soberano, lo que exigía dejar un regente de confianza en los Países Bajos. Consciente de su experiencia y de la lealtad que siempre le había mostrado, el joven monarca volvió a recurrir a su tía. En 1517, Margarita fue nombrada nuevamente gobernadora, y poco a poco recuperó el peso político perdido.

Su autoridad quedó definitivamente restablecida en 1522, cuando Carlos, ya convertido en emperador, estableció su residencia habitual lejos de Flandes. Desde entonces, Margarita ejerció la regencia de forma estable, consolidando su papel como pilar de la administración borgoñona. Además, asumió una nueva tarea: formar políticamente a su sobrino Fernando, criado en Castilla, para que aprendiera el arte de gobernar y se integrara en la estrategia dinástica de los Habsburgo. Con el tiempo, aquel joven educado bajo su tutela llegaría a ocupar el trono del Sacro Imperio Romano Germánico, perpetuando la herencia política de su tía.

EL CRISOL DE DOS CORONAS

Con la corona española sobre la cabeza y los dominios borgoñones en el corazón, Carlos comenzó a concebir su papel como algo más que el de un rey nacional. En 1519, la muerte de su abuelo Maximiliano I abrió la pugna por el trono imperial, y el joven monarca, que aún no había cumplido los treinta años, se postuló como candidato. Finalmente fue elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico tras una intensa campaña diplomática. Su elección frente a Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra fue una maniobra de equilibrios políticos y financieros (las sumas adelantadas por los banqueros de Augsburgo resultaron decisivas). Su elección completó el círculo: era ya el emperador Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico y Carlos I de España.

Hagamos un paréntesis para aclarar que no es Carlos V de Alemania sino del Sacro Imperio Romano Germánico. Es, en otras palabras, el emperador Carlos V de un imperio que, por cierto, ni abarcaba todas las tierras germánicas o a todos los súbditos germanohablantes, ni estaba constituido solo de tierras germánicas o de súbditos germanohablantes. Emperador es el primero de los reyes, es el título por excelencia, más allá de su poder real, la extensión de sus territorios o el número de sus súbditos, por eso es coronado por el Papa en la mayoría de las ocasiones.

Carlos es rey de España, Carlos I, desde 1516, y siendo ya rey de España y no antes, y desde el todopoderoso trono español, consigue ser reconocido el 26 de octu-

CARLOS V UNÍA BAJO SU AUTORIDAD TERRITORIOS TAN DISPARES COMO CASTILLA, ARAGÓN, FLANDES, EL FRANCO CONDADO...

bre de 1520 Rey de Romanos en Aquisgrán, lo que le habilita para ser emperador, y después, ser coronado en Bolonia el 24 de febrero de 1530 por el papa Clemente VII. Logros que no habría conseguido de ninguna manera sin ser rey de España, algo de lo que no cabe duda alguna, pues ya le costó siéndolo, siendo, como lo era, rey de España, y en consecuencia, la persona más poderosa del planeta.

Esa doble condición de emperador y rey simbolizaba una ambición sin precedentes. En él confluían la tradición imperial germánica, la expansión atlántica castellana y el refinamiento borgoñón. Como señalaría más tarde el historiador alemán Heinz Schilling: «Ningún soberano antes o después encarnó de modo tan tangible la idea de Europa». Sin duda, la coronación imperial transformó su destino. Fue un monarca que unía bajo su autoridad territorios tan dispares como Castilla, Aragón, Flandes, el Franco Condado, Nápoles, Sicilia, Austria y las nuevas posesiones americanas. Era el hombre más poderoso de su tiempo, pero también el más vigilado. Sus súbditos lo miraban con esperanza y con miedo: nadie había intentado antes gobernar un imperio tan extenso.

EL HORIZONTE DE UNA MONARQUÍA UNIVERSAL

El ideal que lo animaba era la de la monarquía universal cristiana, una herencia medieval reinterpretada por el humanismo. La educación de Adriano de Utrecht y la cultura religiosa de su tiempo lo llevaban a imaginar su imperio como una cristiandad reunificada. No era una utopía medieval, sino una aspiración política: mantener la unidad de la fe frente a los conflictos que amenazaban dividirla. Su canciller, Mercurino Arborio di Gattinara, lo convenció de que su misión era restaurar la unidad de la fe y del orden político europeo. «Dios te ha escogido para gobernar al mundo», le escribió. Esa convicción, más espiritual que práctica, sería el hilo conductor de su reinado.

En esa visión cabían tanto los príncipes alemanes como los conquistadores del Nuevo Mundo. Sin embargo, esa misma universalidad lo enfrentó a los límites del tiempo. En Alemania emergía la Reforma de Martín Lutero; en Francia, Francisco I se negaba a aceptar la hegemonía imperial; en el Mediterráneo, el Imperio otomano avanzaba. Cada victoria abría una nueva guerra. Carlos empezaba a comprobar que la diversidad que había aprendido a negociar en su infancia era ahora un laberinto político que amenazaba con devorarlo. Su ideal de unidad pronto se enfrentó a los límites de la realidad. Los intereses económicos, las rivalidades dinásticas y las emergentes ideas de soberanía chocaban con su sueño de universalidad.

Pero la semilla ya estaba plantada: su infancia borgoñona, su juventud flamenca y su coronación en España lo habían convencido de que la diversidad podía gobernarse desde la conciliación. Su juventud le dio energía. Recorrió Europa incansablemente, trasladando su corte de Bruselas a Valladolid, de Augsburgo a Bolonia. Era un

monarca itinerante. Era un gobernante que llevaba el trono consigo, como lo definió Heinz Schilling. Detrás de esa movilidad había una idea borgoñona de gobierno: el soberano debía mostrarse ante sus súbditos, escuchar, ver y ser visto. Las entradas triunfales, los torneos y los consejos públicos no eran mero espectáculo, sino afirmaciones de legitimidad. Carlos convirtió la itinerancia en método. Su correspondencia muestra una preocupación constante por los detalles administrativos de cada territorio: corregía cifras, revisaba informes, dictaba órdenes en múltiples lenguas.

Su sentido del deber se mezclaba con una profunda religiosidad. A diferencia de los príncipes italianos, amantes de la ostentación, Carlos prefería la sobriedad. En las crónicas de Sandoval y Giovio aparece como un hombre que reza antes de las batallas y escucha misa con recogimiento. No obstante, su piedad no era debilidad: sostenía que el orden político debía reflejar el divino.

Los años de aprendizaje en Flandes y Castilla habían moldeado su método. Gobernaba mediante consejos especializados —de Estado, de Hacienda, de Guerra, de Indias—, herederos de las tradiciones castellanas pero afinados con la precisión borgoñona. En su época se consolidó una burocracia moderna, capaz de gestionar la distancia. Su Imperio funcionaba como una red: virreyes, embajadores y mensajeros mantenían un flujo de información que lo conectaba todo.

El eco de aquel niño formado entre mercaderes flamencos seguía resonando: sabía que el poder no puede ejercerse sin información. En ello, como ha señalado el profesor belga de Historia Medieval Wim Blockmans, radica su modernidad: Carlos fue el primer soberano verdaderamente europeo no solo por sus dominios, sino por su manera de pensar la política como comunicación.

Cuando en la madurez reflexione sobre su vida —ya en el retiro de Yuste—, recordará esa infancia flamenca y aquella juventud española como las dos mitades de su destino. De Flandes conservó la prudencia, la lógica del pacto, la sensibilidad hacia las ciudades. De Castilla, el sentido de la majestad, la convicción del deber y la fe que lo sostuvo ante las derrotas. Entre ambas coronas construyó la arquitectura de un imperio que pretendía abarcar el mundo.

El niño de Gante que aprendió a negociar con burgueses y prelados se convirtió en el emperador que trató de reconciliar la fe y la razón de su siglo. En él se cruzaron las corrientes de la Europa moderna: el humanismo, la burocracia, la guerra, la religión, el comercio. Por eso, más que un monarca de conquistas, fue un arquitecto de equilibrios.

Su herencia borgoñona-hispánica fue su fuerza y su límite. Le dio una visión cosmopolita pero también una carga insoportable. Intentó armonizar reinos que hablaban idiomas distintos, obedecían leyes diferentes y seguían dioses enfrentados. En ese empeño, fracasó y triunfó a la vez: fracasó en su sueño de unidad perfecta; triunfó al dejar un modelo de soberanía que sobrevivió siglos.

Aquel príncipe nacido entre tapices flamencos y misales castellanos entendió que la grandeza de Europa estaba en su diversidad. Su vida, que apenas comenzaba

DE ESA MEZCLA DE LENGUAS, REINOS Y ESPERANZAS SURGIRÍA EL SUEÑO DE UNA EUROPA UNIDA BAJO LA RAZÓN Y LA FE



ASC/WIKIPEDIA

Retrato de Carlos V (1515-1516), del pintor flamenco de los Países Bajos Borgoñones Bernard van Orley.

en 1500, sería una larga búsqueda de equilibrio entre esos mundos. Y aunque el peso del Imperio lo agobiaría hasta el final, nunca olvidó las lecciones de su infancia: que la autoridad se sostiene sobre la palabra, que la fe sin prudencia se convierte en tiranía, y que un gobernante solo es grande cuando logra que sus pueblos, distintos, se reconozcan en un mismo horizonte.

Carlos I de España y V del Sacro Imperio nació en la intersección de lenguas, reinos y esperanzas. De esa mezcla surgiría el sueño —aún inconcluso— de una Europa unida bajo la razón y la fe.

LA MÁQUINA BORGOÑONA

Para comprender de verdad cómo se formó el Carlos gobernante conviene abrir la «caja de herramientas» borgoñona. El Estado que heredó en los Países Bajos no era una abstracción, sino una maquinaria de oficios que daban forma práctica al poder: la Casa del príncipe (con sus cámaras y mayordomías), los Consejos donde se deliberaba (Consejo de Estado, de Finanzas, de Malinas) y, sobre todo, la

red de ciudades que encarnaban la riqueza y la resistencia política del territorio. La etiqueta no era un barniz: organizaba el tiempo, las audiencias, las jerarquías; determinaba quién hablaba primero, quién podía presentar un memorial, en qué momento una súplica pasaba de petición a asunto de Estado. Desde adolescente, Carlos aprendió que gobernar es ordenar las prioridades y el acceso a su figura, es decir, escuchar a unos, posponer a otros, conceder a tiempo y negar sin humillar.

El ritual borgoñón, con sus entradas solemnes, su liturgia del Toisón de Oro, sus procesiones y torneos, cumplía una función política clarísima: fabricar consenso. Para un príncipe joven con dominios fragmentados, esa escenografía era una verdadera lengua franca. Allí, frente a las fachadas góticas de los ayuntamientos flamencos, un rey extranjero podía volverse cercano, si no por origen, sí por ceremonial compartido. Años después, cuando la Reforma agitó el Imperio y la geopolítica se enconó, Carlos siguió recurriendo a esa gramática visual porque entendía intuitivamente que el poder sin símbolos se vuelve invisible, y el poder invisible es, a la larga, poder ineficaz.

El otro tornillo decisivo de esa máquina era la escritura. En los Países Bajos se cultivó una cultura administrativa minuciosa: actas, cuentas, pactos fiscales, cartas suplicatorias, patentes. Ese papel, que a ojos profanos parece polvo de archivo, enseñó a Carlos a gobernar con documentos. De ahí su hábito, ya como emperador, de leer y glosar informes, de exigir cifras, de preguntar por plazos y garantías; un estilo sobrio y personal que le venía, menos del linaje, que de la escuela del despacho borgoñón.

LAS LENGUAS DEL PRÍNCIPE

Carlos V fue un políglota formado por la diversidad de su Imperio y por su propio instinto político. Cuando abdicó, recomendó a su hijo que aprendiera la lengua de sus súbditos, consejo nacido de su experiencia personal. Solía bromear diciendo que con las mujeres hablaba italiano; con los hombres, francés; con su caballo, alemán, y con Dios, castellano: una sentencia que resume su dominio de varias lenguas y su capacidad para adaptarlas a cada contexto.

Nacido en Gante en 1500, pese a su lugar de nacimiento y a que vivió temporadas prolongadas en diversas ciudades, muy queridas por él, como Malinas y Oudenaarde, todas originalmente de habla flamenca o neerlandesa, creció en un ambiente francófono. Desde una perspectiva idiomática, su educación fue principalmente en francés (idioma que usaba en la correspondencia con sus hermanos y hermanas) y flamenco, los idiomas predominantes de su entorno, y su inicio en el español fue una obligación derivada de su herencia.

Educado por humanistas, estudió latín —idioma de los eruditos y de su consejero Erasmo de Róterdam—, pero su formación en castellano fue tardía y deficiente. Su

abuelo Fernando el Católico envió al humanista Luis Cabeza de Vaca a enseñarle la lengua por si algún día heredaba el trono español, lo que finalmente ocurrió en el año 1516.

Cuando llegó a España en 1517, apenas hablaba castellano, lo que generó desconfianza y rechazo. Las Cortes de Castilla lo aceptaron como rey con condiciones: debía aprender el idioma, limitar la presencia de extranjeros y no sacar riquezas del reino. Al principio, se expresó con torpeza y acento extranjero, y su preferencia por consejeros flamencos aumentó las tensiones con la nobleza. Sin embargo, pronto comprendió que dominar el castellano era esencial para legitimarse y ganarse el respeto de sus vasallos.

Trabajó con empeño para aprenderlo y con el tiempo llegó a hablarlo con fluidez suficiente para reinar. En él vio una herramienta de poder, como su abuela Isabel que aprendió del gramático Antonio de Nebrija, y la importancia de asociar el gobierno con una política idiomática, cultivando el binomio lengua-imperio.

En su coronación en Bolonia ante el papa Clemente VII pronunció un discurso en español, reivindicando su nobleza: «*Entiéndame si quiere; y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española*». A partir de entonces, usó el castellano en su correspondencia familiar y como lengua de gobierno, símbolo de una monarquía que unía fe y poder.

Ese escuchar multilingüe tuvo un efecto curioso: Carlos fue percibido, a la vez, como extranjero en todas partes y propio donde más falta hacía. En Flandes, lo querían «más flamenco»; en Castilla, «más castellano»; en el Imperio, «más alemán». Él elegía, según el momento, cuál de sus lenguas era más política. Esa plasticidad —fruto de la educación borgoñona y la responsabilidad hispánica— explica su capacidad para soldar lealtades sin borrar identidades.

ECONOMÍA, CRÉDITO Y PACIENCIA: EL REVERSO DEL IDEAL

La educación borgoñona enseñó al joven Carlos que toda política requiere hacienda. Las ciudades flamencas ofrecían riqueza a cambio de concesiones, y los banqueros, crédito a cambio de garantías. Entre memoriales y sesiones con sus consejeros aprendió que el dinero tiene su propio ritmo: el crédito es inmediato, la recaudación lenta. Esa tensión entre necesidad y prudencia forjó un modo de gobernar que unía devoción y cálculo.

Su paciencia, confundida por muchos con frialdad, fue también una técnica de gobierno: esperar el momento justo, negociar subsidios, aceptar treguas cuando la caja se agotaba. De su tía Margarita aprendió a no romper la cuerda fiscal, a tensarla sin desgarrarla. Cuando España se convirtió en el eje financiero del Imperio, Carlos conservó ese método borgoñón: Castilla aportó fuerza y recursos; Flandes, método y contabilidad.

Las crisis confirmaron su aprendizaje. La revuelta de las Comunidades y las Germanías le enseñaron que la legitimidad se restablece corrigiendo, no solo castigando. Tras la victoria, integró a moderados y aprendió a hablar a Castilla en su propio lenguaje político. Años más tarde, la rebelión de Gante —su ciudad natal— le recordó que la autoridad nace del pacto, pero también de saber poner límites.

Así, sus raíces borgoñonas no fueron un prólogo, sino una escuela de crisis. De Flandes heredó el arte del acuerdo; de Castilla, la convicción de que la corona debía ser más



ASC/WIKIPEDIA

En el año 1500, el emperador Carlos V nació en el «Hof ten Walle», una casa señorial que más tarde se convertiría en el Prinsenhof (Gante).

que la suma de privilegios. Entre ambas tradiciones se formó el arquitecto de equilibrios que soñó una cristiandad unida y, al fracasar en lo perfecto, consolidó lo posible.

LA HERENCIA INVISIBLE

En los salones de Malinas, adornados con retratos de María de Borgoña y Maximiliano, Carlos aprendió que gobernar era también custodiar una memoria. Las dinastías no solo heredaban tierras, sino relatos. Su educación incluyó esa «pedagogía del recuerdo»: genealogías, oraciones y ceremonias que unían devoción y política. En ese entorno borgoñón, el nieto de los Reyes Católicos asimiló dos tradiciones: el heroísmo castellano y la prudencia flamenca, el ideal caballeresco y el cálculo comercial.

La Orden del Toisón de Oro simbolizó esa doble herencia. Desde niño participó en sus rituales, entendiendo que el poder debía tener forma de comunidad. La es-

piritualidad flamenca de la *Devotio moderna*, difundida por su maestro Adriano de Utrecht, marcó también su carácter: humildad, trabajo y servicio. Para Carlos, la política era una misión ante Dios, no un oficio. Su austeridad y su sentido moral reflejaban esa convicción.

Al mismo tiempo, la corte de Malinas respiraba humanismo. Erasmo, Lemaire de Belges y otros autores enseñaban que el saber ennoblece y que la retórica es un instrumento de gobierno. Margarita fomentó en su sobrino una educación equilibrada: historia, matemáticas, geografía, gramática, latín y astronomía. Sin ser brillante como la italiana, aquella formación práctica y moral le dio herramientas para comprender a sus consejeros y a sus banqueros.

DE HEREDERO A GOBERNANTE

En 1515, cuando asumió su herencia borgoñona, Carlos ya había pasado de alumno a actor. Las actas de aquel año muestran a un joven que firma decretos, revisa gastos y dicta cartas a las ciudades. Los testimonios lo presentan serio, incluso melancólico. No era el carácter apacible de un adolescente: era el peso de la herencia. En la misma mesa donde firmaba subsidios, descansaban los retratos de sus abuelos y las cuentas de los banqueros.

A su alrededor, la Europa de principios del XVI era una red de rivalidades: Francia miraba al norte, Inglaterra tanteaba alianzas, el papado se replegaba en Italia. El heredero de Borgoña aprendía, sin salir de Malinas, que todo poder es relativo. De ahí su inclinación a los equilibrios, a los compromisos lentos, a la negociación paciente que más tarde asombraría a sus contemporáneos.

Ese mismo año, en los fastos de Bruselas, se presentó al pueblo como «príncipe natural» de Flandes, pese a su ascendencia española. La frase era calculada: no prometía sangre ni destino, sino pertenencia. Había comprendido que un monarca no nace del lugar donde ve la luz, sino de los pactos que acepta.

En los meses siguientes, al consolidar su poder, comenzó a rodearse de una corte joven y dinámica: consejeros borgoñones, juristas de Lovaina, contadores flamencos, heraldos y cronistas. Con ellos formó el núcleo del estilo que mantendría durante su vida: una administración eficiente y cosmopolita, unida por la escritura y la lealtad más que por el idioma.

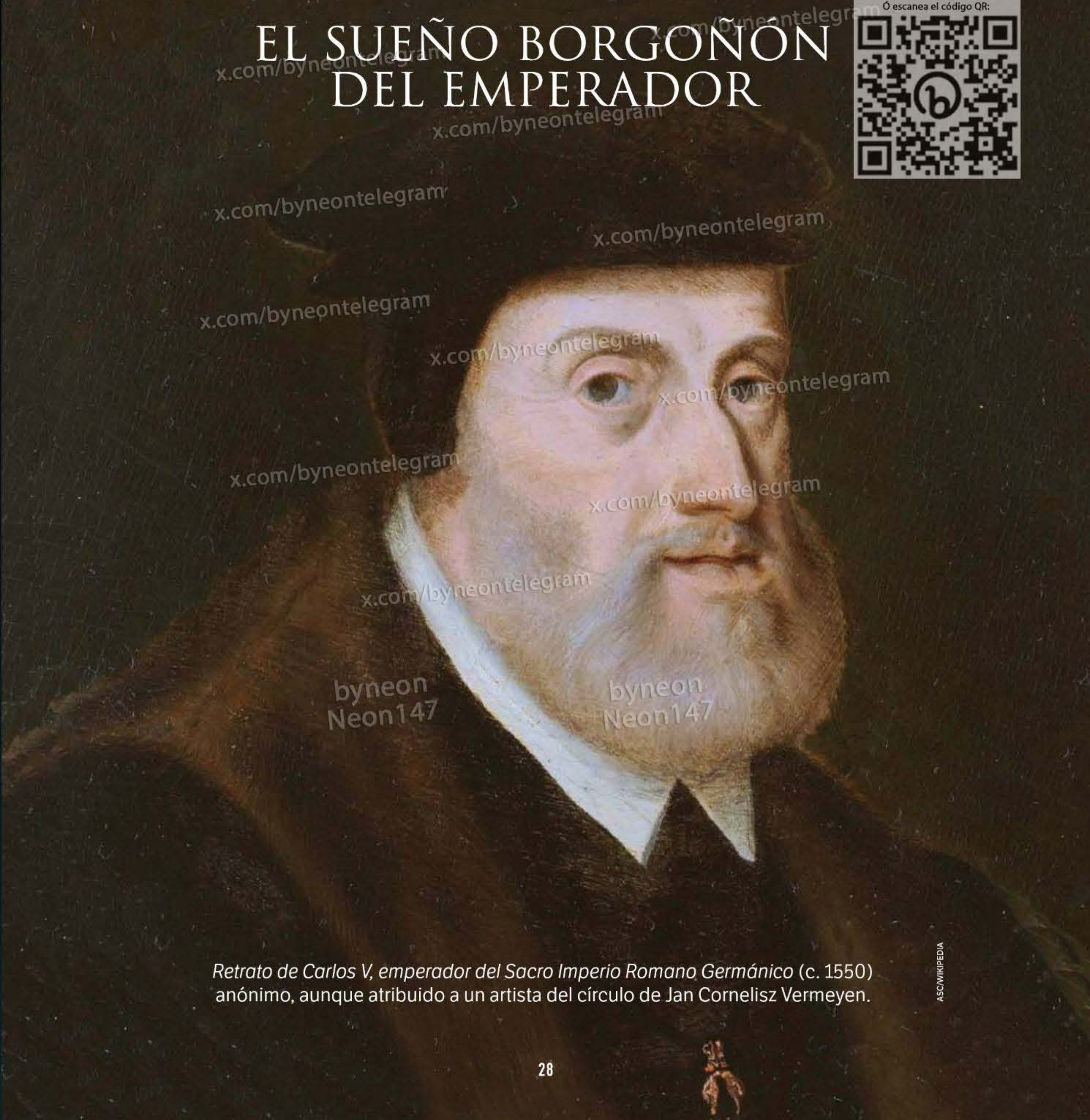
Cuando en 1517 embarcó rumbo a España, no partía un extranjero, sino el resultado de una larga alquimia. En su persona viajaban las tradiciones borgoñonas, la prudencia austriaca y la promesa hispánica. En la bodega del navío que lo conducía a Castilla llevaba cofres con tapices, libros de cuentas, reliquias y una pequeña imagen de San Andrés, regalo de Margarita. En cubierta, miraba el horizonte como quien sabe que el mar separa mundos que habrá de unir.

La historia del emperador comenzó allí: en un muchacho de diecisiete años que llevaba sobre los hombros la herencia de cuatro civilizaciones y el mandato tácito de reconciliarlas. Antes de ser emperador, antes de las guerras, antes de Yuste, Carlos fue eso: el hijo de Europa, educado para escuchar, negociar y esperar. En esa semilla —la de su infancia borgoñón-hispánica— germinaría el árbol gigantesco de su Imperio. La historia lo juzgaría con luces y sombras, pero su origen borgoñón-hispánico explicará siempre su destino: el de un emperador que quiso, quizá demasiado pronto, ser el arquitecto de una Europa unida. ■

Carlos en los Países Bajos

EL SUEÑO BORGOÑÓN DEL EMPERADOR

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:



Retrato de Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (c. 1550) anónimo, aunque atribuido a un artista del círculo de Jan Cornelisz Vermeyen.

ASC/WIKIPEDIA

Flandes fue el lugar en que le tocó pasar sus primeros diecisiete años, nada menos. Creció en esa región que llevará en el corazón toda su vida y que, por eso, más tarde quiso que quedara unida a la Corona española. Pero nada fue fácil para Carlos allí.

Cuando Carlos de Habsburgo heredó de su abuela María de Borgoña los Países Bajos (Holanda), Artois (zona de Calais) y Flandes (Bélgica), recibió algo más que una rica constelación de provincias: un mosaico de ciudades libres, señoríos feudales, obispados poderosos y una tradición de autonomía que desafiaba cualquier idea moderna de soberanía. A diferencia de la monarquía castellana o del Imperio germánico, su autoridad en el norte no procedía del título imperial, sino de un antiguo patrimonio familiar. El joven príncipe borgoñón, nieto de María de Borgoña y Maximiliano, creció en Malinas entre tapices flamencos y la severa educación de Margarita de Austria. Desde esa corte sobria y culta comprendió que su destino político nacería en aquellas tierras llanas donde el comercio y la manufactura se confundían con la política.

MARÍA DE BORGOÑA: LA DUQUESA QUE LLEVÓ A LOS HABSBURGO A FLANDES

María de Borgoña, nacida el 13 de febrero de 1457 en Bruselas, fue la única hija del matrimonio entre Carlos el Temerario, duque de Borgoña, e Isabel de Borbón. Desde muy joven, se le inculcó la importancia de su papel como heredera del ducado, y se le preparó para asumir sus responsabilidades.

María de Borgoña ha pasado a la historia como la joven madre de Felipe el Hermoso, pero su figura encierra mucho más que un papel dinástico. Tenía apenas diecinueve años cuando una traición truncó la vida de su padre, Carlos el Temerario, durante el asedio de Nancy. Aquella muerte repentina la convirtió, de la noche a la mañana, en heredera de un vasto y codiciado dominio. Soltera y vulnerable en un tablero de poder dominado por hombres, María se vio pronto en el centro de las ambiciones europeas. Todos disputaban su mano, no tanto por la persona como por los territorios que representaba: los ricos Países Bajos y la Borgoña, uno de los rincones más prósperos de Europa. Hija única del último duque borgoñón y de Isabel de Borbón, asumió el título de su padre a los veinte años, tras la derrota y muerte de este en Nancy.

El rey francés Luis XI reclamó los territorios borgoñones y ocupó el condado y el ducado del mismo nombre, impidiendo a María ejercer allí su autoridad. Las tropas del rey francés, haciendo valer una antigua pretensión de Francia sobre zonas de los Países Bajos, ocuparon el Franco Condado, Artois, Picardía y Hainaut, además de la propia Borgoña. Carlos el Temerario murió en la batalla de Nancy el 5 de enero de 1477 y María heredó el título de duquesa, aunque no pudo ejercerlo sobre los territorios borgoñones. Así pues, su herencia se hallaba amenazada.

El monarca, hábil y calculador, trató de resolver el conflicto proponiendo un matrimonio político: ofreció a su hijo, el delfín Carlos VIII, como esposo de la joven duquesa. Su intención era evidente: que de esa unión naciera un heredero capaz de unir bajo la corona francesa los Países Bajos y el oriente de Francia. Sin embargo, María no cedió. Su madrastra, Margarita de York, la recordó con firmeza que habían sido precisamente los franceses quienes habían llevado a su pa-



WIKIPEDIA

Retrato póstumo de la duquesa María de Borgoña (c. 1500), atribuido a Niklas Reiser. La duquesa era la madre de Felipe el Hermoso.

dre a la muerte. Disuadida de las promesas de Luis XI, la joven buscó otros apoyos. La negativa tuvo consecuencias inmediatas: el rey invadió Borgoña y María, apremiada, huyó hacia sus dominios en los Países Bajos para pedir auxilio a sus vasallos. Allí, los representantes de las provincias le ofrecieron su lealtad, pero con condiciones muy precisas. A cambio de su ayuda militar, exigieron la restitución de los antiguos privilegios que Carlos el Temerario había suprimido en su afán de centralizar el poder. María aceptó y aquel acuerdo histórico, firmado el 11 de febrero de 1477 en Gante, pasó a la historia como el Gran Privilegio. En él, la duquesa se comprometía a consultar al Parlamento antes de declarar la guerra, firmar la paz o imponer nuevos impuestos. Una carta que garantizaba el derecho al autogobierno de los Países Bajos de modo que con este pacto recuperaban buena parte de su autonomía perdida.

Mientras tanto, Francia y los Habsburgo se repartían la herencia borgoñona: entre 1477 y 1493, los territorios se dividieron entre ambos poderes. A fin de obtener recursos económicos y tropas con las que expulsar a los franceses, María comprendió entonces que su única salvación pasaba por un matrimonio que le garantizara protección frente a Luis XI. Aceptó la propuesta del archiduque

Maximiliano, archiduque de Austria y miembro de la Casa de Habsburgo, hijo del emperador Federico III a quien sucedió en 1493 convirtiéndose en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 1508 con el nombre de Maximiliano I.

María y Maximiliano se casaron el 19 de agosto de 1477, pero ya se habían visto unos años antes, en Tréveris, en 1473. Él, dos años más joven, era un príncipe alto, de modales gentiles, educación esmerada y temperamento romántico. Sin embargo, su fortuna era escasa. La pobreza de su casa era tal que no podía costear el viaje para visitar a su prometida y fue la propia María quien le envió dinero para presentarse con el boato digno de su rango. Cuando al fin llegó a Gante, el joven archiduque se enamoró perdidamente de la duquesa. La boda tuvo un preludio curioso y casi legendario. Durante la ceremonia previa, Maximiliano besó por primera vez a su prometida ante el obispo de Tréveris. Era tradición que la novia escondiera una flor en el pecho y el novio debía encontrarla. Tras un juego de galantería y cierta timidez, el obispo pidió a María que aflojara su corpiño y solo entonces el príncipe halló la flor. Al día siguiente se celebró la boda. María, enamorada profundamente de su marido, tendría con él dos hijos: Felipe el Hermoso, nacido en 1478, y Margarita de Austria (duquesa de Saboya), nacida en 1480. El matrimonio de María y Maximiliano sellaría una alianza que cambiaría para siempre la historia de Europa: Bélgica y Luxemburgo seguirán siendo españolas hasta 1714, pasando a la órbita austriaca con la Guerra de sucesión (Tratado de Rastaff).

Como duque consorte, Maximiliano asumió el gobierno y la defensa de los estados borgoñones frente a Francia. Su habilidad militar quedó demostrada en 1479, cuando derrotó a los franceses en Guinegatte. Sin embargo, la paz tardó en llegar. En 1482, poco antes de la firma de la paz de Arrás —que otorgaba a Francia buena parte de los territorios borgoñones—, la tragedia golpeó de nuevo: María sufrió una caída mortal de su caballo durante una cacería cerca de Brujas. Tenía solo veinticinco años. Las crónicas cuentan que el corcel tropezó, lanzándola al suelo y fracturándole la columna. Murió pocos días después, dejando desconsolado a Maximiliano y huérfanos a sus hijos. Con su muerte se extinguió la rama de los Valois de Borgoña. A pesar del dolor, Maximiliano continuó su labor política. Fue regente de los Países Bajos durante la minoría de edad de su hijo Felipe, defendiendo sus derechos frente a Francia. En 1493, contrajo segundas nupcias con Bianca María Sforza, hija del duque de Milán, aunque no tuvieron descendencia.

Los retratos de María de Borgoña, su magnífica tumba en Brujas y su corona mortuoria conservan todavía el recuerdo de aquella mujer que murió joven (como su hijo Felipe años más tarde), en 1482, en Brujas, a consecuencia de una caída de caballo. Algunas fente afirman que estaba embarazada. Tras su fallecimiento, Maximiliano —que tenía entonces veintitrés años— se convirtió en el único sostén de la dinastía borgoñona en los Países Bajos.

MARÍA Y MAXIMILIANO SE CASARON EL 19 DE AGOSTO DE 1477, PERO YA SE HABÍAN VISTO UNOS AÑOS ANTES

MAXIMILIANO I DE HABSBURGO, EL EMPERADOR QUE FUNDÓ EL GRAN IMPERIO HABSBURGO

Nacido en Wiener Neustadt, en 1459, Maximiliano I de Austria fue el hombre que en el siglo XV elevó a los Habsburgo a la categoría de superpotencia europea. Fanático de las justas y torneos de la Edad Media, se modeló una imagen caballeresca que propagó como nadie antes que él. Fue pionero en explotar la producción en masa de la imprenta, un novísimo invento, y el grabado, técnica que elevaría a lo sublime uno de sus súbditos, Alberto Durero.

Maximiliano fue un gobernante cercano a sus súbditos, un hombre que vendía la imagen de «vivir montado en su caballo», que en cualquier momento podía aparecer en tal o cual rincón de su Imperio. Deleitaba a sus súbditos con sus ideales caballerescos, sus gestas de caza, sus desfiles y sus espectáculos con la lanza.

Sus arcas estaban horadadas y casi siempre vacías. En la práctica, se pasó toda la vida guerreando con sus vecinos, pero con magros o nefastos resultados. Planeó una cruzada contra los turcos que nunca tuvo lugar. Jamás consiguió ser coronado emperador por el papa, tal como era la costumbre, y se coronó él mismo, con el título de «emperador electo», en 1508 en la ciudad de Trento.

Lo que nadie podrá negar es que fue un mago de las bodas. Mediante casamientos —los suyos y los de sus hijos— expandió los dominios Habsburgo. Incorporó a la familia los reinos de Castilla y Aragón mediante el matrimonio de su hijo, Felipe el Hermoso, con la hija de los Reyes Católicos, Juana la Loca (1496); se aseguró también la herencia de Hungría y Bohemia mediante el doble matrimonio de sus hijos Fernando y María con los hijos del rey de Hungría (Tratado de Viena, 1515).

Por su segundo matrimonio con la sobrina de Ludovico Sforza, Maximiliano adquirió derechos sobre el Ducado de Milán, si bien hubo de renunciar a su control por la derrota militar que le infligió Francisco I de Francia (1515). Por el contrario, la frontera imperial retrocedió durante su reinado en Suiza, cuyos cantones se independizaron por el Tratado de Basilea (1499), aunque es en el Tratado de Westfalia en 1648 cuando fue *de iure*.

Fue Maximiliano I quien puso los fundamentos del poderío de los Habsburgo en Europa, reuniendo una herencia colosal para su nieto, Carlos V. Falleció en Wels en 1519, después de haber gobernado como regente de Flandes hasta 1494.

La sucesión al frente de los Países Bajos recayó en su hijo Felipe I el Hermoso. Su hija Margarita de Austria (duquesa de Saboya) fue también gobernadora de los Países Bajos desde 1507 hasta 1515, en calidad de regente. Ese último año, el nieto de María de Borgoña (hijo de Felipe I), el futuro rey español Carlos I y emperador Carlos V, recibió esos territorios tras alcanzar su mayoría de edad. Cuando el joven Felipe el Hermoso tomó el relevo, a diferencia de su padre, buscó una política de equilibrio y amistad con Inglaterra y Francia. Por el Tratado de Senlis (1493), el rey francés Carlos VIII le devolvió el ducado de Artois, el Franco Condado y Charolais, mientras que Felipe cedía a Francia la Borgoña. Siguiendo la política matrimonial de su linaje, en

MAXIMILIANO FUE UN GOBERNANTE POPULISTA, VENDÍA LA IMAGEN DE «VIVIR MONTADO EN SU CABALLO»



ASC/WIKIPEDIA

María de *Borgoña y Maximiliano de Austria en su boda* (1813), recreación romántica del pintor clasicista del Imperio austriaco Anton Petter.

1496 contrajo matrimonio con Juana de Castilla, hija de los Reyes Católicos, unión por la que la herencia borgoñona y la hispánica quedaban unidas para dar lugar a una de las monarquías más poderosas del Renacimiento. Así pues, Carlos V heredaría de Maximiliano de Habsburgo Austria, Carniola (Eslovenia), Alsacia y el Franco-Condado (Francia) y, a partir de 1526, Bohemia, Moravia y Silesia (República Checa).

EL PRÍNCIPE BORGOÑÓN

Carlos el Temerario fue el último duque de Borgoña. Ningún rey de España ha poseído nunca el Ducado de Borgoña (aunque los han mantenido honoríficamente), pues ya se encontraba incorporado a Francia cuando nació Felipe de Habsburgo, primer Felipe español por su matrimonio con doña Juana de Trastámara, infanta, princesa y, posteriormente, reina de España. Sus sucesores nunca poseyeron el territorio y legalmente nunca debieron usar el título de duques de Borgoña. Perdieron el territorio y el título a la muerte de Carlos el Temerario en las batallas de Nancy, en 1477, y a partir de entonces su titulación debería ser soberano de los Países Bajos.



ASC/WIKIPEDIA

Estatua dorada de la duquesa María de Borgoña ubicada en la fachada de entrada de la basílica de la Santa Sangre, Brujas.

Carlos el Temerario y Felipe el Hermoso, precursores de Carlos, en primer y segundo grado, fueron típicos borgoñones que lucharon por resucitar y ampliar esa cuña histórica que había surgido en el mapa del Viejo Continente a la muerte de Carlomagno, cuando este había dividido su reino «europeo» en tres partes. Pero el sueño de grandeza se había truncado en 1477 con la muerte del abuelo y, en 1506, con la muerte de Felipe el Hermoso, el padre de Carlos, acaecida por cierto en 1506, en España, en plena búsqueda de la Corona española.

El gobierno de Carlos en los Países Bajos se asentó sobre una idea de continuidad dinástica más que de conquista. Carlos se veía heredero de los duques de Borgoña, no un monarca extranjero. Su propósito fue restaurar la unidad territorial que sus antepasados habían soñado antes de que la muerte de Carlos el Temerario desmembrara el ducado. A comienzos del siglo XVI, las diecisiete provincias —de Flandes a Frisia, de Brabante a Holanda— eran formalmente vasallas del Imperio, pero actuaban como entidades casi soberanas, con sus propios Estados, fueros y sistemas fiscales. Gobernarlas exigía paciencia, negociación y un instinto político fino, algo que el joven soberano aprendió pronto.

La consolidación territorial Entre 1520 y 1540, el emperador emprendió un largo proceso de integración. La secularización del obispado de Utrecht en 1528 supuso un hito: las turbulencias internas del obispo Enrique de Baviera y las presiones de las ciudades facilitaron que Carlos interviniera, transformando el territorio en

EL GOBIERNO DE CARLOS EN LOS PAÍSES BAJOS SE ASENTÓ SOBRE UNA IDEA DE CONTINUIDAD DINÁSTICA

dos señoríos laicos —Utrecht y Overijssel— bajo dominio directo. Poco después, la cuestión de Güeldres volvió a poner a prueba su paciencia. Carlos de Egmont, duque de Güeldres, mantenía una resistencia obstinada apoyada por Francia y por los príncipes rebeldes del Rin. Solo tras años de campañas intermitentes, diplomacia y sobornos logró el emperador la anexión de Güeldres y Zutphen en 1543, cerrando así la fragmentación septentrional y asegurando la frontera del Isala.

La expansión continuó con la conquista de Tournai, plaza de valor estratégico en el sur, y la ocupación militar de Cambrai, tradicional nudo de intereses franceses e imperiales. Lieja, por su parte, seguía siendo un obispado formalmente independiente, pero la influencia de Carlos se hizo sentir en cada elección episcopal y en la vigilancia de sus rutas comerciales. A través de una mezcla de prudencia y presión diplomática, el emperador convirtió aquella región heterogénea en una red coherente bajo tutela borgoñona. Muchos historiadores han visto en esta política el intento de crear un «reino borgoñón» autónomo dentro del Imperio, una tercera vía entre España y Alemania. Brandi y Blockmans coinciden en que Carlos aspiraba a una unidad política que recordara al antiguo ducado, aunque sin romper formalmente con la estructura imperial. Era una visión más administrativa que sentimental: un Estado moderno, centralizado, donde la lealtad se basara en la eficacia y no en los juramentos feudales. Las instituciones comunes —el Consejo de Estado, el de Finanzas y el Privado— se convirtieron en instrumentos de coordinación política, mientras Bruselas emergía como capital administrativa de un territorio en plena transformación. Sin embargo, el ideal borgoñón tropezaba con la realidad de la diversidad local. Cada provincia defendía sus privilegios y su sistema fiscal. Las ciudades flamencas, enriquecidas por el comercio textil, temían la uniformidad fiscal y la interferencia española. En Holanda y Zelanda, los Estados provinciales se mostraban celosos de su autonomía marítima. Carlos supo maniobrar entre estos intereses contrapuestos, utilizando las asambleas de notables para legitimar sus decisiones sin provocar rupturas abiertas. El esfuerzo por centralizar la administración tuvo logros innegables. El emperador reorganizó la recaudación, creó un ejército permanente financiado en parte por los Países Bajos y estableció una burocracia eficiente, nutrida por juristas locales formados en Lovaina y Malinas. La Ordenanza de 1531 sistematizó la estructura de gobierno con tres consejos principales, que respondían directamente al soberano. Fue un modelo de gobierno colegiado que anticipaba el estilo de los Habsburgo posteriores.

No obstante, la centralización despertó recelos. Los nobles neerlandeses, orgullosos de su linaje y su influencia en los Estados provinciales, se sintieron desplazados por consejeros de origen más modesto o por técnicos de la corte imperial. Personajes como Enrique de Nassau o Lamoral de Egmont todavía colaboraban con la monarquía, pero bajo la superficie comenzaba a gestarse una incomodidad que décadas después estallaría con Felipe II. Carlos, pragmático, prefirió gobernar mediante el consenso y la distribución de honores, antes que por la imposición.

A PARTIR DE 1520, LA REFORMA LUTERANA COMENZÓ A PROYECTAR SU SOMBRA SOBRE LOS PAÍSES BAJOS

EL TRATADO DE 1548 Y LA UNIDAD BORGOÑONA

El momento culminante de este proceso llegó con el Tratado de Augsburgo de 1548, por el cual los Países Bajos fueron reconocidos como una entidad autónoma dentro del Sacro Imperio. En términos jurídicos, las provincias quedaban vinculadas al Imperio —debían contribuir a su defensa y participar en los círculos imperiales—, pero en la práctica gozaban de una independencia casi total bajo la autoridad de Carlos y sus sucesores. El llamado «Círculo de Borgoña» fue el resultado tangible de su estrategia: un Estado compuesto, con leyes y monedas diversas, pero articulado por una administración central.

El tratado tuvo un profundo significado político. Aislaba a los Países Bajos de la jurisdicción directa del emperador alemán y reforzaba su vínculo dinástico con la Casa de Austria. En el fondo, era el reconocimiento de una realidad que Carlos había construido durante tres décadas: un territorio coherente, económicamente poderoso y leal a su dinastía. Parker ha señalado que fue, más que una concesión, una victoria administrativa que convirtió a Bruselas en el verdadero corazón del Imperio Habsburgo. Pese a estos logros, Carlos nunca consiguió eliminar del todo la fragmentación institucional. Las provincias mantuvieron sus Estados Generales, los privilegios fiscales siguieron siendo inamovibles y el espíritu de autonomía local sobrevivió en cada puerto y en cada ciudad. Este equilibrio entre centralización y respeto a las tradiciones locales fue la clave de su éxito relativo: los Países Bajos se integraron sin sentirse conquistados. Pero también sembró la ambigüedad que más tarde haría imposible el control directo de Felipe II.

A mediados del siglo XVI, el mosaico borgoñón se había convertido en un laboratorio político donde coexistían el capitalismo urbano, la diplomacia cortesana y una monarquía de nuevo cuño. Carlos V había logrado lo que ni su abuelo Maximiliano ni su bisabuelo Carlos el Temerario pudieron alcanzar: una estructura de poder duradera, aunque precariamente equilibrada.

LA SOMBRA DEL CENTRALISMO Y EL PULSO DE LAS LIBERTADES

El sistema borgoñón que Carlos había logrado consolidar a mediados del siglo XVI se sostenía en un delicado equilibrio. Cada provincia mantenía sus fueros, sus asambleas y su administración fiscal, pero la autoridad real había ganado una presencia innegable. Ese equilibrio, sin embargo, resultaba frágil. La expansión del aparato burocrático —con sus funcionarios, audiencias y consejos— generó la sensación de que el poder se desplazaba hacia Bruselas y, en última instancia, hacia un soberano cada vez más ausente, ocupado por las guerras imperiales y los conflictos con Francia. Los nobles neerlandeses, antaño interlocutores privilegiados del trono, empezaron a percibir que las decisiones se tomaban sin su concurso. Aunque aún reinaba una fidelidad profunda hacia la figura del emperador, germinaba ya el malestar que afloraría bajo su hijo Felipe.



ASC/WIKIPEDIA

Carlos el Temerario encontrado después de la batalla de Nancy (1865), del pintor, grabador e ilustrador francés Augustin Feyen-Perrin.

Carlos, consciente del riesgo de alienar a sus súbditos más ricos, intentó gobernar mediante la persuasión. Reunió con frecuencia a los Estados Generales para negociar los subsidios destinados a las guerras imperiales y respetó en apariencia las libertades locales. Pero el aumento de la presión fiscal y el peso del servicio militar hicieron evidente que el equilibrio entre tradición y autoridad moderna tenía un precio. La tensión entre el centralismo de la monarquía y las libertades provinciales se convirtió en una constante que marcaría la política neerlandesa durante más de un siglo.

A partir de la década de 1520, el éxito de la Reforma luterana en Alemania comenzó a proyectar su sombra sobre los Países Bajos. Las ciudades portuarias, abiertas al comercio y al intercambio intelectual, fueron terreno fértil para las nuevas ideas. Muy pronto, sin embargo, el peligro no vino solo del luteranismo, sino del anabaptismo, un movimiento radical que cuestionaba la jerarquía eclesiástica y promovía la comunidad de bienes. Para el emperador, acostumbrado a considerar la fe como fundamento del orden político, aquel desafío equivalía a una amenaza directa al Estado.

Las revueltas anabaptistas en Münster y Ámsterdam, sofocadas con dureza, reforzaron la determinación de Carlos de mantener la ortodoxia católica. Entre 1523 y 1550 promulgó varios edictos contra la herejía, que preveían penas severas y confiscaciones. A diferencia de España, donde la Inquisición era una institución eclesiástica autónoma, en los Países Bajos tuvo un carácter más civil: dependía del aparato administrativo y se aplicaba a través de los jueces locales bajo supervisión imperial. Los historiadores modernos, como Geoffrey Parker y Koenigsberger, coinciden en que su función fue menos teológica que política: preservar la unidad del territorio y evitar que la fractura religiosa debilitara la autoridad del soberano.

No obstante, el rigor de las persecuciones generó resentimiento. En ciudades como Amberes o Gante, los mercaderes protestantes se exiliaron, y muchos arte-

sanos se refugiaron en Inglaterra o el norte de Alemania. La represión, más que eliminar la disidencia, la volvió clandestina. El clima de sospecha minó la confianza entre las comunidades urbanas y la administración imperial. Carlos nunca llegó a comprender del todo la diferencia entre la fe y la identidad política de sus súbditos del norte: para él, el orden social y el religioso eran inseparables.

Aun con sus contradicciones, el balance de su gobierno en los Países Bajos fue notable. Bajo su mandato, el territorio conoció una prosperidad sin precedentes. La administración racionalizó la recaudación de impuestos, mejoró la gestión portuaria y reforzó las defensas marítimas contra Francia y los corsarios del Canal. El comercio con Inglaterra y el Báltico alcanzó su apogeo, y ciudades como Amberes se convirtieron en el gran centro financiero del continente. Carlos supo rodearse de consejeros capaces —Margareta de Parma, María de Hungría, el cardenal Granvela— que mantuvieron la cohesión interna mientras él se hallaba lejos.

Su mayor mérito quizá residió en haber preservado la unidad de aquel conjunto dispar sin destruir su diversidad. En palabras de Wim Blockmans, su gobierno fue «un compromiso pragmático entre tradición y modernidad». Sin embargo, ese mismo pragmatismo contenía su mayor debilidad: el sistema dependía más del prestigio personal del emperador que de la solidez de las instituciones. Cuando Carlos abdicó, dejó tras de sí un edificio político admirable pero precario, sostenido por la memoria de su autoridad y no por la aceptación natural de su sucesor.



ASC/WIKIPEDIA

La Gran Asamblea de 1651 (ca. 1651), del pintor y arquitecto del Siglo de Oro neerlandés Bartholomeus Corneliszoon van Bassen.

LOS PAÍSES BAJOS FUERON EL PUNTO DE PARTIDA DE LA CARRERA DE CARLOS V Y EL ESCENARIO DE SU DESPEDIDA

EL OCASO DEL PODER

Hacia 1555, exhausto por la enfermedad y el peso de los años, Carlos comprendió que su misión en los Países Bajos había llegado a su fin. En el espléndido salón del palacio de Bruselas, ante los representantes de las diecisiete provincias, pronunció una de las escenas más conmovedoras de la historia política europea. Con la voz quebrada, recordó su juventud borgoñona y su empeño por mantener la paz en un continente desgarrado. Aquella ceremonia no fue solo una abdicación, sino una confesión de agotamiento: el emperador que había gobernado medio mundo devolvía el poder al punto de partida, a las tierras donde había aprendido a ser príncipe.

Tras ceder los Países Bajos a su hijo Felipe y el Imperio a su hermano Fernando, se despidió de sus colaboradores más fieles. La escena de su adiós a Ferrante Gonzaga, uno de los generales más leales, refleja la mezcla de gratitud y melancolía que acompañó sus últimos meses en el norte. Pocos días después mantuvo una entrevista con el almirante Coligny, representante de Francia, que condujo a la tregua de Vaucelles (1556). Con ella, Carlos puso fin a una larga cadena de guerras con los Valois, asegurando a Felipe un comienzo pacífico en su nuevo reinado.

EL RETIRO Y LA SOMBRA DE ROMA

La paz, sin embargo, fue efímera. Pablo IV, elegido papa en 1555, veía con desconfianza la hegemonía de los Habsburgo y especialmente la expansión española en Italia. Su hostilidad hacia Carlos y Felipe deshizo el frágil equilibrio diplomático que el emperador había tejido durante décadas. Desde su retiro en Yuste, Carlos siguió con amargura los primeros conflictos entre su hijo y el pontífice, consciente de que su obra política quedaba amenazada por las mismas tensiones —entre fe y poder, entre universalidad y soberanía— que habían definido toda su vida.

Allí, en la serenidad del monasterio extremeño, meditó sobre aquel reino borgoñón que había intentado erigir entre el Atlántico y el Rin. En su mente, los Países Bajos no eran solo una posesión: eran la síntesis de su sueño imperial, el laboratorio donde había buscado conciliar tradición y modernidad, religión y razón de Estado. Su éxito había sido parcial, pero su legado fue inmenso. Dejó tras de sí un Estado administrativo avanzado, un comercio floreciente y una red de instituciones que sobrevivirían incluso a las tormentas del siglo siguiente.

Así terminó la relación más íntima y compleja del emperador con sus dominios. Los Países Bajos habían sido el punto de partida de su carrera y el escenario de su despedida. En ellos ensayó una forma de gobierno que combinaba la prudencia del político borgoñón con la visión universal del monarca católico. Su obra no sobrevivió intacta: la rigidez de Felipe II, la intransigencia religiosa y las diferencias económicas acabarían fracturando aquel equilibrio. Pero en la historia de Europa, el reinado de Carlos en los Países Bajos permanece como un intento único de armonizar diversidad y poder, comercio y fe, pragmatismo y sueño. ■

El emperador Carlos V con un perro (1532-1533), de Tiziano. Tradicionalmente esta obra se ha considerado como una copia de un retrato pintado por Jacob Seisenegger.

ASC/WIKIPEDIA

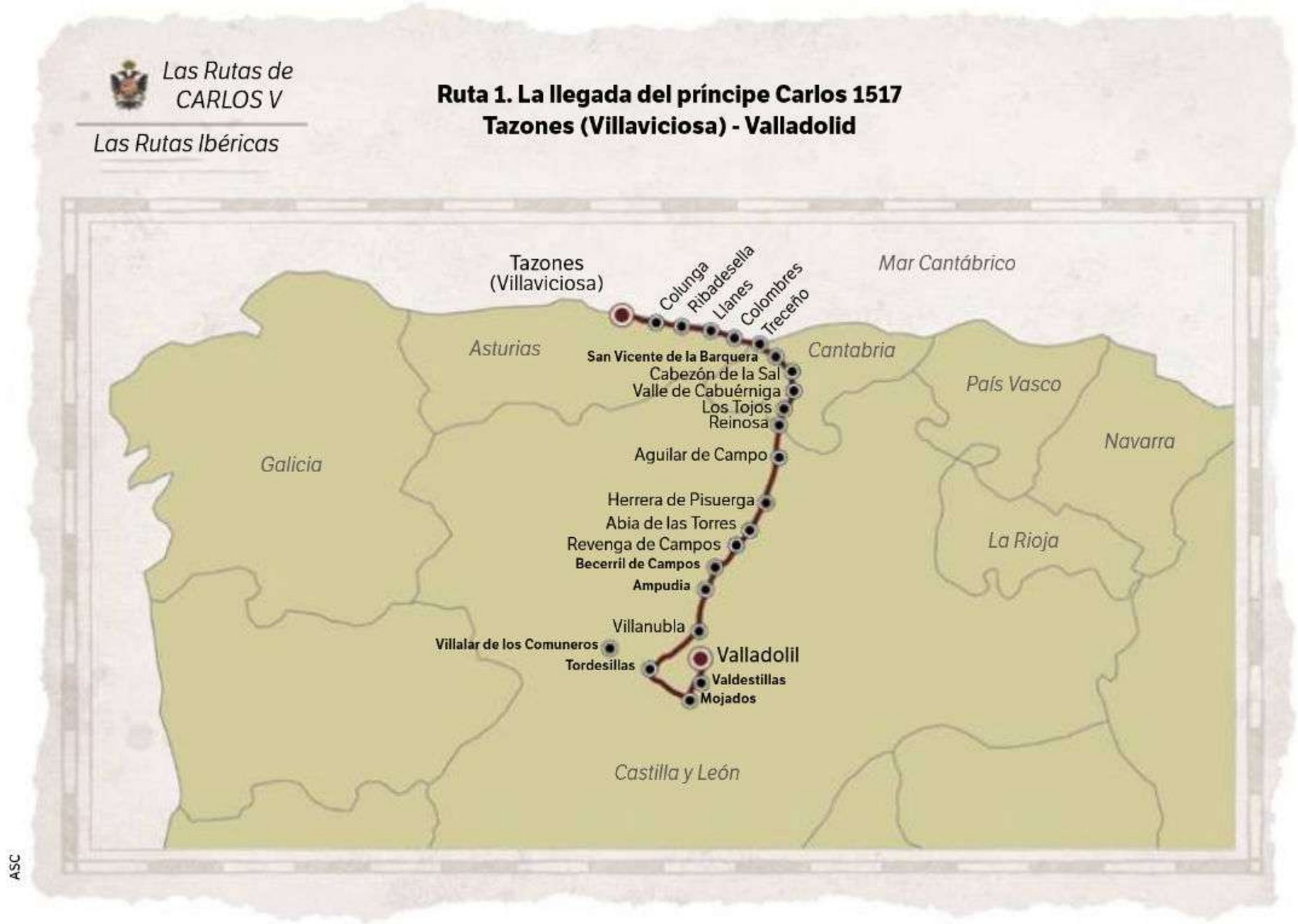
ENTRE EL RECHAZO
Y LA AFIRMACIÓN

Un rey extranjero en Castilla

Cuando, en septiembre de 1517, el joven Carlos —apenas dos años antes proclamado rey en Bruselas— pisó por primera vez tierra peninsular en la costa asturiana, se encontró con un país que lo reconocía como soberano legítimo, pero que no lo había visto crecer ni hablaba su lengua. Venía arropado por una nutrida comitiva borgoñona, con rostros aún desconocidos para las élites locales y con protocolos de corte que remitían más a Malinas que a Valladolid. Aquella entrada marcó, de inmediato, la distancia simbólica entre el nuevo monarca y sus súbditos castellanos: un rey joven, flamenco en las maneras, que procedía a visitar a su madre, la reina Juana, en Tordesillas, y a ordenar su entorno de poder con piezas traídas del norte. El dato más concreto —el desembarco y ruta interior hacia la meseta— lo confirman los fondos del Ministerio de Cultura: desde la costa cantábrica a Santander y, de ahí, al corazón político castellano, en el otoño de 1517.

LLEGADA A ESPAÑA

La muerte de Fernando el Católico, en enero de 1516, precipitó los acontecimientos. Por el testamento del monarca aragonés, el nieto debía ser reconocido como rey junto a su madre, bajo la tutela del cardenal Cisneros. Así, a los dieciséis años, Carlos era proclamado rey de Castilla y Aragón y se ponía en marcha el plan de trasladar al joven de Gante a España. Sin embargo, primero hubo que consolidar una serie de alianzas externas con Francia, Roma e Inglaterra. Después, una vez elaborado el plan, un barco danés fue el encargado de transportar al monarca hasta la península ibérica.



Ruta del príncipe Carlos en 1517, desde su desembarco en Tazones (Asturias) hasta su llegada a Valladolid, marcando su primer contacto con los territorios que gobernaría.

El viaje de Carlos V a España comenzó el 8 de septiembre de 1517 e iba acompañado por un numeroso séquito de nobles y consejeros flamencos. Sin embargo, la travesía por el mar Cantábrico se complicó debido al mal tiempo y las embarcaciones fueron desviadas por error.

Su destino inicial era Santander, pero debido al mal tiempo, el futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico acabó desembarcando por primera vez en la península ibérica, en la localidad asturiana de Tazones, un pequeño puerto del concejo de Villaviciosa y un pueblo histórico desde aquel 19 de septiembre de 1517.

El historiador Geoffrey Parker en su biografía sobre Carlos V (Planeta) cuenta cómo se produjo este cambio de puerto de llegada. «Los pilotos a bordo de su flota no supieron identificar el puerto de arribada correctamente y Carlos, Leonor y unos cuantos cortesanos desembarcaron en el pequeño puerto de Villaviciosa, en lo que hoy es Asturias, que carecía de las instalaciones necesarias para el manejo de equipaje y provisiones».

Carlos V tenía la intención de llegar a Santander o a otro puerto de mayor importancia. En cualquier caso, los lugareños de Tazones, sorprendidos por la llegada del futuro rey y su comitiva, los recibieron con hospitalidad y, desde entonces, este lugar asturiano adquirió gran importancia histórica.

La travesía continuó con un viaje de Asturias a Cantabria, concretamente a San Vicente de la Barquera, donde el monarca cayó enfermo. Según Geoffrey Parker «los médicos concluyeron que "la culpa fue la brisa marina" y en lugar de continuar hacia Santander, donde había atracado la flota con el resto de suministros, el rey y su pequeño séquito partieron directamente hacia Castilla, atravesando montañas que alcanzaban los 2000 metros de altura sobre el nivel

del mar; una decisión insensata en todo caso, pero aún más teniendo en cuenta la frágil salud de Carlos». Lo cierto es que el viaje a Castilla se volvió una odisea, sobre todo porque la peste bubónica asolaba la península en ese momento. Fue un complicado viaje de cuatro meses desde la salida de Carlos de Gante en junio de 1517 hasta su llegada a Becerril la víspera de Todos los Santos.

Así comenzó el viaje de Carlos hacia un trono que lo esperaba con recelo.

CONFLICTOS CON LAS CORTES

Las Cortes de Valladolid de 1518, esenciales para el reconocimiento del nuevo rey, revelaron con nitidez el malestar. No era una cuestión menor de etiqueta: en Castilla se percibió que el círculo íntimo de Carlos estaba copado por flamencos a quienes se atribuían mercedes, rentas y oficios; a ese agravio se sumaba el estilo distante de un soberano que apenas dominaba el castellano. La advertencia de las ciudades fue explícita: querían un rey presente, comprometido con las necesidades del Reino y no distraído por intereses ultramontanos.

A los ojos de muchos, era un soberano extranjero: no había nacido en España, desconocía sus costumbres y hablaba el castellano con dificultad. Su entorno estaba compuesto principalmente por consejeros y cortesanos flamencos, lo que despertó una profunda desconfianza entre las élites locales. Tampoco mantenía vínculos estrechos con la alta nobleza castellana, a diferencia de sus predecesores, que solían apoyarse en ella para consolidar su poder.

Carlos había heredado demasiados mundos a la vez —Castilla, Aragón, Flandes, Austria, Borgoña— y ninguno lo sentía enteramente suyo. La distancia entre el heredero de cuatro coronas y los súbditos que debía gobernar se medía menos en kilómetros que en sentimientos: era la distancia entre el derecho dinástico y la legitimidad del corazón.

La entrada del joven rey fue ceremoniosa, aunque fría. En cada puerto, en cada villa, las gentes lo contemplaban con la curiosidad que inspira lo nuevo y la reserva que provoca lo desconocido. A su lado marchaban los flamencos, vistiendo ropas lujosas y hablando una lengua incomprensible, mientras los nobles castellanos, desplazados en los favores del poder, mascullaban agravios. Carlos era visto como un forastero que hablaba francés, desconocía sus costumbres, vestía al modo borgoñón y se rodeaba de ministros flamencos que despertaron suspicacias.

Los cargos y prebendas otorgados a sus consejeros extranjeros despertaron una resistencia latente. Los castellanos sentían que esa corte flamenca de Carlos I —presidida por su privado, una de las personas que lo habían criado, que se llamaba Guillermo de Croÿ, señor de Chièvres (1458-1521)— venía dispuesta a llevárselo todo. Y no es extraño, pues se les atribuyeron todo tipo de cargos, rentas, tributos, de manera ilegítima, en lo que fue percibido por los contem-

SU DESTINO INICIAL ERA SANTANDER PERO, DEBIDO AL MAL TIEMPO, DESEMBARCÓ EN LA LOCALIDAD ASTURIANA DE TAZONES

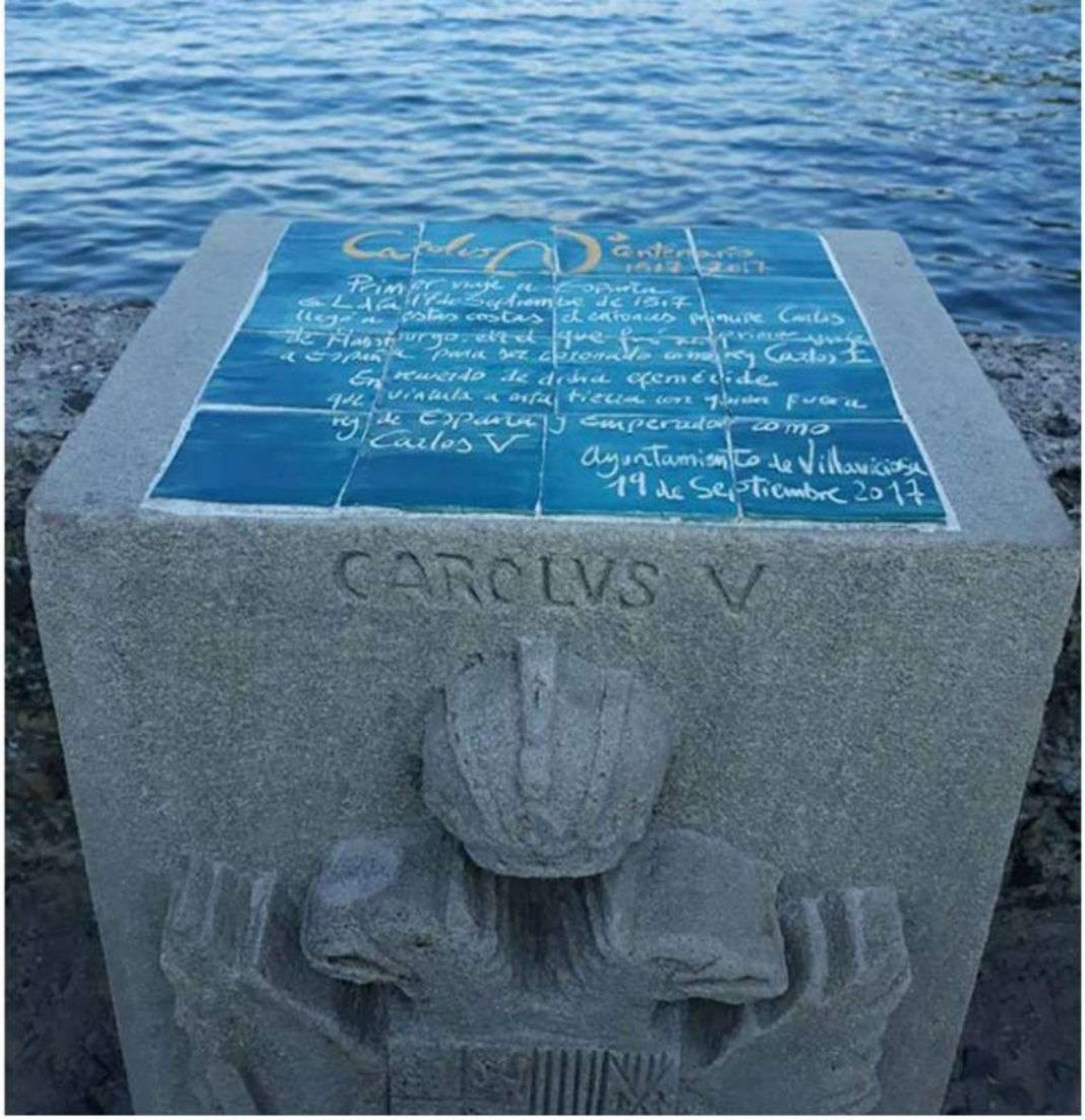
AQUEL JOVEN QUE APENAS PRONUNCIABA UNAS FRASES EN CASTELLANO FUE RECIBIDO POR LAS CORTES DE VALLADOLID

poráneos como un auténtico saqueo. Esa corte flamenca generó recelos inmediatos. Fue un choque de culturas. Los cronistas describen la sorpresa de las ciudades castellanas al ver a aquel joven serio, distante, acompañado de un séquito de extranjeros. Muchos lo consideraron un intruso. Sin embargo, su primera decisión fue inteligente: confirmó los privilegios y fueros locales, evitando provocar a las Cortes. Pidió subsidios con cautela y prometió aprender la lengua del país. Aquella prudencia no bastó para contener el malestar.

La confirmación del desencuentro llegó en 1520. Carlos necesitaba subsidios cuantiosos para sufragar su viaje y su proyecto imperial tras la nueva de su elección como Rey de Romanos. Convocó Cortes en Santiago y La Coruña con la mirada puesta en Alemania; pero en Castilla cundió la sensación de que el Reino sería una mera caja de recursos para aventuras lejanas. El rey obtuvo el servicio, sí, pero a un alto coste político: la voluntad de preferir asuntos imperiales frente a los castellanos fue percibida por las ciudades como una desatención del pacto. Ahí cristaliza la protesta: el rechazo fiscal es, en realidad, un rechazo político a la jerarquía de prioridades del monarca. Las crónicas y la síntesis enciclopédica consignan esta cadena causal: flamencos favorecidos, rey ausente, presión fiscal extraordinaria y, por fin, ruptura.

LA REVUELTA DE LAS COMUNIDADES: REVOLUCIÓN EN CASTILLA

La tensión desembocó en las Comunidades de Castilla (1520-1521), una rebelión urbana que reclamaba autonomía frente al poder real y denunciaba los abusos de los consejeros flamencos. Este movimiento que reclamaba un gobierno más cercano anticipó, en cierto modo, las tensiones entre centro y periferia que marcarían todo su reinado. Carlos, recién coronado, tuvo que sofocar la revuelta sin destruir su legitimidad. Sorprendido, reaccionó con frialdad y cálculo. Partió hacia Alemania para asegurar su elección imperial, dejando en España a un regente. Pero a su regreso, tras la derrota comunera en Villalar (1521), mostró una madurez política inesperada: perdonó a la mayoría de los sublevados y mantuvo en sus cargos a varios moderados. En Aragón y en los reinos mediterráneos, la resistencia fue menor, pero la adaptación institucional no fue sencilla. Carlos introdujo modelos administrativos borgoñones —estructura de Consejos, lsecretarías y burocracia cortesana— que transformarían la maquinaria del Estado hispánico. La administración moderna nacía, en buena medida, de ese cruce cultural. En 1517, Castilla era un territorio de notable prosperidad económica y de intensa vida social y cultural. La expansión agrícola y ganadera, el auge del comercio interior y el dinamismo de sus ciudades configuraban un reino poderoso, aunque atravesado por tensiones acumuladas desde décadas anteriores: rivalidades entre linajes, desigualdades fiscales y una nobleza que veía con recelo la creciente influencia de los concejos urbanos. La llegada de Carlos vino a alterar ese frágil equilibrio.



ASC

Monolito conmemorativo del desembarco de Carlos V en Tazones, localidad situada a 14 kilómetros de la capital municipal Villaviciosa (Asturias), procedente de Flandes.

A partir de 1517 comienza a haber descontento por varias cosas, pero sobre todo por la entrega de puestos importantes a extranjeros y por la salida de dinero (esto es importante para las ciudades de la época). Esto, que de la salida del dinero del Reino viene su ruina, es lo que se señala directamente en la carta que envía la ciudad de Toledo a las otras ciudades para convocarlas a unirse a una hermandad que será el embrión de la Junta comunera. A ello se unirá ya en 1518, cuando se produzca una convocatoria de Cortes, una reclamación muy potente sobre cómo deben de recaudarse los impuestos en el país, concretamente las alcabalas que eran la principal fuente de financiación de la hacienda regia.

Pero además del tema del dinero, hay problemas con grupos que se sienten marginados, por ejemplo, los conversos, una hidalguía que se siente desplazada. La pugna entre exportadores de lana de Burgos y la importante industria textil segoviana, a la que verdaderamente le perjudica que se exporte lana a los Países Bajos para hacerle la competencia. Incluso los campesinos se unieron al movimiento porque buscaban liberarse de las cargas feudales a que estaban sometidos todavía por parte de la gran nobleza. Y los eclesiásticos también estuvieron en el punto de salida, pues se quería imponer al clero una carga tributaria, cuando como privilegiados que eran, decían estar exentos de pagar cualquier



ASC/WIKIPEDIA



ASC/WIKIPEDIA

A la izquierda, retrato de Guillermo de Croÿ, señor de Chièvres y mentor de Carlos V. A la derecha, fachada del Colegio de San Gregorio (Valladolid).

tributo directo. Es un cúmulo creciente de descontentos que se unen con un objetivo común. En cierta forma cada uno busca lo suyo, pero lo extraordinario es que a través de ese buscar cada uno lo suyo se logra crear una conciencia de totalidad, una conciencia de Reino. Todo eso aceleró el proceso de inconformidad que derivó en un movimiento revolucionario.

Es innegable que en 1520 había un vacío de poder: Carlos I, un rey joven y extranjero, estaba en Alemania y sus representantes carecían de autoridad para solventar la crisis. Además de las revueltas de Sicilia en 1516-1517, en Valencia y Mallorca se declaró el movimiento de las Germanías (1520-1523) y en Castilla, el de los Comuneros (1520-1521).

EL CONFLICTO QUE FORJÓ LA AUTORIDAD DE CARLOS

El objetivo de Carlos de obtener la corona imperial supuso un aumento de impuestos, ya que esta era elegida. Los príncipes electos del Sacro Imperio Romano Germánico elegían al emperador y ese voto había que comprarlo. Carlos va a obtener el dinero de los financieros, sobre todo alemanes e italianos, y ese préstamo había que devolverlo. Y lo hará a través de los impuestos de Castilla.

Cuando en 1520 el rey pidió nuevos subsidios para financiar su viaje a Alemania —donde debía recibir la corona imperial—, la indignación se convirtió en desconfianza abierta. Las Cortes reunidas en Santiago y luego en La Coruña aprobaron los tributos, pero muchos vieron en esa decisión una humillación. «Otra vez el dinero de Castilla para los asuntos de Flandes», murmuraban en las plazas. Las últimas

decisiones de Carlos I, abandonar Castilla para acudir a sus territorios germanos y dejar como regente a un extranjero, al cardenal Adriano de Utrecht, acabaron por colmar la paciencia de los castellanos. Así, lo que comenzó como una cuestión fiscal se transformó en un desafío político. El incendio estalló pronto.

El 16 de abril se produjo el levantamiento que encendió la revuelta comunera. Ese día, los principales regidores —entre ellos Hernando de Ávalos y Juan de Padilla— simularon que se dirigían a cumplir órdenes del rey en La Coruña, pero fueron interceptados por la multitud y encerrados en la catedral de Toledo. Con este gesto, justificaron su permanencia en la ciudad y se situaron al frente del movimiento. Poco después, el corregidor huyó, dejando la ciudad sin autoridad real efectiva, lo que permitió que las Comunidades se impusieran como nuevo gobierno local.

Juan de Padilla, natural de Toledo y miembro de la pequeña nobleza, se convirtió pronto en una figura emblemática del levantamiento. Capitán del ejército comunero, fue ensalzado en coplas populares como el héroe que liberaría a la villa de los tributos abusivos que pesaban sobre sus vecinos. Su posición social se había fortalecido gracias a su matrimonio con María Pacheco, perteneciente a la poderosa familia de los Mendoza. Ella, culta y ambiciosa, destacó por su carácter decidido y su inteligencia política. Ambos compartían la convicción de que el Reino necesitaba una reforma profunda en su Gobierno y en la distribución de sus cargas.

Desde Toledo partió la iniciativa de crear una hermandad de ciudades para reparar los agravios del reino. Toledo llamó a las otras 17 ciudades con voto en Cortes a formar esa hermandad para atender a la gobernación. Solo cinco enviaron delegados a Ávila, donde se constituyó la primera Junta comunera: Toledo, Segovia, Salamanca, Toro y Zamora (que se retiró poco después). La presión real impidió que los representantes de Ávila participaran en la asamblea celebrada en su territorio.

Los comuneros establecieron cinco puntos fundamentales en su programa político: revocar el servicio aprobado en las Cortes de Santiago y La Coruña, es decir, los nuevos impuestos; restaurar el sistema tradicional de recaudación; reservar los cargos públicos y beneficios eclesiásticos a los naturales del Reino; prohibir la salida de dinero al extranjero; y nombrar como gobernador o regente a un castellano.

Carlos I pidió a Castilla un servicio extraordinario cuando aún no se había cobrado el anterior. Muchas ciudades protestaron, y aunque algunos procuradores se resistieron, otros aprobaron el impuesto contra las instrucciones de sus municipios. La noticia encendió el malestar y en Segovia, ciudad manufacturera perjudicada por la exportación de lana sin transformar, Juan Bravo encabezó la resistencia. El conflicto estalló cuando Rodrigo de Tordesillas, procurador que había votado a favor del servicio, fue ejecutado por artesanos indignados. La Corona reaccionó enviando tropas, pero Segovia resistió. El ejército realista atacó entonces Medina del Campo y la incendió, provocando enormes pérdidas en una de las plazas financieras más importantes. La quema de la ciudad se convirtió en símbolo de la represión y unió a numerosas poblaciones bajo la causa comunera.

LOS CAMPESINOS SE UNIERON AL MOVIMIENTO PORQUE BUSCABAN LIBERARSE DE LAS CARGAS FEUDALES

El movimiento creció gracias a la indignación popular y a la presión social en las ciudades. El verdadero motor fue el «común»: artesanos, mercaderes y una élite intermedia excluida de la política. Para representarlos surgieron Juntas urbanas, con fuerte presencia de barrios populares, como ocurrió en Valladolid.

La revuelta se extendió por Castilla. Las milicias comuneras, carismáticamente dirigidas por Padilla, Bravo y Maldonado, se enfrentaron a las tropas reales, que marchaban con disciplina. Muchos nobles terminaron apoyando la causa presionados por el pueblo, aunque no siempre por convicción. El siguiente paso fue intentar legitimar su movimiento a través de la reina Juana, figura silenciosa, pero cargada de legitimidad, ofrecía al movimiento un símbolo de justicia y un fundamento legal para oponerse a las decisiones de Carlos I.

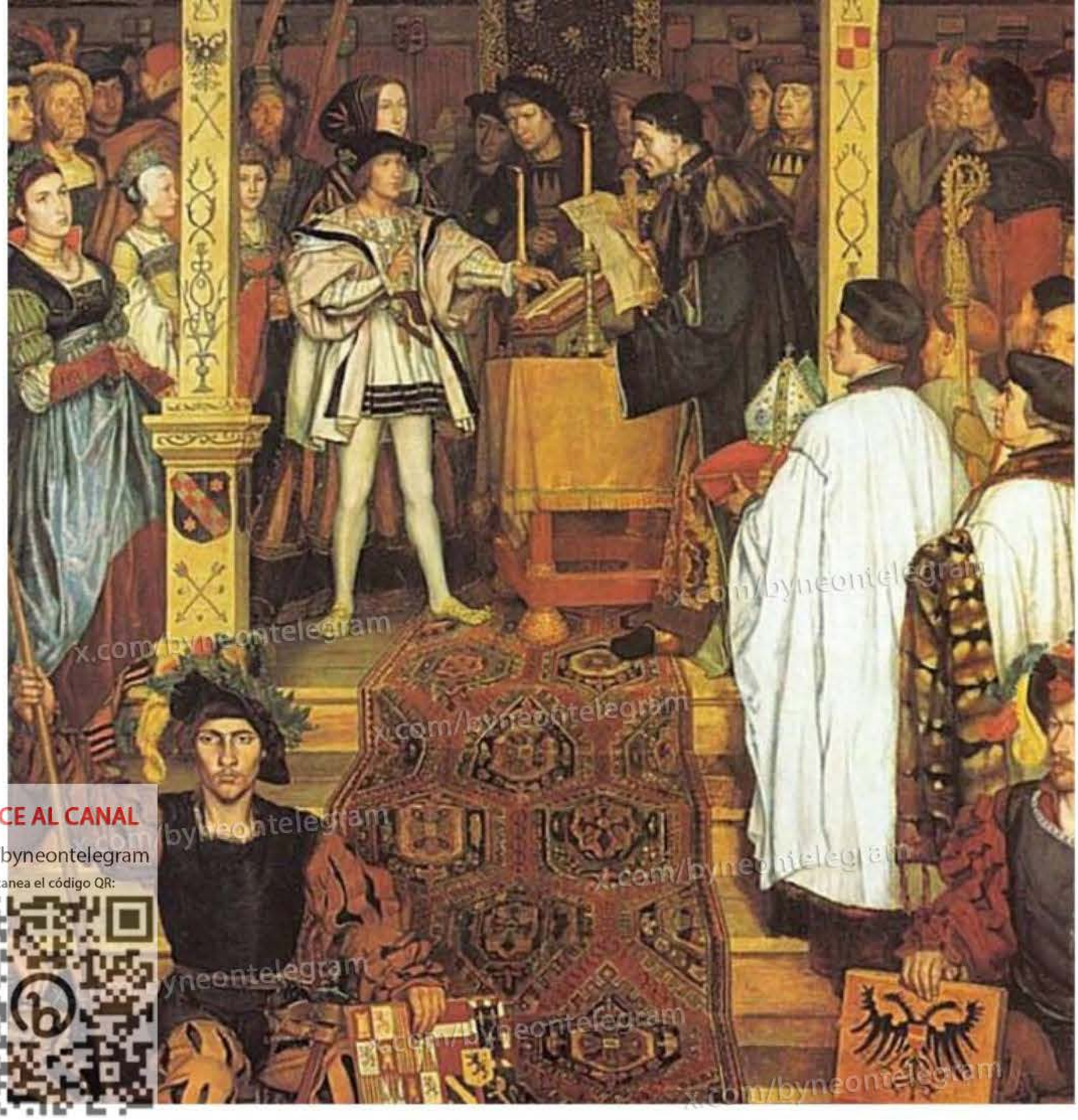
TORDESILLAS: LA REINA JUANA ENTRA EN ESCENA

La reina Juana I de Castilla vivía recluida en la villa de Tordesillas desde 1509, apartada del poder primero por su padre, Fernando el Católico, y después por su hijo, el emperador Carlos V, bajo la acusación de padecer desequilibrio mental.

La toma de Tordesillas, el 29 de agosto de 1520, apenas ocho días después del incendio de Medina del Campo, marcó un punto de inflexión en la revuelta comunera. Cuando Juan de Padilla y los representantes de la Junta de Ávila lograron entrevistarse con ella, la acogida de la reina fue sorprendentemente cordial. Aceptó que la Junta trasladara su sede a Tordesillas, lo que dio a los comuneros la impresión de contar con su respaldo y, desde ese momento, el movimiento dejó de presentarse como una insurrección contra el rey y pasó a reivindicarse como una defensa de los derechos de Juana frente a las usurpaciones de su hijo.

Muchos historiadores coinciden en que este episodio es el instante decisivo de la revolución comunera. Si los rebeldes hubiesen logrado restituir a Juana sus prerrogativas soberanas, Carlos V habría quedado sin autoridad efectiva en Castilla. Sin embargo, la causa comunera fracasó precisamente por la debilidad de la reina. Juana se negó a firmar los documentos que la Junta le presentó para validar su actuación, lo que privó al movimiento de cualquier base legal. Su negativa, más producto del miedo y de la confusión que de la oposición política, fue el golpe que salvó al emperador. Aun así, la instalación de la Junta en Tordesillas supuso un salto cualitativo. Los comuneros se autoproclamaron Cortes y Junta General del Reino no como órgano consultivo, sino como institución con poderes legislativo y ejecutivo. Desde allí redactaron una serie de ordenanzas dirigidas al emperador, que nunca llegaron a su destino, pero que algunos historiadores consideran el primer intento moderno de limitar jurídicamente la autoridad real. Entre sus disposiciones figuraban restricciones al poder de la Corona, ampliaciones de la representación en Cortes y una nueva concepción de la libertad entendida no como derecho individual, sino como expresión colectiva del Reino.

EN TORDESILLAS, LOS COMUNEROS REDACTARON UNA SERIE DE ORDENANZAS DIRIGIDAS AL EMPERADOR



ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:

ASC/ACADEMIA DE LAS ARTES Y LAS CIENCIAS MILITARES

Juramento de Carlos I ante las Cortes de Castilla en Valladolid (1518). El joven monarca se compromete a respetar los fueros y privilegios del Reino.

La magnitud del movimiento comunero solo puede comprenderse teniendo en cuenta la existencia de ese centro político unificador que es la Junta, sin ella la revuelta habría sido un conjunto disperso de motines locales. Pero en ella convivían también tensiones. La incorporación de ciudades más moderadas al movimiento comunero tras el incendio de Medina del Campo, entre ellas Burgos o la propia Valladolid, introdujo nuevas tensiones en el seno de la Junta General. La heterogeneidad política del bloque rebelde se hizo evidente. Cuando en septiembre de 1520 la Junta decretó la abolición del Consejo Real, Burgos —que controlaba buena parte del comercio lanero con Flandes y el monopolio de exportación de la Mesta— consideró la medida demasiado radical. La defensa de sus intereses económicos llevó a la ciudad a abandonar el bando comunero, marcando una de las primeras fracturas importantes dentro del movimiento.

En ese momento, la situación de Carlos era delicada. El rey, ausente en Alemania, carecía de recursos financieros (las ciudades habían retenido los fondos de los impuestos y su ejército estaba desorganizado). Ante la imposibilidad de imponer su autoridad directamente, recurrió a una solución hábil: apoyarse en la alta nobleza castellana, consciente de que una de las críticas principales hacia él era haber dejado el gobierno del Reino en manos del cardenal Adriano de Utrecht,

un extranjero. Nombró cogobernadores a dos grandes señores castellanos, Íñigo Fernández de Velasco, condestable de Castilla, y Fadrique Enríquez, almirante de Castilla. Ambos, veteranos en la política del Reino, representaban el poder territorial tradicional y aportaban legitimidad a la causa realista.

Al mismo tiempo, el descontento campesino comenzaba a manifestarse en el campo castellano. Muchas comunidades rurales interpretaron la revuelta como una oportunidad para liberarse del dominio señorial y protagonizaron alzamientos espontáneos contra sus señores. Estas revueltas antiseñoriales, que se extendieron por el Reino, inquietaron tanto a la alta nobleza como a los dirigentes comuneros, que no habían previsto ni alentado ese tipo de insurrección.

La combinación de ambos factores —el acercamiento del rey a los grandes nobles y la creciente agitación popular en el campo— provocó la defección definitiva de la nobleza del bando comunero. Para intentar reconducir la situación y ganarse de nuevo a los poderosos, la Junta destituyó a Juan de Padilla como capitán general y lo sustituyó por Pedro Girón, miembro de la alta nobleza andaluza descontento con la política imperial de Carlos. Sin embargo, Girón demostró poca habilidad militar: sus maniobras imprudentes dejaron desprotegido el camino hacia Tordesillas, lo que permitió a las tropas realistas recuperar la villa el 5 de diciembre de 1520.

La pérdida de Tordesillas fue un golpe moral y político. La Junta se vio obligada a trasladar su sede a Valladolid, donde las divisiones internas se acentuaron. Algunos miembros abogaban por buscar un acuerdo con la Corona; otros insistían en continuar la lucha. A partir de enero de 1521 comenzaron negociaciones entre ambos bandos, teniendo como mediadores a eclesiásticos y al embajador portugués. Dentro del movimiento comunero se definieron entonces dos posturas: la de los moderados,



ASC/WIKIPEDIA

La batalla de Villalar (1887), del pintor e ilustrador murciano Manuel Picolo y López, obra expuesta en el palacio del Marqués de Salamanca (Madrid).

PARA MUCHAS COMUNIDADES RURALES LA REVUELTA ERA UNA OPORTUNIDAD PARA LIBERARSE DEL DOMINIO SEÑORIAL

convencidos de que podían obtener concesiones suplicando, y la de los intransigentes, liderados por Juan de Padilla, que querían negociar solo desde una posición de fuerza.

Finalmente prevaleció la línea dura de Padilla, quien volvió a asumir el mando como capitán general. Durante los primeros meses de 1521 dirigió las operaciones con la esperanza de revertir la situación, pero las deserciones entre los sectores más acomodados minaban el frente interno. A pesar de algunos intentos de tregua, Padilla percibió que las conversaciones no eran más que una maniobra del bando realista para ganar tiempo. Pero, decidido a mantener en pie el ideal comunero hasta el final, reanudó la lucha.

La toma de Torrelobatón, el 25 de febrero de 1521, representó la última gran victoria de las fuerzas comuneras. La conquista de esta villa vallisoletana, situada entre los principales bastiones realistas, otorgó a los insurgentes una ventaja momentánea y generó preocupación en el bando imperial. Sin embargo, la indecisión de Padilla llevó a que, en lugar de avanzar hacia nuevas posiciones, mantuviera sus tropas en Torrelobatón, que pronto se convirtió en una trampa. El condestable Íñigo Fernández de Velasco, al mando del ejército realista, partió desde Burgos con una fuerza bien equipada y superior en artillería. Padilla vio que no podría resistir y ordenó la retirada hacia Toro. En su repliegue, los comuneros fueron alcanzados por las tropas imperiales en las cercanías de Villalar. Allí, el 23 de abril de 1521, bajo una lluvia persistente que empantanó el campo y dejó la artillería rebelde inutilizada, las milicias desorganizadas, fueron reducidas y obligadas a rendirse.

Al día siguiente, 24 de abril, los principales líderes —Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado— fueron condenados a muerte y ejecutados en la plaza de Villalar, como una advertencia. No obstante, cuando sus cuerpos fueron devueltos a sus ciudades de origen, la población los recibió con honores, como mártires de una causa frustrada.

La revuelta comunera quedaba prácticamente sofocada. Todas las ciudades rebeldes se rindieron en los días siguientes, todas salvo Toledo. En la antigua capital del Reino, la resistencia continuó bajo el liderazgo de María Pacheco, viuda de Juan de Padilla. Con el apoyo de varios caballeros locales y buena parte del pueblo, mantuvo la lucha durante meses, convirtiéndose en símbolo de la última esperanza comunera. Finalmente, la ciudad fue tomada por las tropas imperiales el 3 de febrero de 1522, tras dos años de sublevación. Caía así la primera ciudad que se había alzado frente al emperador Carlos V. Era el último acto de una derrota que en realidad se había sellado ya meses antes, el 23 de abril de 1521, en Villalar.

FIN DE LAS COMUNIDADES. EL REY REGRESA A ESPAÑA

En abril de 1521, bajo la lluvia fría de Villalar, la causa comunera fue aniquilada, sin embargo, de esa derrota nacería una lección que el joven rey no olvidaría jamás.

El poder, comprendió Carlos, no se impone solo con espadas; necesita la obediencia del corazón. La sangre de Villalar fue el precio de su aprendizaje político. Carlos regresó a la península en 1522. Desde Palencia reordenó el mensaje político: represión selectiva, sí, pero también un perdón general promulgado en Valladolid el 1 de noviembre de ese año, con exenciones notorias que señalaban a quienes habían traspasado líneas rojas (la documentación contemporánea habla de casi trescientas exclusiones del indulto). El gesto —mezcla de firmeza y clemencia— formaba parte de una pedagogía de la autoridad: castigar a los principales para disuadir, reintegrar al resto para gobernar.

Este Carlos ya no era el muchacho extranjero de 1517. Había visto Europa, había sido coronado en Aquisgrán y comprendía, al fin, que su Imperio se asentaba en la fidelidad de los castellanos. Su regreso fue sobrio, casi penitencial. A quienes esperaban una represión masiva les sorprendió su prudencia.

Tras la victoria, el emperador proclamó un perdón general con el objetivo de restablecer la paz. Consciente de que no podía gobernar frente a una oposición generalizada, ofreció clemencia a los participantes en la revuelta, aunque excluyó expresamente a los cabecillas de cada ciudad. Se abrieron, además, numerosos procesos judiciales para depurar responsabilidades y confiscar los bienes de los implicados. Aunque el decreto de perdón se presentó como un gesto magnánimo, en realidad fue acompañado de una política implacable de represión moral y material. Carlos V ordenó borrar los vestigios del movimiento comunero: se destruyeron casas, documentos y emblemas asociados a los rebeldes, incluida la residencia de los Padilla y Pacheco en Toledo. El obispo Antonio de Acuña, otro de los líderes destacados, permaneció preso en el castillo de Simancas, donde fue ejecutado en 1526 tras asesinar al alcaide en un intento de fuga. Con su muerte se cerró el último capítulo judicial de la rebelión.

Las Comunidades de Castilla fueron a la vez una guerra civil, una revolución social y política, y una confrontación de intereses. Un movimiento complejo en el que intervinieron todos los sectores sociales (nobleza, clero, menestrales, mercaderes, campesinos...) que se fue transformando durante el tiempo que se mantuvo vivo.

La derrota de Villalar y la caída de Toledo marcaron el fin de las Comunidades de Castilla y con ellas se extinguieron dos aspiraciones fundamentales: por un lado, el intento de establecer límites al poder de la monarquía y reforzar el papel representativo del Reino en las decisiones del Estado; por otro, la posibilidad de reorientar la política económica y diplomática de Castilla hacia sus propios intereses. Los comuneros habían buscado una administración más justa, una fiscalidad equitativa y una monarquía sometida a la ley. Pero su fracaso consolidó un modelo de gobierno autoritario, en el que la nobleza quedó definitivamente subordinada al poder real.

La derrota tuvo también consecuencias económicas de largo alcance. Se impuso la política favorable a la exportación de lana en bruto, defendida por los grandes comerciantes y por las ciudades de la meseta norte, lo que frustró el

LA LECCIÓN DE LAS COMUNIDADES ENSEÑÓ AL EMPERADOR EL COSTE DE IGNORAR LA NEGOCIACIÓN CON LA POBLACIÓN



ASC/WIKIPEDIA

Ejecución de los comuneros de Castilla (1860), del pintor de temática histórica Antonio Gisbert Pérez. La obra se expone en el Congreso de los Diputados (Madrid).

desarrollo de una industria textil castellana. Durante los años siguientes, la creciente presión fiscal para sostener las guerras del imperio acabaría estrangulando poco a poco la economía del Reino. Castilla, que había intentado reformarse desde dentro, quedó sometida a los intereses de una monarquía cada vez más imperial y distante.

UNA LECCIÓN APRENDIDA

Si el primer contacto había sido torpe, el aprendizaje fue rápido. Una de las claves de la «afirmación» de Carlos en España fue su progresiva «hispanización» administrativa sin renunciar a la herencia borgoñona: incorporar élites castellanas a los consejos, moderar la visibilidad de sus favoritos septentrionales y reequilibrar la distribución de oficios. La gran biografía de Geoffrey Parker insiste en esa capacidad de adaptación del monarca y en su uso pragmático de la gracia real para sanar heridas. Según José Martínez Millán, catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid, el papel de la Casa de Borgoña como molde organizativo fue clave pues, lejos de disolverse, se superpuso a tradiciones hispánicas para producir un sistema híbrido y eficaz.

Tras 1522, Castilla se convirtió en el laboratorio de una política imperial que requería recursos, hombres y obediencia, pero también consensos. La lección de las Comunidades enseñó al emperador el coste de ignorar la negociación con las ciudades y la necesidad de interlocución sostenida en Cortes. La reactivación del Consejo de Castilla, la disciplina de los corregidores y una fiscalidad más previsible sirvieron para estabilizar el Reino. El resultado fue: consejos temáticos, casas reales ordenadas, redistribución de patronazgo y una escena cortesana en la que las facciones aprendieron a competir bajo reglas más claras.

A partir de 1522-1523, Carlos afinó la política de presencia: largas estancias, audiencias y una liturgia real más inteligible para sus súbditos. La biografía de Par-



ASC/WIKIPEDIA

Sobre estas líneas, el famoso cuadro *La reina doña Juana la Loca, recluida en Tordesillas con su hija, la infanta doña Catalina* (1906), del pintor historicista Francisco Pradilla y Ortiz.

ker, apoyada en un arsenal de documentos multilingües, recalca el esfuerzo del emperador por traducir su proyecto universal a una gramática política castellana. Eso se expresó tanto en nombramientos (equilibrados) como en la manera de comunicar decisiones, cultivar apoyos y evitar, siempre que fue posible, la imagen de tutela extranjera. El proceso no borró del todo las reticencias, pero sí consolidó la fidelidad del Reino.

Poco a poco, el joven que había llegado envuelto en desconfianza se transformó en una figura de respeto. La memoria de las Comunidades, aunque silenciada, no desapareció: sobrevivió en las conciencias como un recordatorio de los límites del poder. Carlos entendió esa advertencia mejor que sus ministros. De ahí su esfuerzo por mantener el equilibrio entre los diversos reinos que componían su monarquía: un sistema de consejos especializados, virreinatos coordinados y casas reales ordenadas con la precisión de un reloj borgoñón. Era el gobierno compuesto de un emperador que había aprendido, en carne propia, que la autoridad sin diálogo conduce a la ruina.

Su relación con Castilla cambió. Aprendió la lengua, confió en consejeros españoles y asumió que el corazón financiero de su monarquía estaba en Toledo y Burgos. Lo que había sido una corona ajena se convirtió en su principal soporte pues le ofrecía los recursos que Flandes no podía: hombres, plata, navíos y legitimidad.

Su reinado, a partir de entonces, se construyó sobre un pacto tácito: Castilla proveería recursos y lealtad, y el rey, a cambio, garantizaría estabilidad y justicia. No fue una alianza escrita, sino una confianza reconstruida. Las Cortes siguieron siendo escenario de tensiones, pero el recuerdo de 1520 actuaba como advertencia para ambos bandos. En la corte, los antiguos bandos borgoñones y castellanos se fundieron en una burocracia que comenzaba a parecer moderna.

EL CONFLICTO DE LAS COMUNIDADES APARECE COMO UN SÍNTOMA: LA DIFICULTAD DEL MONARCA PARA ARMONIZAR INTERESES BAJO UN PROYECTO POLÍTICO

Era el precio y la recompensa de la experiencia.

La transformación de Carlos tuvo también una dimensión íntima. En sus cartas posteriores, se advierte un tono distinto: sobrio, más castellano y menos cortesano. Había aprendido que gobernar España no era dominarla, sino convivir con sus resistencias. La monarquía, que al principio le parecía un instrumento, se convirtió en un oficio. Y ese oficio lo ennobleció. Quizá por eso, cuando años después abdicó en Bruselas, evocó a Castilla no como una posesión, sino como patria moral.

Las Comunidades no fueron una revolución moderna, pero sí una advertencia temprana de que el poder necesitaba raíces nacionales. Carlos lo entendió sin proclamas: adaptó sus maneras, repartió oficios con prudencia, moderó impuestos y construyó, sobre la derrota de 1521, un nuevo equilibrio político. En esa operación silenciosa residió su genio. Otros monarcas conquistaron territorios; él conquistó fidelidades.

Se ha dicho que el fuego de las Comunidades ardió para iluminar el camino del rey. Y hay verdad en esa metáfora. Sin aquel desafío, sin el eco de Villalar, Carlos habría sido un emperador extranjero en su propio trono. Con él, aprendió la gramática política de sus súbditos: cuándo hablar, cuándo callar, cuándo perdonar. Desde entonces, cada vez que el emperador se dirigía a sus cortes o a sus capitanes, lo hacía con la serenidad de quien conoce los límites del poder.

En toda esta paradoja se forjó la grandeza de un hombre que, antes de ser emperador de medio mundo, tuvo que aprender a ser rey de Castilla.

CÓMO SE VIO DESDE FUERA

La historiografía alemana —representada por la extensa biografía de Heinz Schilling— ha tendido a encuadrar el ciclo 1517-1522 en una clave más amplia: la construcción de un emperador que debía conciliar tradiciones cortesanas borgoñonas, exigencias castellanas y un escenario imperial atravesado por la Reforma. En ese encuadre, el conflicto de las Comunidades aparece como un síntoma: la dificultad del monarca para armonizar intereses regionales bajo un proyecto político que, inevitablemente, rebasaba las fronteras peninsulares. La derrota comunera, con Villalar como hito pedagógico, se leyó también como la prueba de fuerza de una monarquía capaz de domar su retaguardia para actuar en el tablero europeo.

La síntesis española y la alemana coinciden en el trazo grueso; las obras de Pérez, Parker y Schilling despliegan los matices. Que la corona terminara más fuerte no significa que todo fuese continuidad. Significa, más bien, que el conflicto fue traducido en acuerdos duraderos. En esa traducción —más política que militar— radica el verdadero significado del paso de Carlos por la España que primero lo rechazó y, después, lo afirmó.■

El castigo de Gante (1540), del Jan Cornelisz Vermeyen. Representación del momento en que Carlos V humilla a los notables de Gante tras la rebelión comunal.

ASSOCIAMIKIPEDIA

La revolución *de* Gante

Entre los múltiples episodios de resistencia política que acompañaron el proceso de consolidación del Imperio de Carlos V, la Revolución de Gante ocupa un lugar central. No fue solo una revuelta urbana de carácter fiscal: constituyó un conflicto estructural entre dos concepciones del poder. De un lado, el principio imperial de soberanía, que tendía a uniformar y centralizar los dominios del monarca; del otro, las libertades comunales y el pactismo borgoñón que habían sustentado la identidad política de los Países Bajos desde el siglo XV. En Gante se enfrentaron la razón de Estado y la tradición local, la nueva monarquía administrativa y la vieja república de los oficios.

SOBERANÍA, PRIVILEGIO Y LA CRISIS POLÍTICA FLAMENCA (1520–1540)

La incorporación de los Países Bajos al patrimonio de los Habsburgo situó a Flandes en el corazón del sistema político europeo. Las antiguas provincias borgoñonas —ricas, densamente pobladas y altamente urbanizadas— mantenían una autonomía institucional basada en privilegios, asambleas locales y un complejo equilibrio entre príncipes y ciudades. El joven Carlos, educado en Malinas bajo la tutela de Margarita de Austria, heredó de esa tradición una concepción pactista del gobierno, en la que el consenso de los Estados Generales constituía una forma legítima de autoridad. Sin embargo, tras su elección imperial en 1519 y su traslado a España, la distancia geográfica y política entre el monarca y sus dominios flamencos se amplió de manera irreversible.

Durante la década de 1520, las ciudades flamencas comenzaron a experimentar la tensión entre la prosperidad económica y las crecientes exigencias fiscales derivadas de la política imperial. La guerra contra Francia, el mantenimiento de las guarniciones en Italia y la defensa del norte de Europa frente al expansionismo protestante requerían recursos constantes. Los subsidios votados por los Estados Generales resultaban insuficientes, y las autoridades imperiales recurrieron a contribuciones extraordinarias que chocaban con los privilegios locales. En ese contexto, Gante —la más rica y orgullosa de las comunas flamencas— se erigió en símbolo de resistencia frente a la presión fiscal.

Gante había sido desde la Edad Media una de las ciudades más poderosas del continente. Su industria textil, su puerto sobre el Lys y su papel como centro fi-

nanciero la habían convertido en eje económico del norte europeo. A la vez, su estructura política interna conservaba rasgos corporativos y comunales: los gremios participaban en el gobierno urbano, las magistraturas eran electivas y los derechos cívicos estaban protegidos por cartas otorgadas por los duques de Borgoña. Esta tradición de autogobierno alimentaba un fuerte sentimiento de independencia municipal que sobrevivía bajo la apariencia de lealtad dinástica.

La relación entre Gante y el poder central ya había mostrado signos de fricción durante la regencia de Margarita de Austria, cuando la ciudad se opuso a los impuestos destinados a financiar la defensa contra Francia. Sin embargo, la situación se agravó tras el regreso del emperador a España en 1533. La percepción de un soberano lejano, absorbido por los asuntos del Imperio y representado en Flandes por funcionarios extranjeros, generó un clima de desconfianza. El malestar se extendió entre los gremios, que acusaban a las élites urbanas de colaborar con la fiscalidad imperial a cambio de beneficios comerciales. Así, la tensión social se entrelazó con la oposición política.

DE LA RESISTENCIA FISCAL A LA INSURRECCIÓN (1537–1539)

La chispa inmediata fue la solicitud imperial de un subsidio extraordinario en 1537 para sostener la guerra contra Francisco I. Gante se negó a contribuir, alegando que la petición violaba los privilegios que le permitían consentir sus propios tributos. La negativa fue interpretada por Bruselas como desafío abierto a la autoridad del emperador. Las negociaciones fracasaron, y la resistencia se transformó en revuelta abierta. Los gremios tomaron el control del gobierno local, depusieron a los magistrados favorables al emperador y constituyeron una *Compañía Blanca*, milicia destinada a defender la ciudad.

Durante 1539, los rebeldes buscaron apoyo en otras ciudades flamencas y, en un movimiento desesperado, enviaron emisarios a Francisco I de Francia. El intento de alianza con el enemigo tradicional de los Habsburgo deslegitimó la causa de Gante ante la opinión del resto de los Países Bajos. Para el emperador, la revuelta dejó de ser un problema fiscal y se convirtió en un acto de traición. Carlos decidió intervenir personalmente, consciente de que el desafío procedía de la ciudad donde había nacido y que su autoridad se vería comprometida si no imponía obediencia.

LA REPRESIÓN IMPERIAL Y LA RESTAURACIÓN DEL ORDEN (1540)

En enero de 1540, Carlos V emprendió una marcha cuidadosamente planificada hacia Flandes al frente de un ejército veterano. Su llegada fue tan política como militar: el emperador no buscaba una batalla, sino una demostración pública de poder. Las fuerzas gantesas, incapaces de resistir, se rindieron sin combate. La entrada del emperador en la ciudad fue concebida como acto de soberanía. Ante

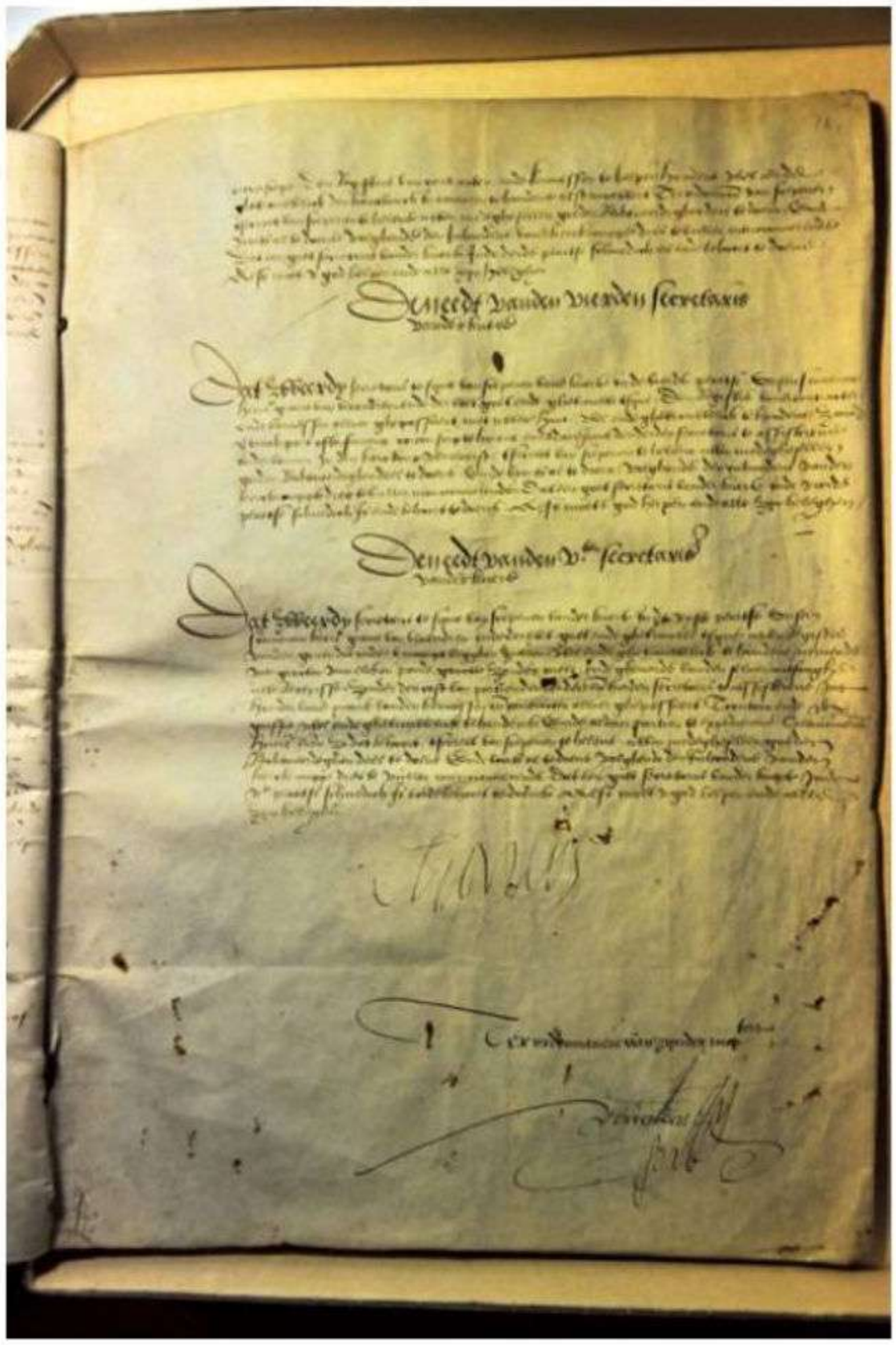
LA RELACIÓN ENTRE GANTE Y EL PODER CENTRAL YA HABÍA MOSTRADO SIGNOS DE FRICCIÓN CON MARGARITA DE AUSTRIA



Los Países Bajos de mediados del siglo XVI, antes de la rebelión contra los Habsburgo. El mapa muestra las diecisiete provincias que Carlos V unificó bajo el «Círculo de Borgoña».

la asamblea de los ciudadanos humillados, Carlos pronunció un discurso en el que contrapuso su clemencia a la gravedad de la ofensa. La clemencia, sin embargo, tuvo límites precisos: los líderes comunales fueron ejecutados, las corporaciones disueltas y los privilegios, abolidos.

La reorganización posterior fue meticulosa. El *Constitutio Carolina*, promulgado en abril de 1540, redefinió la estructura política de Gante: suprimió los órganos comunales, redujo el poder de los gremios y sometió el gobierno local al control directo del representante imperial. El castillo de San Bavón, levantado en el centro de la ciudad, simbolizó la nueva jerarquía del poder: una guarnición permanente y una fortaleza visible recordaban la obediencia debida al soberano. Con ello, Carlos V convirtió su ciudad natal en paradigma del orden restaurado.



ASC/WIKIPEDIA

Última página de la *Concesión Carolina* con la firma de Carlos V. A partir de entonces, los regidores fueron nombrados por el monarca y su autoridad se vio limitada.

SENTIDO POLÍTICO DEL EPISODIO

La Revolución de Gante tuvo consecuencias que trascendieron el ámbito flamenco. En el plano interno, representó la culminación de la política de disciplinamiento iniciada por los Habsburgo en los territorios borgoñones. En el externo, ofreció a Europa el espectáculo de un emperador capaz de someter una de las ciudades más ricas del continente sin derramamiento de sangre, mediante el uso de la autoridad ritual y el aparato de la justicia imperial. Para el propio Carlos, fue una victoria moral: demostraba que su poder no dependía únicamente de las armas, sino también de la legitimidad política del soberano.

Sin embargo, el triunfo contenía el germen de futuros conflictos. La represión eliminó temporalmente la resistencia urbana, pero destruyó también la base de colaboración entre la corona y las oligarquías locales. La política de obediencia impuesta en Gante alteró el equilibrio tradicional entre príncipe y ciudades, y provocó un distanciamiento que se manifestaría con mayor virulencia bajo Felipe II. En cierto modo, Gante fue el preludio del problema neerlandés: la imposición de la autoridad central sobre un mosaico de libertades particulares que acabaría por fragmentar el conjunto.

LA POLÍTICA DE OBEDIENCIA IMPUESTA EN GANTE ALTERÓ EL EQUILIBRIO TRADICIONAL ENTRE EL PRÍNCIPE Y LAS CIUDADES

La historiografía ha abordado la Revolución de Gante como punto de inflexión en la evolución del Estado moderno. Brandi la interpretó como la victoria del concepto de soberanía personal sobre la pluralidad de jurisdicciones medievales, destacando el papel de Carlos V como restaurador del orden político cristiano. Parker, desde una perspectiva más estructural, la vinculó a las necesidades fiscales del Imperio: la crisis fue consecuencia inevitable de una monarquía que debía sostener una guerra casi permanente y que chocaba con la resistencia de los sistemas fiscales locales. Blockmans ha insistido en la dimensión institucional del conflicto, subrayando que la integración de los Países Bajos en una estructura imperial multinacional obligaba a redefinir los términos del pacto político.

Otros autores, como Knecht y Martínez Millán, han señalado que Gante no puede entenderse aisladamente: formó parte de una serie de reacciones locales —en Castilla, Nápoles o Alemania— frente a las nuevas formas de autoridad administrativa. En todas ellas, el problema fundamental fue el mismo: la transformación del poder monárquico en un sistema racionalizado que pretendía superar las lealtades tradicionales mediante la obediencia legal. Gante, en ese sentido, fue laboratorio y advertencia a la vez.

EL LEGADO POLÍTICO Y SIMBÓLICO

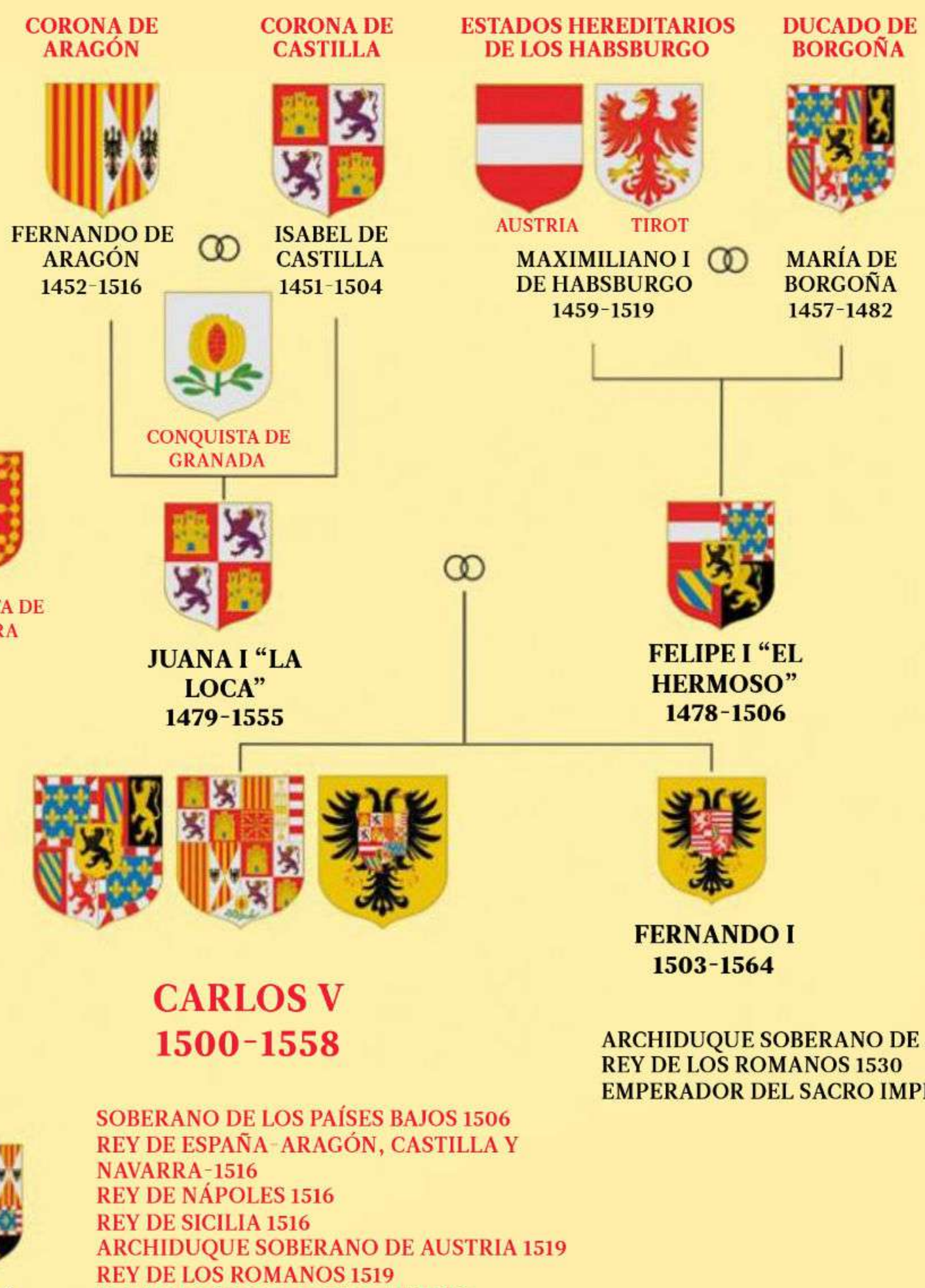
El recuerdo de la Revolución de Gante perduró como advertencia y como mito. Para la monarquía, representó la victoria definitiva del orden sobre el desorden comunal; para los flamencos, el final de una era de libertades cívicas. El nuevo régimen impuesto en 1540 se mantuvo durante décadas, pero la memoria de la humillación imperial alimentó un sentimiento de desconfianza hacia el poder central. En la conciencia colectiva de los Países Bajos, el castillo de San Bavón se convirtió en emblema de la dominación extranjera, un símbolo que reaparecería en la retórica rebelde del siglo siguiente.

Desde la perspectiva de la construcción imperial, Gante fue un éxito táctico y un fracaso estratégico. Carlos V impuso su autoridad, pero a costa de erosionar el pacto político que había hecho posibles los Burgundia. La obediencia obtenida por la fuerza sustituyó al consenso que durante un siglo había garantizado la cooperación entre las provincias flamencas y la corona. Con ello, el emperador consolidó su imagen de soberano absoluto, pero debilitó la base sobre la que se apoyaba su dominio.

La Revolución de Gante, en suma, fue más que un episodio de rebeldía urbana: fue la primera gran crisis de legitimidad del poder imperial en Europa. En ella se definió la tensión que acompañaría todo el reinado de Carlos V y que marcaría el destino de su herencia política: la búsqueda imposible de un equilibrio entre la universalidad de la autoridad y la diversidad de las tradiciones. La victoria del emperador fue completa, pero, como tantas veces en su trayectoria, tuvo el precio de la soledad del poder. ■

UN SUEÑO UNIVERSAL

La formación del imperio de Carlos V



El árbol genealógico de Carlos V muestra la compleja red de herencias dinásticas que confluyeron en el emperador para formar su imperio.

ASC/WIKIPEDIA

Hacia el año 1525 Carlos acumula sobre su persona más de 50 títulos. Es 27 veces rey, 13 duque y 22 conde; es emperador, príncipe, archiduque, duque, marqués, conde y señor. ¿Cómo va accediendo a esos territorios? Pues, por la muerte de su padre, el archiduque Felipe de Austria, se convierte en soberano de Borgoña y de los Países Bajos. Actuarán como regentes su abuelo, el emperador Maximiliano y su tía Margarita. En 1516 muere el rey Fernando el Católico y accede a la herencia castellano-aragonesa y todo lo anejo, como veremos a continuación. En 1519 muere su abuelo, el emperador Maximiliano, el que ha estado preparando todo para que, cuando él muera, Carlos le suceda en el trono imperial. Al año siguiente será coronado Rey de Romanos en Aquisgrán y más tarde Emperador en Bolonia.

Así pues, sus territorios estarían conformados por la herencia castellana de su abuela Isabel la Católica, que serían los reinos de la Corona de Castilla en Europa, las plazas fuertes en el norte de África y habría que sumar todo lo relacionado con los territorios americanos, cuya conquista se va a desarrollar durante el gobierno del emperador Carlos. De su abuelo materno, Fernando el Católico, la Corona de Aragón: el reino de Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca y los territorios italianos, Nápoles y las dos Sicilias. De su abuela paterna, María de Borgoña, el Ducado de Flandes y Borgoña. Y de su abuelo paterno, el emperador Maximiliano, la herencia de los Habsburgo: los conocidos o denominados Estados patrimoniales de los Habsburgo y la Corona imperial.

Increíble herencia, si tenemos en cuenta que Carlos no estaba llamado a ocupar el trono de Castilla. Su destino estuvo marcado por la muerte de varios de sus tíos: el Infante don Juan, que se convierte en Príncipe de Asturias desplazando a su hermana mayor Isabel, pero que muere sin descendencia. Su tía Isabel, la primera hija que les nace a los Reyes Católicos, recupera la condición de princesa de Asturias, pero muere al año siguiente. Ella deja un heredero, el príncipe don Miguel, en cuya figura se hubiese producido la ansiada Unión Ibérica (que no llegará hasta el reinado de Felipe II en 1580), pero la muerte se lo lleva también. Desaparecidos los dos primeros hijos de la Reina Católica, el derecho como reina propietaria recae en doña Juana, pero aislada en Tordesillas no tiene opciones de reinar. En una de las cláusulas testamentarias de la reina Isabel se dice que «si no quisiera o no pudiera reinar» será don Fernando, en condición de Regente, el que se hará cargo del reino. Y así ocurrió.

Por otro lado, después de la muerte de Isabel la Católica, Fernando se casa con una princesa francesa, Germana de Foix y tienen un hijo, don Juan de Aragón y Foix, en quien se hubiese producido la separación nuevamente de las coronas de Castilla y de Aragón, si no hubiera muerto.

Vemos así cómo van cayendo poco a poco los «obstáculos», personas que estaban por delante en la línea sucesoria, antes que Carlos: en 1497, el príncipe don Juan; en 1498, la princesa doña Isabel; en 1504, la reina Isabel; en 1509, don Juan de Aragón y Foix. Por el otro lado, en 1506 muere Felipe el Hermoso, la herencia flamenco-borgoñona; y en 1519, su abuelo, el emperador Maximiliano. Todas estas muertes hacen al joven Carlos acreedor de los títulos del rey de Castilla y de emperador del Sacro Imperio Romano.



ASC/WIKIPEDIA

Retrato del emperador Maximiliano I (1519), de Alberto Durero. En la parte superior se encuentra el escudo de los Habsburgo con la corona imperial y la cadena de la Orden del Toisón de Oro.

EL ABUELO MAXIMILIANO Y EL TRONO IMPERIAL

Si alguien fue fundamental en la vida del emperador, sobre todo para su acceso a la condición imperial, que es el rasgo que le caracteriza por encima de todos, ese fue su abuelo Maximiliano quien, desde que muere su hijo, el archiduque Felipe el Hermoso, que sería el heredero natural en la línea de sucesores al trono imperial, se dedica a preparar la candidatura de su nieto para esa alta jerarquía, para que pueda desempeñar su labor en esa alta institución una vez que él no esté.

Es el abuelo Maximiliano, el que le ha preparado, desde una posición ventajosa, la carrera hacia la Corona del Imperio, esa que su nieto deberá correr cuando él fallezca, cosa que ocurrirá finalmente el 12 de enero de 1519.

Cuando el joven Carlos de Habsburgo se levantó una mañana de junio de 1519 en su palacio de Bruselas, no podía imaginar que aquel día cambiaría el destino de Europa. En Fráncfort, los siete príncipes electores del Sacro Imperio Romano Germánico se reunían para elegir al sucesor de su abuelo Maximiliano. En competición estaban Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia y Carlos de Habsburgo. El primero, propuesto secretamente por el cardenal Thomas Wolsey, aunque públicamente parecía apoyar al rey francés, poco tenía que hacer. La auténtica rivalidad tuvo lugar entre los dos hombres más poderosos del continente: Francisco I de Francia, rey caballeresco y ambicioso, y Carlos I, rey de Castilla, Aragón y de Nápoles, señor de los Países Bajos y duque de Borgoña. La elección enfrentaba dos

MAXIMILIANO I SE DEDICÓ CON AHÍNCO A PREPARAR LA CANDIDATURA DE SU NIETO PARA EL TRONO IMPERIAL

visiones del mundo: la monarquía nacional francesa y el ideal supranacional de un Imperio cristiano que abarcara toda la cristiandad occidental.

El trono imperial no se heredaba automáticamente: debía ganarse en un proceso en el que las grandes familias alemanas pesaban tanto como los ideales. Francisco I, que ya había intentado ser elegido, desplegó una campaña diplomática sin precedentes: ofreció oro, alianzas y promesas de autonomía a los príncipes electores. Pero el oro francés no bastó. Carlos, apoyado por el poder financiero de los Fugger y el prestigio de su linaje, ofreció algo más tentador: continuidad dinástica y estabilidad frente al expansionismo galo. En secreto, el banquero Jakob Fugger financió sobornos que ascendieron a casi un millón de florines —una fortuna que hipotecó las arcas castellanas durante décadas—, pero el resultado fue decisivo. El 28 de junio de 1519, los electores proclamaron «Carolus V Romanorum Imperator electus».

Carlos no se precipitó hacia Alemania. Permaneció un tiempo en Flandes y luego en Castilla, consciente de que su autoridad debía consolidarse en los reinos hispánicos antes de enfrentarse al desafío imperial. No viajó a Alemania hasta 1520, y la ceremonia formal de coronación por el papa no se produciría hasta 1530 en Bolonia. Sin embargo, desde el instante de su elección, la figura de Carlos adquirió una nueva dimensión: ya no era solo un monarca entre otros, sino el heredero de una misión universal.

Cuando Carlos es proclamado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, su tía doña Margarita dirá que es la providencia —«Los electores del Sacro Imperio han elegido unánimemente por la gracia del Espíritu Santo a mi señor y sobrino, Rey de Romanos»—. Pero quizás tuvieron más que ver los 2100 kilos de oro con los que se compró la voluntad de los príncipes electores del Imperio que la mencionada providencia.

La política imperial de los Habsburgo se va a desarrollar gracias a los empréstitos, es decir, a los préstamos, y uno de los prestamistas más importantes de Maximiliano sería Jakob Fugger (Jacobo Fúcar), la principal fortuna de la Europa del Renacimiento. Así pues, la familia alemana de los Fugger (españolizada como Fúcares o Fúcar) pagó el trono imperial de Carlos V y las guerras de este que dejaron en bancarrota a su hijo Felipe. Pero los Fugger también sustentaron buena parte de las campañas del propio Felipe. Podemos decir que el Imperio europeo más grande hasta la fecha se asentó en préstamos que absorbían buena parte de la plata llegada de América.

Entre los clientes bancarios de los Fugger estaban la alta nobleza, las casas reales europeas y la Iglesia católica. Subvencionó guerras y elecciones de reyes, asegurando así a sus negocios un rápido crecimiento y ejerciendo mediante la financiación un influjo político considerable. La riqueza de esta familia fue tan exagerada que Jakob, apodado como «el rico» fue posiblemente la persona más acaudalada de la Europa del siglo XVI.

Y esta es la realidad, Carlos debía su coronación al oro de los Fugger, pero también a que su tía Margarita, asentada de nuevo en la regencia, tuvo un papel muy activo en la campaña que le llevaría al trono imperial. El abuelo Maximiliano murió en enero de 1519 y su nieto fue elegido en junio de ese mismo, una rápida elección, aunque no será coronado como Rey de Romanos en Aquisgrán hasta el 23 de octubre de 1520 y la coronación imperial por el papa en Bolonia habrá de esperar hasta el 24 de febrero de 1530. Que el trono del Sacro Imperio Romano Germánico no estuviera vacante ni medio año se explica de manera sencilla por la influencia de su tía en la política europea. Ella fue moviendo toda su red de influencias para conseguir los votos a favor de su sobrino, tanto con sobornos como con promesas a los diferentes electores. Así, tras la primera coronación en Aquisgrán en 1520, llegó el ansiado momento de la segunda coronación, la que tiene lugar 10 años más tarde, en una fecha no elegida al azar, el 24 de febrero de 1530, día del cumpleaños del emperador.

EL IDEAL DE MONARQUÍA CRISTIANA

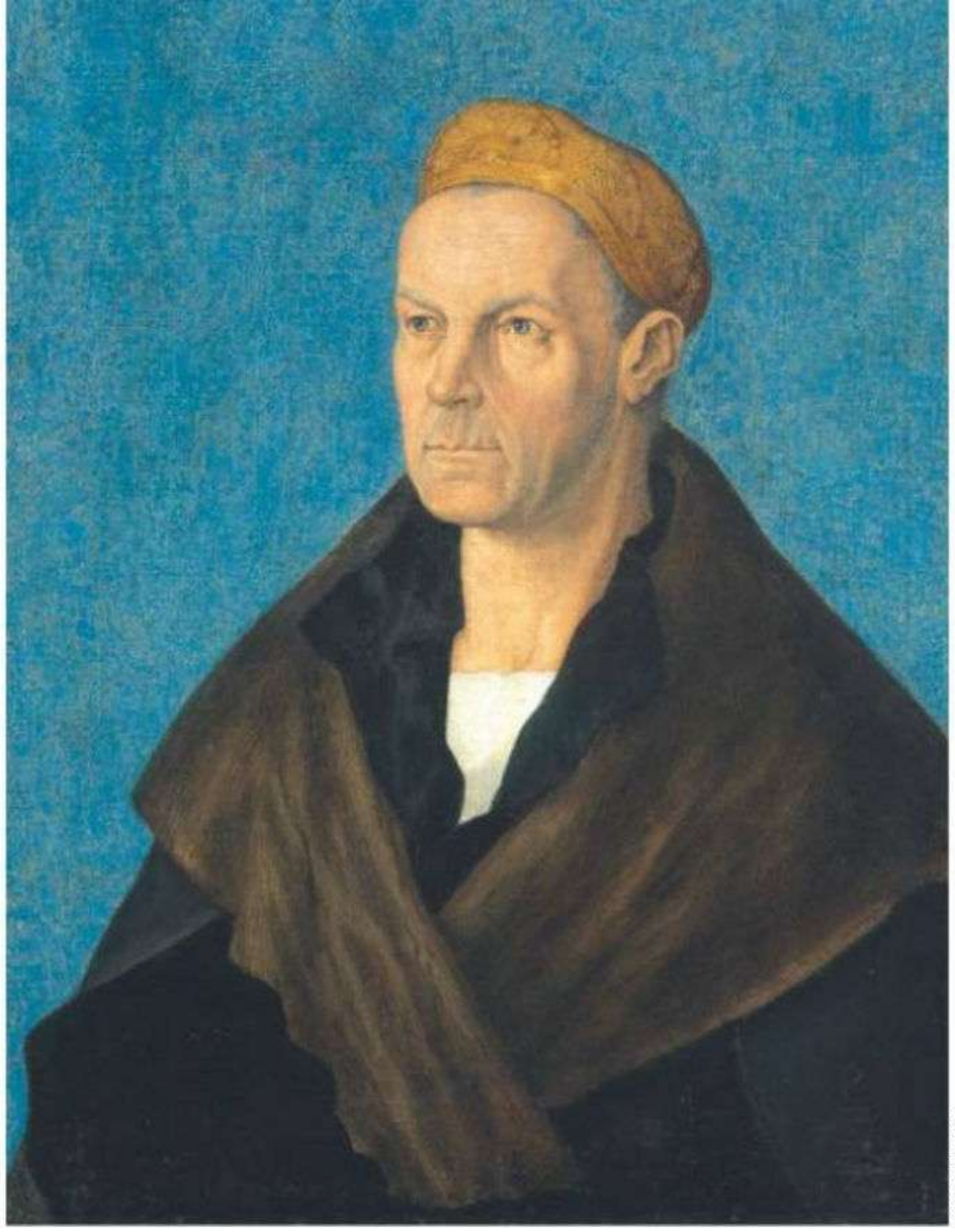
Carlos se consideró a sí mismo custodio de la cristiandad. Creía que el poder imperial, heredero de Roma y del Sacro Imperio, debía garantizar la unidad espiritual y política de Europa frente a las herejías internas y las amenazas externas. Su divisa, *Plus Ultra*, no se refería únicamente a la expansión ultramarina, sino a la superación de los límites políticos y morales del tiempo. La monarquía debía ser una herramienta de armonía, no de conquista.

La coronación imperial simbolizaba ese ideal. Desde la Edad Media, el emperador era visto como el defensor del orden cristiano, designado por Dios para mantener la paz entre los pueblos y Carlos interpretó su elección como un mandato providencial, el de unir bajo su cetro a las dos mitades de la cristiandad —la latina y la germánica— y ponerlas al servicio de una fe común. En este sentido, el Imperio no era para él una mera estructura política, sino una utopía espiritual. Su educación borgoñona y flamenca lo había imbuido de un fuerte sentido del deber caballeresco; su herencia española le daba el rigor moral del catolicismo militante. En su persona confluyeron las tradiciones del norte y del sur, del Renacimiento y de la Contrarreforma.

El Imperio de Carlos no tenía una capital fija. Bruselas, Toledo, Valladolid, Augsburgo o Innsbruck fueron sedes ocasionales de su corte. Su autoridad descansaba menos en la centralización que en la presencia personal del monarca, que viajaba constantemente entre sus dominios. En ello residía tanto su fuerza como su debilidad: era un emperador itinerante, símbolo de unidad, pero también prisionero de las distancias y de la diversidad de sus reinos.

La idea de un Imperio cristiano chocaba con las realidades nacionales y con los intereses de las oligarquías locales. En Alemania, los príncipes reclamaban auto-

EL ABUELO MAXIMILIANO MURIÓ EN ENERO DE 1519 Y SU NIETO FUE ELEGIDO EN JUNIO DE ESE MISMO AÑO



ASC/WIKIPEDIA

Retrato de Jakob Fugger el Rico (hacia 1519), de Alberto Durero. Entre los clientes de los Fugger estaban la alta nobleza, las casas reales europeas y la Iglesia católica.

nomía; en España, las Cortes castellanas desconfiaban de su orientación centroeuropea; en Italia, los papas recelaban de su poder. Aun así, Carlos intentó mantener el equilibrio mediante una diplomacia paciente y una red administrativa cada vez más compleja.

Su canciller, Mercurino Gattinara, fue el arquitecto intelectual de esta visión. En sus cartas y memorias expuso la doctrina del *imperium mundi*: la idea de que el emperador debía actuar como juez y árbitro entre los pueblos cristianos. «Dios ha puesto en tus manos —escribió Gattinara— un Imperio en el que el sol no se pone». La frase, repetida hasta la saciedad, condensaba el sueño universal de Carlos: un poder que trascendiera fronteras y lenguas.

ROMA Y LA LEGITIMIDAD PAPAL

La coronación imperial propiamente dicha se retrasó más de una década. Si bien es cierto que desde el siglo XV, la consagración por el papa había perdido relevancia práctica, también lo es que conservaba un inmenso valor simbólico. Carlos deseaba ser coronado por el pontífice no por ambición personal, sino por convicción religiosa: creía que solo la Iglesia podía legitimar su autoridad suprema. La tensión entre ambos poderes, sin embargo, había alcanzado su punto máximo tras el saco de Roma en 1527, perpetrado por tropas imperiales amotinadas por no cobrar.

Es evidente que este suceso, no solo marcó un hito devastador en la historia de la ciudad italiana, sino que también significó un cambio de época en las relaciones de poder en Europa. Aquel evento fue la culminación de un proceso complejo de tensiones políticas, religiosas y militares que llevaron a las fuerzas imperiales

de Carlos V a saquear la capital del papa Clemente VII, un hecho que humilló a la Iglesia, alteró la política italiana y dejó cicatrices profundas en la memoria colectiva de la cristiandad.

La relación entre Carlos V y el papa Clemente VII había sido tensa desde el comienzo del pontificado del último. Si bien inicialmente el papa había aceptado la elección de Carlos como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, pronto las diferencias entre ambos salieron a la luz. En el contexto de las luchas internas de Italia, el papa, que se encontraba en una posición políticamente vulnerable, trató de mantener un equilibrio entre el emperador y los intereses franceses. La Francia de Francisco I era el principal rival de Carlos V, y la neutralidad papal era esencial para no involucrarse en el conflicto entre ambas potencias. Sin embargo, el papa Clemente VII decidiría alinearse con el francés en 1526.

A principios de ese año, Carlos V se vio presionado por las demandas de Venecia y del propio papa, quienes insistían en que debía restaurar a Francisco II Sforza en el trono del ducado de Milán. Ante la creciente tensión con los franceses y el temor a una nueva guerra, el emperador percibió la urgencia de resolver el conflicto con Francia antes de que la situación empeorara aún más. Esta necesidad de encontrar una solución diplomática le impulsó a buscar un acuerdo con Francisco I, en aquel momento cautivo del español, pues había sido hecho prisionero durante la batalla de Pavía en febrero de 1525. Por su parte, Francisco, que previamente había intentado sin éxito retener Borgoña, se mostró dispuesto a renunciar a sus reivindicaciones sobre ese territorio a cambio de su libertad. Este cambio de actitud facilitó la firma del Tratado de Madrid el 14 de enero de 1526, un acuerdo que resultó ser



ASC/WIKIPEDIA

Sobre estas líneas, *Entrada del emperador Carlos V en Bolonia* (1660), de Juan de la Corte. Sin duda, con su coronación en Bolonia, en 1530, Carlos V alcanzó la cima de su poder.

FRANCISCO I, CAUTIVO DEL EMPERADOR, HABÍA SIDO HECHO PRISIONERO DURANTE LA BATALLA DE PAVÍA EN FEBRERO DE 1525

muy ventajoso para Carlos V, quien accedió a liberar a Francisco I una vez que se alcanzaron los términos acordados en el tratado.

El acuerdo incluía la renuncia de Francia a sus pretensiones en Italia, la entrega de Borgoña a Carlos y la renuncia a la soberanía sobre Flandes y Artois. Este tratado humillaba a Francisco y le obligaba a ceder grandes partes de su territorio a España, además de liberar a prisioneros franceses. Por su parte, Clemente VII se sintió profundamente incómodo con los términos del acuerdo, ya que la supremacía española amenazaba su propia independencia y la de la Iglesia.

A raíz de estas tensiones, en mayo de 1527, el ejército imperial —compuesto en su mayoría por soldados germano-italianos y muchos mercenarios, incluidos los célebres *Landsknechte* alemanes—, comandado por el capitán Carlos de Borbón, marchó hacia Roma. Este ejército no era solo una fuerza de ocupación, sino también un ejército amotinado. Muchos de los soldados, descontentos por no haber recibido el salario prometido por el emperador, no dudaron en participar en el saqueo de la ciudad.

El Saco de Roma comenzó el 6 de mayo de 1527. Después de semanas de sitio, los mercenarios del ejército imperial rompieron las murallas de la ciudad y entraron a Roma. Los soldados no encontraron resistencia significativa, ya que la ciudad estaba prácticamente desprotegida. Lo que siguió fue un acto de pillaje sin precedentes: los soldados saquearon palacios, iglesias y monasterios, destruyeron arte y robaron riquezas. La basílica de San Pedro y el Vaticano fueron gravemente saqueados. Las riquezas artísticas de Roma, muchas de las cuales eran objetos religiosos de gran valor simbólico, fueron destrozadas o robadas.

Pero más allá de los robos y destrozos materiales, la violencia física sobre la población fue igualmente brutal. Numerosos romanos, incluidos el alto clero y los cardenales, fueron asesinados, secuestrados o hechos prisioneros. La violencia alcanzó tal nivel que el papa Clemente VII fue capturado por los soldados imperiales y, aunque liberado tras varias semanas de cautiverio, nunca se recuperó completamente de la humillación.

Resulta evidente que el Saco fue una humillación de proporciones colosales para la Iglesia católica. Roma, considerada la capital espiritual del cristianismo, fue violada de forma brutal por fuerzas que, en teoría, debían protegerla. Esta locura que había tenido lugar en el corazón mismo de la cristiandad tuvo repercusiones inmediatas y duraderas. Clemente VII, aunque liberado, quedó profundamente marcado y, en un intento de restaurar la legitimidad del papado, buscó una alianza con los franceses, lo que a su vez profundizó aún más la fractura religiosa en Europa.

Además, este suceso aceleró el proceso de división religiosa que ya estaba en marcha con la Reforma Protestante. El Papa Clemente VII, aunque inicialmente reacio, tuvo que hacer frente a la creciente influencia del protestantismo en Alemania y en otros países del Imperio. Para muchos de los reformadores protestan-

tes, el Saco de Roma fue una manifestación de la corrupción y el poder temporal de la Iglesia, un episodio que fortaleció la crítica al papado y a su opulencia.

En el ámbito político, no solo afectó a la relación entre el papa y el emperador, sino que también alteró el equilibrio de poder en Italia. La falta de acción inmediata de los papas posteriores para restaurar el poder temporal en Roma fue interpretada por los enemigos del Vaticano como una prueba de debilidad. Aunque el papa regresó a Roma, la capacidad de la Iglesia para actuar como una autoridad política se vio irreparablemente dañada.

Así pues, el Saco de Roma fue un punto de inflexión en la historia de Europa. No solo alteró el curso de la política italiana, sino que también mostró la vulnerabilidad del papado frente a los poderes imperiales. El evento evidenció la fragilidad de la unidad cristiana y aceleró el proceso de descomposición del sistema medieval europeo, donde el poder papal había sido una de las instituciones fundamentales. El impacto cultural también fue notable. Muchos de los artistas de la época, como Rafael, vivían en la ciudad durante el saqueo, lo que llevó a un replanteamiento de la relación entre el arte y el poder en la cristiandad. Mientras tanto, la sociedad europea observaba el declive de una institución que, durante siglos, había representado la autoridad moral y política en el continente.

Se podría decir, en última instancia, que este hecho histórico marcó el fin de la Edad Media y el comienzo de una era moderna, caracterizada por la fragmentación religiosa y el ascenso de nuevos poderes nacionales y dinásticos. En la memoria colectiva europea, el Saco de Roma pasó a ser un símbolo de la caída de los viejos ordenamientos políticos y religiosos, y el principio de un nuevo orden mundial.

Pero lo que a nosotros nos interesa saber es cómo afectaron los sucesos de Roma a la relación de Clemente VII con Carlos V. Pues bien, el papa, humillado, se reconcilió con el emperador en 1529 y le ofreció la corona en la ciudad de Bolonia, lejos de la ultrajada Roma. El 24 de febrero de 1530, día de su cumpleaños, Carlos fue coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y también rey de Italia por el sucesor de san Pedro. Carlos V sería el último emperador en recibir la unción papal. La ceremonia, espléndida, pero sobria, simbolizaba tanto el apogeo como la fragilidad del ideal imperial. Europa se hallaba ya dividida por la Reforma, y el propio emperador intuía que su misión de unidad se desmoronaba.

EL PRECIO DE UN IDEAL

El sueño universal de Carlos V tuvo un coste enorme. La monarquía española soportó la carga financiera del Imperio; las colonias americanas, recién descubiertas, se convirtieron en fuente de recursos, pero también de tensiones morales. En Alemania, la autoridad imperial se vio socavada por el auge de los príncipes protestantes. En Italia, las guerras con Francia arrasaron regiones enteras. En el fondo, la empresa imperial de Carlos fue una lucha constante entre ideal y realidad.

Para los humanistas como Erasmo, el emperador representaba la esperanza de una cristiandad pacificada bajo la razón. Para los reformadores, encarnaba el obstáculo del poder temporal. Para los súbditos de Castilla o Flandes, era un monarca lejano, que hablaba varias lenguas, pero no pertenecía del todo a ninguna. Sin embargo, incluso sus adversarios reconocían en él una grandeza moral poco común: el sentido del deber, la serenidad ante el fracaso, la conciencia de estar sirviendo a una causa superior.

Con su coronación en Bolonia, en 1530, Carlos alcanzó la cima de su poder. Pero también comenzó su descenso. En los años siguientes, la Reforma dividiría irremediablemente la cristiandad; el poder otomano amenazaría Viena; y el ideal de una monarquía universal se fragmentaría en guerras y tratados. Sin embargo, el símbolo permaneció. Y en gran medida el emperador debió su Imperio y su memoria a esas personas que tuvo cerca durante toda su vida apoyándole y sosteniéndole, incluso a pesar de él mismo.

LOS MEJORES APOYOS, SUS HERMANOS

Lógicamente para gobernar se necesitan colaboradores y Carlos los encontró en su familia. Sus hermanos serán también una pieza clave, una ayuda fundamental al colaborar con él en las labores de gobierno. Todos ellos formarán parte de ese engranaje de poder de los Habsburgo que, como ya hemos dicho, distribuyeron príncipes por toda Europa.



ASC/WIKIPEDIA

Retrato del cardenal Mercurino Arborio di Gattinara, canciller del emperador Carlos V (hacia 1530). Es obra del pintor flamenco del Renacimiento Jan Cornelisz Vermeyen.

Su hermano Fernando Habsburgo (Alcalá de Henares, 10 de marzo de 1503-Viena, 25 de julio de 1564) se va a constituir en uno de sus principales colaboradores a la hora de llevar la carga del gobierno. Aunque debemos tener en cuenta que lo primero que hace Carlos cuando llega a Castilla en 1517 es hacerle salir de allí. No es de extrañar, pues Fernando había nacido en Castilla, hablaba castellano, se había educado en la tradición castellana y tenía en torno a él figuras que le apoyaban, es decir, todo lo que no tenía su hermano. No podemos olvidar que tras quedar huérfano de padre muy pequeño, y sin el asidero de su madre recluida en Tordesillas, fue su abuelo Fernando el Católico su gran apoyo y su fuerte vínculo con España. Mientras, Carlos criado fuera, desconoce el castellano cuando llega a España y apenas tiene nociones de la cultura y vida castellana y menos de lo que iba a ser el Gobierno de sus nuevos territorios. Por eso, una de las primeras medidas que toma es la de sacar de Castilla a Fernando y mandarle a los Países Bajos, pues tenía miedo de que le pudiera arrebatar el trono al tener arraigo y apoyo nobiliario. No obstante, luego veremos que la cooperación entre hermanos es absoluta y continua a lo largo de la vida de ambos personajes.

Mientras su hermano Carlos heredaba la mayor parte de los dominios y dignidades familiares, la complejidad de gobernar territorios tan diversos, junto con los conflictos religiosos que asolaban el Sacro Imperio Romano Germánico en el siglo XVI y la constante amenaza otomana, hizo que Fernando acabara recibiendo el corazón patrimonial de los Habsburgo en Europa Central.

La evidencia de que la confianza entre hermanos era estrecha y la necesidad de colaboración entre ambos una realidad queda patente en el hecho de que cuando Carlos es elegido emperador en Bolonia en 1530 su hermano es electo Rey de Romanos (5 de enero de 1531). Este título era usado en el Sacro Imperio Romano Germánico, por un emperador futurible que no había sido coronado por el papa y que por lo tanto no podía intitularse emperador. También se usaba para designar al sucesor al trono electo mientras el emperador actual seguía con vida. Pues bien, aunque Carlos tendrá que esperar de 1520 a 1530 para alcanzar esa plenitud en la dignidad imperial, en el momento en que es elegido hace que nombren a su hermano Rey de Romanos. Es decir, su heredero designado en vida del propio emperador.

En cualquier caso, gracias a su matrimonio con Ana de Bohemia y Hungría, Fernando tuvo la ocasión de aspirar a los reinos de la dinastía Jagellón en Europa Central. Así, su enlace matrimonial reforzó esta posición al incorporar las tierras de la Corona de Bohemia, y, tras prolongadas tensiones con el Imperio turco y otros aspirantes, también los dominios vinculados a la Corona de San Esteban. De esta conjunción territorial nacería el núcleo del futuro poder austriaco: el llamado Imperio de los Habsburgo, que más tarde evolucionaría en el Imperio austriaco y, finalmente, en el Imperio austrohúngaro.

Al margen de que ambos hermanos tuvieron cierta rivalidad por el reparto de la herencia y la priorización de los recursos dinásticos en medio de los perpetuos conflictos de su época, cuando tras décadas de reinado Carlos V abdicó de sus títulos, Fernando le sucedió en el trono imperial en 1558 (tras ser elegido el 24 de febrero de 1556) consolidándose la separación de la casa Habsburgo entre los Austrias españoles y sus primos centroeuropeos. Murió en Viena el 25 de julio de 1564, seis años después que su hermano.

LEONOR, LA MAYOR DE LAS HERMANAS DE CARLOS V, FUE CÉLEBRE EN SU TIEMPO POR SU EXTRAORDINARIA BELLEZA Y CULTURA

Leonor (Lovaina, 15 de noviembre de 1498-Talavera la Real, 18 de febrero de 1558) fue la mayor de las hermanas, con la que dicen que Carlos tenía más apego, más relación. No es de extrañar que su afecto durara hasta la muerte (curiosamente ella, María y Carlos morirán el mismo año, los tres en 1558), pues debieron crear fuertes vínculos en esa corte de Malinas donde ambos se criaron bajo los auspicios de la tía Margarita.

Leonor fue célebre en su tiempo por su extraordinaria belleza y cultura, siendo pretendida en su juventud por los reyes de Francia Luis XII y Francisco I y por el conde palatino Federico II del Rin, con el que ella hubiera deseado casarse.

En 1517, la joven partió con su hermano a Castilla, ya que este debía ocupar el poder vacante tras el fallecimiento de su abuelo Fernando. Finalmente, y en aras de la búsqueda de esas alianzas monárquicas de las que hemos hablado, se casaría dos veces: primero con su tío, el rey Manuel I de Portugal, el Afortunado, que era viudo de sus tías, Isabel y María, hermanas de su madre. El matrimonio se celebró en Lisboa, el 7 de marzo de 1519, y de él nacieron dos hijos: Carlos y María. Tras morir Manuel I, viuda con apenas 23 años, Leonor decide volver al lado de su hermano Carlos y dejar en Portugal a su hija María, de solo seis meses.

El segundo marido de Leonor de Habsburgo fue Francisco I de Francia, con el que se casó en la Imperial Villa de Illescas (Toledo), aunque el monarca francés no reconocería el matrimonio hasta después de la firma del Tratado de las Damas en 3 de agosto de 1529.

El matrimonio tuvo lugar en virtud del Tratado de Madrid tras la batalla de Pavía en 1525. El rey francés fue capturado por el monarca español y encarcelado tras su derrota viéndose forzado a firmar el tratado en 1526). La vida de Leonor en la refinada y lujuriosa corte francesa fue difícil y angustiosa. Su marido la rechazaba y despreciaba y ella fue perdiendo su alegría y volviéndose enfermiza. Fue un sacrifico inútil porque su hermano Carlos no consiguió enderezar nunca las relaciones con el francés. En 1547 enviudó y regresó poco después a la corte de Bruselas.

La segunda hermana de Carlos, Isabel (Bruselas, 18 de julio de 1501-Gante, 19 de enero de 1526) —recibe su nombre en honor a su abuela materna, la reina Isabel la Católica—, fue la primera que desaparece de escena. Muere muy pronto, en 1526, y podríamos decir que tiene una vida desgraciada. Fue casada con Christian II, rey de Dinamarca y Noruega (1513-1523) y brevemente de Suecia (1520-1521) bajo la Unión de Kalmar, siendo el último monarca de esta unión tripartita nórdica. Sus crueldades, especialmente el «Baño de sangre de Estocolmo», le valieron el apodo de «Cristián el Tirano» y provocaron su caída. Hubo un levantamiento en febrero de 1521 y Christian solicitó inútilmente el apoyo de su cuñado, el emperador Carlos V. Fue depuesto y encarcelado en Noruega hasta su muerte por sus propios nobles y Gustavo Vasa, quien lideró la independencia sueca. Su esposa Isabel tuvo que vivir en el exilio. ¿Cuál será el lugar de referencia que busque Isabel? Flandes. Para ella y sus hermanos es su casa, su cuna, la referencia infantil de su niñez. Así, el 13 de abril

CATALINA PASÓ PARTE DE SU INFANCIA Y JUVENTUD EN TORDESILLAS DONDE COMPARTIÓ EL ENCIERRO CON SU MADRE

de 1523, abandonan Dinamarca rumbo a los Países Bajos, donde serían recibidos por Margarita de Austria. Isabel no volvería nunca más a Dinamarca.

Otra de las hermanas con especial protagonismo fue María (Bruselas, 15 de septiembre de 1505-Cigales, 18 de octubre de 1558), reina consorte de Hungría desde el 11 de diciembre de 1521 hasta el 29 de agosto de 1526, por su matrimonio con el rey Luis II de Hungría. Carlos V necesitaba el apoyo de la nobleza centroeuropea para poder contrarrestar el poderío del Imperio otomano, y una de las alianzas tejidas para ello fue este matrimonio celebrado en Praga el 13 de enero de 1522. A pesar de ser una extranjera, María fue muy querida por sus súbditos y la nobleza. Sin embargo, solo cuatro años después enviudaría, pues en agosto de 1526, los ejércitos otomano y húngaro se enfrentaron en una batalla decisiva en los campos de Mohács, en la que el primero obtuvo una aplastante victoria. Entre los muchos caídos se encontraba el rey Luis II. Algo permitió a su cuñado Fernando, hermano de María, reclamar el trono de Hungría y Bohemia.

María, viuda y sin hijos a los 21 años de edad, logró refugiarse al lado de su hermano Carlos V, el cual muy pronto le entregó grandes responsabilidades políticas. Y es que, tras la muerte de su tía Margarita de Austria en 1530, y quedar vacante el cargo de gobernador de los Países Bajos, el emperador decidió que nadie mejor para ocuparlo que María. A partir de ese momento, María se convertirá en una pieza clave en el Gobierno de los Países Bajos para Carlos y una persona de la máxima confianza en los asuntos políticos en los asuntos de Estado. Durante los 24 años que duró su gobierno en los Países Bajos (1531-1555), dichos Estados conocieron una prosperidad y tranquilidad que no habían tenido en siglos. Lo cierto es que esta mujer fue reconocida como la de mayor inteligencia en la familia Habsburgo, y gracias a ella, que fue la mediadora entre sus hermanos Carlos V y Fernando, se evitó la ruina de la dinastía al mantener vivo el vínculo entre ambos. Tras la abdicación de su hermano y su retiro a Yuste (1555), María decidió abandonar su cargo de gobernadora de los Países Bajos. Su sobrino Felipe II no tuvo más remedio que aceptarlo permitiéndole acudir al lado de sus hermanos Carlos V y Leonor.

Y llegamos a la hermana pequeña, Catalina, la hija póstuma de Felipe el Hermoso. Nunca pudo conocer a su padre, pues vino al mundo casi cuatro meses después de que hubiera fallecido este, y pasó parte de su infancia y juventud en Tordesillas donde compartió el encierro con su malaventurada madre, la reina doña Juana. Concretamente vivió allí desde 1509 hasta 1525, pegada a las faldas de su madre. Estuvo 16 años sin poder pisar la calle con libertad. Fue su hermano Carlos quien la sacó de ese encierro, pero con un propósito: consolidar la alianza con los vecinos portugueses. Para ello la casó con su primo Juan III de Avis (hijo de María de Aragón y de Manuel el Afortunado). El enlace tuvo lugar en Salamanca el 5 de febrero de 1525. Realmente se trató de una doble unión hispano-lusa pues el propio Carlos se casaría con una hija de María de Aragón y de Manuel el Afortunado al año siguiente.

En 1557, tras fallecer su marido Juan III, Catalina ejercerá de regente de su nieto, el rey don Sebastián, de solo tres años, ya que la madre del pequeño, Juana de Austria, se fue a Castilla para ser regente mientras su hermano Felipe se casaba con María Tudor en Inglaterra.

OTROS COLABORADORES

Sus hermanas y su hermano colaboran de una forma muy activa, muy estrecha, en el gobierno de Carlos, pero el emperador tendrá otros ayudantes ajenos a la familia como el canciller Mercurino Arborio di Gattinara (1465-1530), político, humanista y cardenal italiano, admirador y defensor de Erasmo de Róterdam, el estadista flamenco Nicolás Perrenot de Granvela (1484-1550), quien alcanzó un puesto de consejero en el Consejo de Estado en 1524, o su hijo Antonio Perrenot de Granvela, conocido como el Cardenal Granvela, que será heredado en funciones de gobierno por Felipe II. Estos colaboradores podríamos decir que se ocupan más de los asuntos del Imperio carolino en Europa porque en España serían más responsables estas dos figuras: el cardenal Juan Tavera, presidente del Consejo de Castilla, Inquisidor general, regente en varias ocasiones y consejero de la emperatriz Isabel cuando Carlos estaba ausente; y el todopoderoso secretario don Francisco de los Cobos.

Queda claro que para gestionar el gobierno de tan vastos territorios, de una herencia tan amplia y tan heterogénea, se necesitan: dinero, diplomacia y consejeros. Pero hay una cuarta cosa imprescindible: el ejército. En el caso de Carlos V lo

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:



Conversación entre Clemente VII y Carlos V (1556), de Giorgio Vasari. La escena evoca la reconciliación entre ambos tras el traumático Saco de Roma (1527)



ASC/WIKIPEDIA

Retrato de don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba (hacia 1568), del pintor renacentista flamenco especializado en retratos Willem Key.

podemos personalizar en dos figuras: en tierra, don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, quien se manifestó como un gran caudillo militar coincidiendo con el reinado de Carlos V y que lo heredará su hijo Felipe II; y en el mar, el almirante genovés Andrea Doria, que primero había servido a los franceses y después se pasó al bando imperial, siendo leal hasta su muerte a la causa imperial.

DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO, EL BRAZO DE HIERRO DEL IMPERIO

El III duque de Alba encarna de forma paradigmática el ideal del servidor absoluto del monarca en la Monarquía Hispánica del siglo XVI. Formado en la disciplina cortesana y en la ciencia militar de su tiempo, Fernando Álvarez de Toledo fue uno de los pilares sobre los que Carlos V sostuvo el equilibrio del Imperio. Su vida política y militar refleja la fusión entre nobleza hereditaria y aparato de Estado: una nobleza que, lejos de la ostentación feudal, se integró en la maquinaria imperial como instrumento de servicio, obediencia y eficacia.

El joven duque inició su carrera al servicio del emperador en la campaña de Túnez (1535), una de las grandes operaciones simbólicas de la monarquía cristiana frente al poder otomano. Allí demostró su capacidad estratégica y su comprensión del arte de la guerra moderna, marcada por la logística y la disciplina más que por el heroísmo caballeresco. La toma de La Goleta y la recuperación del puerto de

EL III DUQUE DE ALBA ENCARNA EL IDEAL DEL SERVIDOR ABSOLUTO DEL MONARCA EN LA MONARQUÍA HISPÁNICA

Túnez consolidaron su reputación como comandante fiable, austero y leal, rasgos que acompañarían toda su trayectoria.

Durante los años siguientes, Carlos V lo empleó en misiones diplomáticas y militares de creciente responsabilidad. En Alemania, su papel durante la guerra de Smalkalda (1546-1547) fue decisivo: al frente de las tropas imperiales, combinó una prudente gestión política con la severidad que el emperador exigía frente a los príncipes protestantes rebeldes. Su participación en la victoria de Mühlberg lo situó entre los grandes capitanes de la época. Alba entendió la guerra no solo como instrumento de dominio, sino como prolongación del orden religioso y político que sustentaba la *res publica christiana*; su fidelidad a esa idea, más que a la persona del monarca, lo convirtió en símbolo de la ortodoxia imperial.

Tras la pacificación alemana, el emperador lo confió a tareas de gobierno en Italia y en los Países Bajos, territorios donde la presencia de un representante firme era indispensable. En Milán, su administración destacó por la defensa de la autoridad imperial frente a las ambiciones locales y francesas, siempre bajo una interpretación rígida del deber. Su temperamento autoritario y su intransigencia moral eran reflejo de una concepción del poder que identificaba el orden político con la obediencia absoluta al soberano.

En los últimos años del reinado de Carlos V, el duque fue también testigo privilegiado del tránsito de poder hacia Felipe II. Su experiencia y su fama de incorruptible lo convirtieron en garante de la continuidad dinástica. Sin embargo, su figura proyectaba ya las tensiones del nuevo tiempo: el peso del Estado burocrático emergente, la creciente centralización monárquica y la crisis de las lealtades tradicionales. Bajo Felipe, su inflexibilidad y sentido de la misión imperial lo llevarían a convertirse en símbolo del autoritarismo español, especialmente tras su gobierno en los Países Bajos, pero esos rasgos habían sido moldeados bajo la égida de Carlos V.

Los historiadores han visto en Alba la culminación del tipo político-militar de la Monarquía de los Austrias: el aristócrata disciplinado, más funcionario que señor, que encarna el principio de servicio al Estado y a la fe católica. Brandi lo definió como «una figura sin doblez», expresión de la obediencia llevada hasta el límite; Parker, en cambio, subrayó su rigidez como síntoma de la imposibilidad de adaptar las estructuras imperiales a una Europa en mutación. Su legado, entre la admiración y la condena, ilustra la paradoja del Imperio: la grandeza cimentada en la disciplina y el sacrificio, pero también la imposibilidad de conciliar autoridad y diversidad.

En la memoria de la Monarquía Hispánica, el duque de Alba quedó como paradigma del deber militar y político. No fue un innovador ni un reformador, sino el ejecutor perfecto de una idea de soberanía que aspiraba a ser universal. Bajo Carlos V, su lealtad se confundió con la del propio Imperio: inflexible, jerárquico y moralmente absoluto. En esa identificación radica tanto su fuerza histórica como su sombra duradera.



ASC/WIKIPEDIA

Retrato de Andrea Doria (hacia 1526), de Sebastiano del Piombo. Doria fue almirante genovés y artífice de la hegemonía naval imperial en el siglo XVI.

ANDREA DORIA: EL ARQUITECTO MARÍTIMO DEL PODER IMPERIAL

Entre las figuras que sostuvieron la política mediterránea de Carlos V, ninguna fue tan decisiva ni tan longeva como la de Andrea Doria, almirante genovés y artífice de la hegemonía naval imperial en el siglo XVI. Su carrera resume la compleja relación entre la monarquía española y las potencias italianas, en un espacio donde la lealtad se entendía más como pacto político que como vasallaje. Doria encarnó el modelo de capitán-empresario propio del Renacimiento tardío: señor de su flota, de su ciudad y de su fortuna, pero al mismo tiempo instrumento esencial del poder universal del emperador.

Nacido en 1466 en el seno de una familia de la antigua aristocracia genovesa, Doria había servido sucesivamente a Francia, al papado y a su propia república antes de vincular su destino al de Carlos V. La decisión de ofrecer su alianza al emperador en 1528, tras romper con Francisco I, fue uno de los giros diplomáticos más significativos del periodo. Con ella, Génova pasó de ser un enclave francés a convertirse en pieza clave del sistema imperial. El acuerdo otorgaba a Doria autonomía en la organización de su flota y la restauración del orden oligárquico en la república, mientras garantizaba a Carlos V el dominio estratégico del Mediterráneo occidental.

Bajo la bandera imperial, Doria transformó la guerra marítima. En 1535 dirigió la armada que transportó a las tropas de Carlos V en la expedición de Túnez, una

empresa concebida tanto como cruzada contra el turco como demostración del poder logístico de la Monarquía Hispánica. Su habilidad táctica y su conocimiento de las costas africanas fueron determinantes para la toma de La Goleta y para la consolidación del control cristiano sobre el norte de África. En los años siguientes, el almirante desempeñó un papel decisivo en la defensa de Nápoles frente a Barbarroja (1538) y en la contención del expansionismo otomano, aunque sus éxitos militares se vieron limitados por la fragilidad de las coaliciones cristianas.

La relación entre Doria y el emperador fue de mutua conveniencia, marcada por una prudente distancia. Carlos V veía en él no solo a un capitán experimentado, sino también a un mediador indispensable en el complicado tablero político italiano. A través de Doria, el emperador aseguraba la fidelidad de Génova, el acceso al crédito de los banqueros genoveses y el control de las rutas marítimas hacia Sicilia y Túnez. A cambio, el almirante obtenía la legitimación de su poder en la república y la protección imperial frente a las facciones rivales. Esta simbiosis entre autoridad imperial y autonomía local constituye uno de los rasgos más característicos de la política carolina: la integración de élites regionales en un sistema de poder flexible, sostenido por la negociación y el interés mutuo más que por la obediencia feudal.

Doria, que superó los setenta años sin abandonar el mando, fue testigo de la evolución de la guerra marítima y de la progresiva burocratización del aparato imperial. Su figura contrastaba con la de los oficiales castellanos y aragoneses que comenzaban a representar la nueva administración del Estado. Mientras ellos encarnaban la disciplina del servicio permanente, Doria conservaba el espíritu del capitán independiente, dueño de sus galeras y de su destino. Sin embargo, su lealtad al emperador nunca se quebró: ni las derrotas frente a los turcos ni las tensiones financieras con la Corona alteraron su posición de aliado esencial.

Desde el punto de vista historiográfico, Doria ha sido interpretado de maneras diversas. Brandi lo consideró el ejemplo más acabado del *condottiero* marítimo renacentista, que supo adaptarse al orden monárquico sin perder su identidad republicana. Parker subrayó su función estructural dentro del sistema imperial, como mediador entre la monarquía hispánica y el capital genovés que la financiaba. En este sentido, su papel excede lo militar: fue también un operador político, financiero y diplomático que articuló la cooperación entre el poder universal de los Habsburgo y la racionalidad comercial italiana.

La muerte de Doria en 1560 cerró una etapa. Con él desaparecía la generación de los capitanes imperiales formados bajo la impronta personal de Carlos V, sustituida por la administración centralizada de Felipe II. Su legado fue doble: en lo militar, dejó la flota más disciplinada del Mediterráneo occidental; en lo político, legó a Génova un equilibrio precario entre libertad formal y dependencia económica del Imperio. En la memoria de la Monarquía, Doria simboliza la alianza entre la fuerza y el cálculo, entre la espada y el crédito: el marino que convirtió el Mediterráneo en espacio imperial sin dejar de ser, hasta el final, un ciudadano de la república.

Durante siglos, historiadores y políticos invocaron la figura de Carlos V como modelo de equilibrio entre fe y razón, entre autoridad y responsabilidad. El sueño universal de Carlos V no se cumplió, pero definió el horizonte de la Europa moderna. En su persona se fundieron el último eco de la Edad Media y el primer latido del mundo moderno: un emperador que quiso unir lo que la historia, desde entonces, se ha empeñado en separar. ■

ISABEL, la amada esposa

La emperatriz Isabel de Portugal (1548) de Tiziano. Isabel era hija del rey Manuel I de Portugal y de la reina María de Aragón y fue madre de Felipe II.

MUSEO DEL PRADO, MADRID

Isabel de Avis, más conocida como Isabel de Portugal, nació en Lisboa el 24 de octubre de 1503. Era la segunda hija del rey Manuel I el Afortunado y de su segunda esposa, María de Aragón, hija de los Reyes Católicos. Su infancia transcurrió en el ambiente esplendoroso de la corte manuelina, una de las más refinadas y cultas de Europa. En ella convivían el espíritu de las empresas oceánicas, la piedad monástica y el humanismo renacentista, de modo que Isabel creció rodeada tanto de frailes jerónimos como de poetas cortesanos y cosmógrafos que narraban los descubrimientos ultramarinos.

INFANCIA Y EDUCACIÓN EN LA CORTE PORTUGUESA

Desde su niñez recibió una educación esmerada, acorde con su rango y con las exigencias de una dinastía que aspiraba a mantener la preeminencia de Portugal en el concierto europeo. Aprendió latín, historia sagrada y política, música y bordado, pero también nociones de administración y diplomacia. Su madre y su tía Catalina —reina de Inglaterra— influyeron en su formación religiosa y moral, inculcándole el ideal de la reina cristiana, prudente y piadosa, que debía ser ejemplo para su pueblo. Isabel hablaba castellano con fluidez y tenía un conocimiento suficiente del francés e italiano, lo que la convertía en una candidata ideal para alianzas dinásticas de primer orden.

La temprana muerte de su madre en 1517 hizo que quedara bajo la tutela de su madrastra, Leonor de Austria, hermana del entonces joven Carlos de Gante. Esa convivencia fortaleció los lazos familiares entre las casas de Habsburgo y Avis, y fue sin duda el germen de la futura unión matrimonial.

Pese a su preparación cortesana, Isabel mostró una profunda inclinación religiosa. Los cronistas refieren que asistía a misa diariamente y que deseaba retirarse a un convento si no contraía matrimonio con un rey. Tal resolución se apoyaba en la cláusula del testamento de su madre María de Aragón, que ordenaba que sus hijas solo se casasen con reyes o hijos legítimos de reyes, y que en caso contrario ingresaran en religión.

LAS ALIANZAS DINÁSTICAS Y LA ELECCIÓN IMPERIAL

El joven Carlos de Habsburgo, nieto también de los Reyes Católicos, fue jurado en las Cortes de Castilla en 1518. Desde ese momento, las Cortes y sus consejeros insistieron en la urgencia de su matrimonio para asegurar la descendencia legítima. Sin embargo, Carlos demoró ocho años en decidirse. Las negociaciones matrimoniales formaban parte del tablero diplomático europeo, y en ese juego, Isabel apareció primero como opción descartada, luego como destino inevitable.

Durante un tiempo, la atención del emperador se dirigió a Inglaterra: en 1521 se comprometió con María Tudor, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, con la intención de frustrar la alianza anglofrancesa promovida por el cardenal Wolsey. Pero el proyecto fracasó: la edad de la princesa —tenía apenas seis años— y las urgencias dinásticas del emperador hicieron que Carlos acabara rompiendo el compromiso.

Entre tanto, la corte portuguesa había seguido con atención los movimientos del monarca más poderoso de Europa. Portugal era el reino más rico de la cristiandad,

EL EMPERADOR ENCONTRÓ EN ISABEL UNA COMPAÑERA DISCRETA Y CAPAZ DE COMPRENDER LA MAGNITUD DE SU EMPRESA

dueño de un vasto imperio marítimo, y su rey Manuel I aspiraba a sellar un vínculo sólido con el emperador para equilibrar el peso creciente de Francia. Isabel, por su parte, continuaba soltera, decidida a no ceder su mano a ningún noble. Cuando finalmente Carlos volvió su mirada hacia Lisboa, encontró en ella una candidata perfecta: hablaba su lengua, compartía su fe y su linaje, y aportaba una dote magnífica en oro, joyas y derechos comerciales.

El acuerdo matrimonial tenía también un eco simbólico: sellaba la reconciliación definitiva entre las dos ramas de los descendientes de los Reyes Católicos y convertía la península ibérica en un bloque político unido frente a la amenaza francesa. En paralelo, se concertó el matrimonio de Juan III de Portugal, hermano de Isabel, con Catalina de Austria, hermana del emperador, lo que completaba el doble lazo entre ambas casas.

LA BODA IMPERIAL

Se celebró en Sevilla, el 10 de marzo de 1526, con una pompa deslumbrante. Aunque el matrimonio era un pacto de Estado, entre los esposos nació una relación de sincero afecto. El embajador portugués Azevedo Coutinho escribió al conde de Vimioso: «Entre los novios hay mucho contentamiento, y en cuanto están juntos, aunque todo el mundo esté presente, no ven a nadie; ambos hablan y ríen que nunca hacen otra cosa».

Carlos, que pensaba marcharse enseguida a atender los problemas de Italia y Alemania, pospuso su partida. Pasaron su luna de miel en la Alhambra de Granada, donde el emperador, fascinado por el paisaje, encargó a Pedro Machuca el proyecto de un palacio nuevo, de estilo clásico, símbolo del triunfo de la cristiandad sobre el islam. Ese edificio —el Palacio de Carlos V—, de planta circular inscrita en un cuadrado perfecto, fue pensado como una expresión arquitectónica del orden imperial, aunque nunca llegaría a habitarlo.

Los cronistas describieron a Isabel como una mujer de rostro claro y mirada serena, «de condición mansa y retraída más de lo que era menester», según Alonso de Santa Cruz, pero también prudente y observadora. El emperador encontró en ella una compañera afable y discreta, capaz de comprender la magnitud de su empresa sin reclamar protagonismo.

El matrimonio con Isabel no solo reforzó la alianza entre Castilla y Portugal, sino que aportó al emperador algo más valioso aún: una colaboradora política de primer orden. Carlos, consciente de su talento, comenzó a prepararla para las tareas de gobierno. En abril de 1528 redactó una instrucción en la que detallaba los asuntos que debía atender en su ausencia, desde la defensa de las fronteras hasta la administración del Consejo de Castilla. Su intención era que «aprendiese el oficio de gobernadora», y así lo hizo. Durante sus largos viajes por Europa —entre 1529 y 1533, luego entre 1536 y 1538, y finalmente en 1539—, Isabel



ASC/MEISTERDRUCKE

Retrato de Isabel de Portugal, de artista anónimo. La emperatriz representará el ideal de belleza del Renacimiento.

ejerció la regencia de los reinos españoles con prudencia, firmeza y sentido de Estado. A diferencia de muchas consortes de su tiempo, no fue una mera depositaria de órdenes: participó activamente en las decisiones del Consejo, resolvió conflictos entre la nobleza, controló la hacienda y mantuvo la disciplina militar en las fronteras con Francia.

Los cronistas y embajadores extranjeros coincidían en subrayar su competencia. El veneciano Contarini la describió como «una mujer de admirable juicio y discreción, amada de todos los grandes por su mansedumbre y respetada por su constancia». Algunos contemporáneos la compararon con su abuela, Isabel la Católica, por su sentido de la autoridad y su devoción religiosa. Supo ejercer el poder sin quebrantar las jerarquías masculinas, lo que explica en parte el respeto que le profesaron los consejeros del emperador.

La emperatriz actuó además como mediadora entre España y Portugal, garantizando la paz y la cooperación en materia comercial y diplomática. Su correspondencia con su hermano Juan III muestra su habilidad para sostener la armonía familiar y política en un tiempo en que las alianzas se deshacían con facilidad.

En su manera de gobernar se percibe la influencia del humanismo cristiano: Isabel promovía la educación, protegía a los religiosos jerónimos y favorecía la fundación de conventos femeninos. Su contemporáneo Fray Antonio de Guevara, cronista de Carlos, la definió como «reina prudente y piadosa, espejo de las virtudes que engrandecen el alma de un príncipe cristiano».



ASC/WIKIPEDIA

El emperador Carlos V y la emperatriz Isabel de Portugal (1628-1629), de Pedro Pablo Rubens, copia del original de Tiziano.

En diciembre de 1526, la corte se trasladó de Toledo a Valladolid, donde Isabel dio a luz, el 21 de mayo de 1527, a su primogénito Felipe, futuro Felipe II. Aquel nacimiento consolidó la legitimidad de la dinastía y fue celebrado en todo el imperio. El niño creció bajo la supervisión directa de su madre, que eligió a sus maestros y criadores. La emperatriz fue una madre vigilante, consciente del deber que suponía educar al futuro soberano. Isabel transmitió a Felipe una religiosidad profunda y una concepción sagrada del poder. Esa influencia se reflejaría en el estilo de gobierno de su hijo, en su sobriedad, su devoción y su sentido de la responsabilidad dinástica. Los historiadores coinciden en que el temperamento de Felipe II —disciplinado, reservado y devoto— es herencia directa de su madre.

En 1528 nació su hija María, que más tarde se casaría con su primo Maximiliano II, emperador del Sacro Imperio. En marzo de 1529 llegó al mundo el infante Fernando, que murió al año siguiente. Luego, en 1535, Juana, llamada así en honor a su abuela, Juana de Castilla, y que con el tiempo desempeñaría un papel crucial en la política ibérica: casada con el príncipe heredero de Portugal, Juan Manuel, fue madre de Sebastián I y regente de España durante la ausencia de su hermano Felipe II.

La pareja real tuvo además otros hijos que murieron tempranamente, incluido el nacido en 1539, durante el parto fatal que se llevó la vida de la emperatriz.

EL OCASO DE UNA EMPERATRIZ

Mientras Carlos se hallaba en Madrid, Isabel, embarazada por séptima vez, enfermó gravemente en Toledo. Contrajo fiebres que derivaron en una infección puerperal y, tras un parto penoso, murió el 1 de mayo de 1539, a los treinta y cinco años. Su muerte dejó al emperador desolado. Se retiró durante semanas al monasterio jerónimo de Santa María de la Sisla, donde se entregó a la oración y al recogimien-

ISABEL FUE TAMBIÉN UNA PROMOTORA DE LAS ARTES Y LAS LETRAS. SU CORTE ACOGIÓ A POETAS, MÚSICOS Y TEÓLOGOS

to. En una carta a su hermana Leonor escribió: «Estoy con la angustia y tristeza que podéis pensar por haber tenido una pérdida tan grande y tan extremada, y nada me puede consolar sino la consideración de su buena y católica vida y el muy santo fin que ha tenido».

Carlos vistió de negro hasta el fin de sus días y jamás volvió a casarse. Conservó siempre el retrato que Tiziano pintó de Isabel a partir de una miniatura anterior, y lo llevó consigo incluso a su retiro en Yuste.

La emperatriz fue enterrada, según su deseo, en Granada, junto a su abuela Isabel la Católica, hasta que su hijo Felipe II trasladó sus restos a El Escorial en 1574. En la basílica del monasterio, su sepulcro reposa frente al de su esposo, como testimonio de una unión que trascendió lo político. Y es que, el matrimonio de Carlos e Isabel, además de la paz política, consolidó una unidad peninsular de hecho, que más tarde su hijo completaría con la anexión de Portugal en 1580. Así, la unión dinástica que ambos encarnaron fue el preludio de la Monarquía Hispánica en su máxima extensión.

La muerte de Isabel supuso un antes y un después en la vida de Carlos. El monarca, que había conocido la gloria de la victoria y el poder absoluto, encontró entonces el rostro humano de la pérdida. En adelante, su vida pública se tornó más austera, y su espiritualidad, más profunda.

La figura de Isabel de Portugal trascendió su tiempo y se convirtió en un arquetipo de la reina ideal: prudente, piadosa y culta, pero también consciente de su responsabilidad política. En un siglo dominado por hombres, su autoridad fue reconocida incluso por quienes defendían la subordinación femenina. Los cronistas la presentaron como espejo de virtud y modelo de esposa cristiana, aunque los documentos de gobierno revelan una realidad más compleja: la de una mujer que ejerció el poder con inteligencia y autonomía. Los historiadores modernos —Geoffrey Parker, José Martínez Millán, Heinz Schilling y Fernando Bouza, entre otros— coinciden en que Isabel no fue una figura decorativa, sino un elemento esencial en la política imperial.

Culturalmente, Isabel fue también una promotora de las artes y las letras. Su corte acogió a poetas, músicos y teólogos; protegió a los jerónimos y favoreció las traducciones de obras devocionales. Aunque no dejó una colección propia de mecenazgo comparable a la de otras reinas europeas, su influencia se percibe en el refinamiento artístico del entorno cortesano y en el ideal de sobriedad estética que caracterizó a la monarquía de los Austrias.

En el plano humano, Isabel dejó una huella profunda en su familia. Su hijo Felipe II la recordó toda su vida con devoción; su hija María heredó su templanza y su prudencia; y Juana, su inteligencia política. La influencia de la emperatriz pervivió incluso en la concepción del poder femenino dentro de la casa de Austria, visible en figuras como Margarita de Parma, Ana de Austria o Isabel Clara Eugenia, nieta de la propia emperatriz. ■

Retrato de Carlos V sentado (1548), óleo atribuido a Tiziano, perteneciente a la Alte Pinakothek de Múnich, Alemania.

El poder de Carlos en Alemania

La historia del poder de Carlos V en Alemania es la del enfrentamiento entre una idea universal y una realidad fragmentada. En el corazón del Sacro Imperio, el emperador intentó restaurar la unidad política y religiosa de la Cristiandad sobre una estructura compuesta de libertades, fueros y soberanías locales. Alemania fue el laboratorio donde se pusieron a prueba los límites de la autoridad imperial. Allí, la grandeza simbólica del título se enfrentó a la complejidad jurídica del sistema germánico y a la fuerza de la Reforma. En ese escenario, la figura de su hermano Fernando desempeñó un papel decisivo: administrador, mediador y, en última instancia, heredero político del Imperio. Entre 1519 y 1556, ambos transformaron el concepto mismo de soberanía: de la aspiración a la universalidad al principio del equilibrio. El resultado no fue la victoria de Carlos, sino la consolidación de un modelo político nuevo, capaz de sobrevivir a su creador.

ALEMANIA COMO NÚCLEO POLÍTICO DEL PROYECTO CAROLINO (1519-1521)

Cuando en 1519 los príncipes electores del Sacro Imperio Romano Germánico eligieron a Carlos de Habsburgo como emperador, el equilibrio político de Europa entró en una nueva fase. Con apenas diecinueve años, Carlos heredaba no solo un conjunto de territorios sino una estructura de poder que trascendía las fronteras nacionales y que representaba, en teoría, la soberanía cristiana universal. Sin embargo, el ideal imperial estaba en decadencia. Alemania, núcleo formal del Imperio, era en realidad un mosaico de jurisdicciones semiautónomas donde la autoridad del emperador dependía del consenso entre príncipes, ciudades y obispos. Carlos aceptaba una corona cargada de prestigio simbólico, pero vacía de medios administrativos o financieros propios.

El Sacro Imperio, tal como lo encontró Carlos, era un cuerpo político fragmentado. Los intentos de reforma institucional emprendidos desde la Dieta de Worms de 1495 —bajo Maximiliano I— habían creado órganos como la Cámara Imperial (*Reichskammergericht*) y el Consejo Áulico (*Reichshofrat*), pero su eficacia dependía de la cooperación de los estados imperiales. El emperador no podía imponer impuestos ni reclutar tropas sin la aprobación de las Dietas. El sistema funcionaba mediante un delicado equilibrio entre la autoridad monárquica y los derechos corporativos de los príncipes. El título imperial confería dignidad, pero no poder efectivo.

La elección de Carlos fue una operación diplomática de enorme complejidad. Los electores —tres eclesiásticos y cuatro laicos— se debatían entre dos candidatos: Francisco I de Francia y el joven archiduque de Austria, ya rey de Castilla y Aragón. Ambos representaban modelos distintos de monarquía: el francés, centralizado y territorial; el habsbúrgico, compuesto y universal. Las negociaciones se resolvieron en favor de Carlos gracias a la hábil gestión de su canciller, Mercurino di Gattinara, y al apoyo financiero de los banqueros Fugger, que financiaron los sobornos a los electores. El precio político fue alto: el nuevo emperador se comprometió por capitulación electoral a respetar las libertades imperiales, a no designar extranjeros en los cargos alemanes y a residir con frecuencia en el Imperio.

La coronación en Aquisgrán en octubre de 1520 fue más un acto ceremonial que un acto de gobierno. Carlos heredaba la tradición de Carlomagno y Federico II, pero debía gobernar en un contexto radicalmente distinto: una Europa en transformación religiosa, económica y política. Alemania se encontraba en el centro de esa transformación. La Reforma protestante, en sus primeras manifestaciones, comenzaba a erosionar la unidad espiritual del Imperio; el humanismo germánico ponía en cuestión las estructuras eclesiásticas, y las ciudades imperiales reclamaban mayor autonomía. La autoridad imperial debía afirmarse en medio de un proceso de disgregación que ningún poder individual parecía capaz de contener.

Desde sus primeros años, Carlos concibió el Imperio no como una entidad puramente alemana, sino como la base de un proyecto universal de *res publica christiana*. Influido por Gattinara, su canciller, veía en la dignidad imperial la expresión de una misión providencial: restaurar la unidad de la Cristiandad bajo un orden político y religioso común. Sin embargo, esa visión chocaba con las realidades del sistema germánico. Para los príncipes alemanes, el Imperio era una confederación de estados soberanos unidos por la figura del emperador; para Carlos, debía ser la base jurídica de una monarquía universal. Esta divergencia de perspectivas marcaría toda su relación con Alemania.

El joven monarca, consciente de su inexperiencia y de su limitado conocimiento de los asuntos germanos, se apoyó desde el principio en su hermano menor, Fernando, quien había sido educado en la tradición centroeuropea y gozaba de mayor aceptación entre la nobleza alemana. A partir de 1521, tras la Dieta de Worms, Fernando sería designado administrador y lugarteniente general de los territorios patrimoniales de los Habsburgo y, *de facto*, representante del poder imperial en el ámbito germánico. La división funcional entre ambos hermanos respondía tanto a la lógica dinástica como a la necesidad política: mientras Carlos debía atender sus vastos reinos hispánicos y la defensa del Mediterráneo, Fernando se encargaría de mantener el equilibrio político del Imperio.

La Dieta de Worms de 1521 fue el primer intento de Carlos de afirmar su autoridad en Alemania. En ella se enfrentó a un doble desafío: la consolidación del poder de los príncipes y la emergencia de la Reforma luterana. Su presencia personal, solemne y distante, buscó proyectar la imagen de un emperador restaurador del orden cristiano. Pero el debate teológico que rodeó la comparecencia de Martín Lutero evidenció que la unidad religiosa del Imperio se había quebrado. La condena de Lutero, expresada en el Edicto de Worms, fue proclamada en nombre del emperador, pero su aplicación dependía de los príncipes, muchos de los cuales rehusaron ejecutarla. Así quedó de manifiesto la debilidad estructural del poder imperial: la autoridad se afirmaba en el discurso, pero no en la práctica.

La Dieta también sirvió para formalizar la división administrativa de los dominios habsbúrgicos. Carlos confió a Fernando la regencia de las posesiones hereditarias —Austria, Estiria, Carintia y Carniola—, con amplias competencias en materia militar y financiera. Esta delegación no era meramente provisional; constituía

CARLOS CONCIBIÓ EL IMPERIO NO COMO UNA ENTIDAD ALEMANA, SINO COMO LA BASE DE UN PROYECTO UNIVERSAL



ASC/MEISTERDRUCKE

Election to the Empire the Procession, del dibujante, litógrafo, grabador, caricaturista, periodista y novelista francés Albert Robida.

el germen de una dualidad estructural que acompañaría todo el reinado. Mientras el emperador se proyectaba como soberano universal, su hermano construía en el centro de Europa una base territorial y administrativa sólida, más próxima al modelo de Estado moderno. En términos prácticos, el poder efectivo en Alemania residía cada vez más en manos de Fernando.

A partir de 1521, Carlos debía conciliar dos lógicas de gobierno: la imperial y la monárquica. Su presencia en Alemania fue siempre intermitente, determinada por la dinámica de las guerras con Francia y por sus obligaciones en España e Italia. Cada ausencia reforzaba el papel de Fernando como mediador y administrador. El hermano menor representaba la continuidad del poder imperial en su dimensión alemana, pero también la progresiva nacionalización de la política habsbúrgica: frente al ideal cosmopolita de Carlos, Fernando adoptó una visión pragmática, orientada al equilibrio de fuerzas entre los estados imperiales y a la defensa de los intereses dinásticos.

Entre 1519 y 1521 se definieron los fundamentos del poder de Carlos en Alemania. La elección imperial le otorgó un título de resonancia universal, pero su ejercicio efectivo exigía una mediación permanente. La creación de un sistema de administración dual —con Fernando al frente del espacio germánico— fue la respuesta a esa contradicción. Este mecanismo, que parecía transitorio, se con-

vertiría en un elemento estructural del gobierno imperial. Alemania sería, para Carlos, a la vez centro y periferia: el espacio simbólico de su legitimidad y el terreno donde su poder se veía más condicionado.

DELEGAR EL PODER. FERNANDO Y CÓMO ADMINISTRAR ALEMANIA

El reparto funcional del poder entre Carlos y Fernando, decidido tras la Dieta de Worms, marcó un punto de inflexión en la estructura del Imperio. En teoría, Fernando no era más que el representante del emperador; en la práctica, se convirtió en el eje político de Alemania. El joven archiduque —tenía entonces veintitrés años— asumió el gobierno de los dominios austríacos y, con el tiempo, amplió su influencia sobre los asuntos imperiales. Este reparto daría lugar a una nueva forma de monarquía dual: el emperador universal y el príncipe territorial, dos caras de una misma dinastía.

El 26 de abril de 1521, Carlos firmó el Tratado de Worms, mediante el cual delegaba en Fernando la administración de las posesiones hereditarias de la casa de Austria —Austria, Estiria, Carintia, Carniola y Tirol— y lo nombraba su representante ante los estados del Imperio, con amplias facultades: dirigir la política exterior de los territorios germánicos, recaudar impuestos, reclutar tropas y presidir las dietas en nombre del emperador.

La fórmula era jurídicamente ambigua: Fernando no era emperador, pero actuaba como tal en el ámbito alemán. Carlos necesitaba un delegado capaz de sostener su autoridad en el corazón del Imperio sin suscitar recelos entre los príncipes. Fernando, educado en la tradición centroeuropea y fluido en la lengua alemana, poseía las cualidades políticas que su hermano no tenía: proximidad cultural, conocimiento del entramado nobiliario y una habilidad natural para la negociación.

Durante los primeros años de su regencia, Fernando estableció una corte itinerante con sede principal en Innsbruck y Viena, rodeándose de consejeros alemanes y juristas formados en el derecho imperial. Esta base administrativa se convirtió en el núcleo de lo que posteriormente sería la monarquía austríaca. Sin abandonar la lealtad a su hermano, Fernando fue dotando de estructura propia a su esfera de gobierno, con un consejo territorial, un sistema fiscal estable y un aparato militar permanente. Lo que en 1521 era una simple delegación administrativa se transformó rápidamente en un poder territorial consolidado.

La marcha de Carlos a España coincidió con un periodo de intensa inestabilidad en Alemania. La Reforma luterana, condenada en Worms, se extendía con rapidez por los principados del norte y por las ciudades imperiales. La autoridad imperial se encontraba en una situación paradójica: debía reprimir la herejía sin disponer de los medios políticos o militares para hacerlo. La estrategia de Fernando fue la moderación. Evitó la confrontación directa con los príncipes protestantes y buscó su fidelidad mediante la negociación. Este pragmatismo contrastaba con la postura más dogmática de Carlos, que desde España insistía en la aplicación estricta del Edicto de Worms. El emperador concebía la herejía como un desafío al orden universal cristiano, mientras que Fernando la percibía como un problema de equilibrio interno.

Los primeros años de gobierno de Fernando en Alemania coincidieron con una oleada de conflictos sociales y políticos que pusieron a prueba la frágil cohesión

EL REPARTO FUNCIONAL DEL PODER ENTRE CARLOS Y FERNANDO MARCÓ UN PUNTO DE INFLEXIÓN EN LA ESTRUCTURA DEL IMPERIO

del Imperio. La rebelión de los caballeros (1522-1523), encabezada por Franz von Sickingen, fue el intento de una parte de la nobleza menor de resistir la pérdida de influencia frente a los príncipes territoriales y las ciudades. Fue derrotada con rapidez gracias a la intervención coordinada de los príncipes católicos y del propio Fernando. Poco después estalló la Guerra de los Campesinos (1524-1525), una insurrección social de dimensiones sin precedentes en el espacio germánico. Originada en Suabia y extendida por Franconia y Turingia, la revuelta combinaba reivindicaciones económicas con demandas religiosas inspiradas en la Reforma. La respuesta de Fernando fue inmediata: organizó la Liga de Suabia y movilizó tropas imperiales para reprimir la insurrección. La violencia fue devastadora. Decenas de miles de campesinos fueron ejecutados y el movimiento quedó aniquilado. La represión consolidó la autoridad del archiduque, pero también lo enfrentó a una contradicción: debía mantener la estabilidad política mientras el descontento social y religioso se extendía.

Mientras Fernando aseguraba el orden interno, Carlos buscaba reforzar la posición de la familia Habsburgo mediante alianzas matrimoniales. En 1521 se concertó el matrimonio de Fernando con Ana de Bohemia y Hungría, heredera de la dinastía Jagellón. El enlace lo convertía en eventual sucesor de dos coronas estratégicas para la defensa del Imperio frente al avance otomano. En 1526, tras la muerte de Luis II en la batalla de Mohács, Fernando reclamó efectivamente las coronas de Bohemia y Hungría, consolidando su posición como monarca en el centro de Europa. La unión de Austria, Bohemia y Hungría bajo su autoridad dio lugar a una base territorial coherente, dotada de recursos propios y de una administración centralizada.

La expansión de Fernando generó recelos entre los príncipes alemanes. La concentración de poder en manos de los Habsburgo amenazaba el equilibrio tradicional del Imperio. Entre 1524 y 1526, Fernando llevó a cabo reformas destinadas a estabilizar el gobierno de sus territorios: estableció consejos permanentes de guerra y de hacienda, introdujo un sistema fiscal basado en contribuciones regulares y organizó un ejército territorial compuesto por contingentes de las distintas provincias. Estas medidas anticipaban la evolución del Estado austríaco como entidad distinta dentro de la monarquía de los Habsburgo.

En 1526, cuando Carlos regresó brevemente a Alemania para asistir a la Dieta de Espira, encontró un orden político transformado: el poder imperial, lejos de haber decaído durante su ausencia, se había rearticulado bajo formas más prácticas y territoriales. El lustro comprendido entre 1521 y 1526 fue decisivo para la configuración del poder de Carlos en Alemania. Fernando logró mantener la cohesión del Imperio durante una de sus etapas más turbulentas, pero lo hizo transformando la naturaleza misma de la autoridad imperial. Frente al modelo teocrático y jerárquico del emperador, propuso una forma de gobierno negociada y territorial. El poder de Carlos en Alemania, a partir de 1526, era

un poder compartido, sostenido por la eficacia política de su hermano y por la legitimidad simbólica de su propia figura imperial.

REFORMA, GUERRA Y EQUILIBRIO. FERNANDO Y LA CRISIS PROTESTANTE (1526-1541)

Entre 1526 y 1541 el Imperio experimentó su transformación más profunda. La Reforma protestante, iniciada como un debate teológico, se convirtió en un fenómeno político de masas que alteró las bases de la autoridad imperial. En ese contexto, Fernando de Habsburgo se convirtió en figura indispensable: fue mediador, árbitro y, en ocasiones, adversario involuntario de su hermano. Mientras Carlos luchaba contra Francisco I y el turco, Fernando sostenía en Alemania un poder de equilibrio que evitó la disgregación del Imperio. La dualidad entre ambos —el emperador universal y el príncipe negociador— alcanzó en este periodo su forma más definida.

La Dieta de Espira de 1526 marcó un punto de inflexión. Carlos, ocupado en Italia tras su victoria en Pavía y el saqueo de Roma, no pudo asistir personalmente; delegó su representación en Fernando. Los príncipes alemanes, convocados para discutir la aplicación del Edicto de Worms, se encontraron ante una realidad irreversible: el luteranismo se había consolidado en Sajonia, Hesse y otras regiones, y la represión resultaba imposible. En ausencia del emperador, la Dieta aprobó un decreto ambiguo que dejaba a cada príncipe la responsabilidad de «proceder en materia religiosa como esperase responder ante Dios y el emperador».

Este texto, conocido posteriormente como el *Receso de Espira*, fue interpretado por los reformados como reconocimiento *de facto* de su derecho a organizar la vida eclesiástica en sus territorios. Para Carlos fue una derrota política; para Fernando, una medida de prudencia. La tolerancia provisional no implicaba aceptación doctrinal, pero sí un reconocimiento implícito de la fragmentación religiosa del Imperio. Desde ese momento, el poder imperial dejó de ser garante de la unidad espiritual y pasó a ser árbitro de la coexistencia.

La actitud de Fernando en Espira ha sido objeto de debate. Algunos contemporáneos lo acusaron de debilidad; otros, de pragmatismo político. Brandi lo definió como «el primer príncipe moderno de Alemania», consciente de que el mantenimiento del orden exigía concesiones. Su decisión evitó una guerra civil prematura, aunque al precio de debilitar la autoridad del emperador. La política de transacción inaugurada en 1526 sería la única posible en un Imperio tan diverso.

Durante los años siguientes, el protestantismo se expandió rápidamente. El apoyo de los príncipes —especialmente Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia— y el control de los bienes eclesiásticos otorgaron a los reformados una base económica y política sólida. En 1531, tras la segunda Dieta de Espira (1529) y la de Augsburgo (1530), las tensiones alcanzaron su punto crítico. Los príncipes protestan-

FERNANDO PROMOVIÓ LA CREACIÓN DE LIGAS REGIONALES DESTINADAS A MANTENER LA PAZ PÚBLICA

tes, temerosos de una restauración católica impulsada por Carlos, formaron la Liga de Smalkalda, alianza militar destinada a defender su fe y sus territorios.

La Dieta de Augsburgo de 1530 había sido el último intento serio de restaurar la unidad religiosa. Carlos, presente por primera vez en años, esperaba reconciliar a ambas partes mediante la mediación teológica de Melanchthon. La Confesión de Augsburgo, presentada por los reformados, ofrecía una base doctrinal común, pero la intransigencia de Roma y la desconfianza mutua frustraron cualquier acuerdo. Tras la Dieta, el emperador abandonó Alemania y dejó nuevamente a Fernando al frente del gobierno. La Liga de Smalkalda nació como respuesta a esa retirada: era la institucionalización de la fractura del Imperio.

Para Fernando, la existencia de la Liga suponía un dilema insoluble. Como representante del emperador, debía oponerse a cualquier forma de disidencia; como gobernante de territorios amenazados por el avance turco, necesitaba el apoyo de los príncipes protestantes. La defensa de Hungría y Austria frente a Solimán el Magnífico requería la cooperación de todos los estados imperiales, católicos y reformados. Esta situación lo obligó a mantener una política de equilibrio que irritaba tanto a Roma como a los ortodoxos imperiales. La prioridad de Fernando era la supervivencia política del Imperio, no la pureza doctrinal.



ASC/WIKIPEDIA

Retrato de Fernando I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, retratado por Jan Cornelisz Vermeyen.



ASC/MEISTERDRUCKE

La Dieta de Espira, 19 de abril de 1529 (hacia 1850), de George Cattermole. Aquí se decidió que cada texto impreso en el Imperio debía ser aprobado por un censor oficial.

El año 1526, con la derrota de Mohács y la muerte de Luis II, había abierto un nuevo frente: el Imperio otomano avanzaba hacia el corazón de Europa. Fernando, como esposo de Ana de Hungría, reclamó las coronas de Bohemia y Hungría, pero su control sobre esta última fue siempre parcial. Una parte de la nobleza húngara reconoció como rey a Juan Zápolya, apoyado por los turcos. Entre 1526 y 1541, Fernando libró una guerra intermitente para consolidar su autoridad en Hungría y defender las fronteras del Danubio.

La amenaza otomana condicionó toda su política interior. Cada año debía solicitar subsidios al Imperio para sostener la defensa, lo que lo obligaba a convocar dietas y negociar con los príncipes. Su posición era doblemente frágil: dependía de la cooperación de los protestantes para obtener recursos, y del apoyo del papa y de Carlos para mantener la legitimidad. El equilibrio que logró mantener durante quince años fue extraordinario. En 1529, cuando Solimán sitió Viena, Fernando organizó una defensa ejemplar que salvó la capital austríaca y reforzó su prestigio.

La resistencia frente a los turcos dio a Fernando una autoridad moral que el propio Carlos reconoció. En la práctica, el archiduque se convirtió en el defensor de la cristiandad en el este, mientras el emperador combatía en el Mediterráneo. Este reparto de funciones fortaleció el carácter dual de la monarquía. El poder de Carlos en Alemania dependía tanto de la legitimidad imperial como de la capacidad militar de su hermano.

LA POLÍTICA DE EQUILIBRIO: DIETAS DE RATISBONA (1532 Y 1541)

La Dieta de Ratisbona de 1532 fue uno de los momentos culminantes del gobierno de Fernando. Convocada para obtener apoyo financiero contra los turcos, reunió a católicos y protestantes en un raro consenso: todos aceptaron suspender las disputas religiosas mientras durara la amenaza exterior. Este «*Interim*» político, basado en la necesidad común de defensa, permitió una tregua en la confrontación interna. Fernando, consciente de la oportunidad, actuó como mediador y logró la aprobación de un impuesto general que garantizaba la financiación de la guerra.

FERNANDO SOSTENÍA EN ALEMANIA UN PODER DE EQUILIBRIO QUE EVITÓ LA DISGREGACIÓN DEL IMPERIO

En 1541, en una nueva Dieta celebrada también en Ratisbona, Fernando intentó retomar la vía de la conciliación doctrinal. Participaron teólogos católicos y protestantes bajo la supervisión de Gasparo Contarini. Durante unas semanas pareció posible una fórmula de compromiso basada en la fe común en Cristo y la justificación por la gracia. Pero la intransigencia de Roma y la presión de los sectores más conservadores hicieron fracasar las negociaciones. La experiencia, sin embargo, demostró que la mediación religiosa, aunque temporalmente estéril, era políticamente imprescindible.

En ambos casos, la figura de Fernando se impuso como símbolo de estabilidad. Su capacidad para negociar con príncipes de todas las confesiones mantuvo en pie la estructura del Imperio cuando la unidad parecía perdida. La política de equilibrio que practicó no fue una renuncia, sino una forma de resistencia: preservar el marco institucional frente a la disolución.

Las relaciones entre los hermanos durante estos años estuvieron marcadas por la tensión, pero también por una cooperación efectiva. Carlos seguía considerando el Imperio como una extensión de su autoridad personal, mientras que Fernando lo entendía como una confederación que debía gobernarse mediante acuerdos. Esta diferencia de concepción se reflejó en su correspondencia: el emperador pedía obediencia estricta; el archiduque respondía con informes detallados y apelaciones al pragmatismo. En los momentos de crisis, ambos actuaron con notable coordinación. Durante la guerra contra los turcos (1529-1533), Carlos apoyó las campañas de su hermano con recursos españoles e italianos; durante las Dietas imperiales, Fernando defendió la autoridad del emperador frente a los príncipes rebeldes. Pero cada victoria de Fernando consolidaba su autonomía. En 1531, tras la muerte del emperador electo Maximiliano II, Carlos promovió la elección de su hermano como Rey de Romanos, asegurando así la sucesión imperial dentro de la familia. Este acto, concebido como garantía dinástica, institucionalizó la división del poder: Fernando era ya, en todo salvo el nombre, el soberano de Alemania.

El periodo 1526-1541 transformó profundamente el significado del poder imperial. La coexistencia confesional impuesta por las circunstancias dio lugar a un nuevo principio político: la soberanía territorial en materia religiosa, germen del futuro *cuius regio, eius religio*. Cada príncipe comenzó a considerar su fe como atributo de su autoridad. El emperador, lejos de imponer uniformidad, se convirtió en garante del equilibrio entre múltiples soberanías. En este contexto, la figura de Fernando adquirió un valor histórico: fue el artífice de la adaptación del Imperio a la modernidad política.

Mientras Carlos conservaba la idea medieval del *imperium christianum*, Fernando operaba dentro de la lógica de la monarquía territorial. Su actuación durante la crisis protestante fue el puente entre ambos mundos. Gracias a él, el Imperio sobrevivió a la fractura religiosa sin disolverse. Aunque la autoridad moral del emperador se debilitó, la estructura institucional se mantuvo, y el poder habsbúrgico

en Alemania salió reforzado en términos prácticos.

La historiografía moderna ha reinterpretado este periodo como el laboratorio político del siglo XVI. Brandi vio en Fernando la figura clave de la transición: un gobernante consciente de los límites del poder y de la necesidad de mediación. Parker destacó su papel como «equilibrista del Imperio», capaz de mantener simultáneamente la lealtad a su hermano y la confianza de los príncipes. Blockmans, desde una perspectiva estructural, consideró que la división funcional entre ambos fue una forma de racionalización del poder dentro de una monarquía compuesta.

Entre 1526 y 1541 se definió el modelo que permitiría a los Habsburgo conservar el Imperio durante más de un siglo: un poder compartido, flexible y sostenido en la negociación. Alemania se convirtió en el eje institucional de la dinastía, y Fernando en su administrador eficaz. Mientras Carlos perseguía la unidad de la fe y del mundo, su hermano preservaba la unidad del sistema político que hacía posible ese ideal. Sin la prudencia del segundo, el sueño del primero se habría desmoronado mucho antes.

CARLOS Y FERNANDO EN LA GUERRA DE SMALKALDA (1546-1552)

La década de 1540 marcó el momento culminante del poder imperial de Carlos V en Alemania, pero también el inicio de su disolución. Tras veinte años de negociaciones frustradas, el emperador decidió imponer por la fuerza lo que la diplomacia no había logrado: la restauración de la unidad religiosa y la afirmación de su autoridad sobre los príncipes. La guerra de Smalkalda (1546-1547) fue la última tentativa seria de reinstaurar la res publica christiana por medios militares. En ella se enfrentaron no solo dos confesiones, sino dos concepciones del poder: la monarquía universal de Carlos y el orden territorial que defendían los reformados.

La Dieta de Ratisbona de 1541 había representado el último intento de reconciliación doctrinal. La apertura de un nuevo concilio en Trento en 1545 y la presión del papado impulsaron a Carlos hacia una política más intransigente. Las conversaciones de 1545-1546 mostraron que la confrontación era inevitable. El emperador reunió tropas imperiales, italianas y españolas, y aseguró la neutralidad de Francia mediante el Tratado de Crépy-en-Laonnois.

Fernando, consciente del riesgo de un conflicto general, intentó retrasar la guerra. Su experiencia en el frente húngaro y su conocimiento del equilibrio interno del Imperio le hacían dudar del éxito de una solución armada. Pero el emperador veía la oportunidad de afirmar su autoridad antes de que la fragmentación fuera irreversible. En 1546 convocó a los príncipes leales y declaró a la Liga en rebelión. La guerra comenzaba bajo el signo de la cruzada imperial, aunque su objetivo era tanto político como religioso.

El ejército imperial, reunido en el verano de 1546, era una coalición de fuerzas heterogéneas: lansquenetes alemanes, tercios españoles, contingentes italianos y

LAS RELACIONES ENTRE LOS HERMANOS ESTUVIERON MARCADAS POR LA TENSIÓN, PERO TAMBIÉN POR LA COOPERACIÓN



ASC/WIKIPEDIA

Mural en conmemoración del Coloquio de Ratisbona (Regensburg) de 1541, una conferencia teológica celebrada en la ciudad alemana durante la Reforma protestante.

austríacos. Carlos, instalado en el sur de Alemania, asumió personalmente el mando supremo, rodeado de sus capitanes más experimentados: el duque de Alba, Octavio Farnesio y el conde de Buren. Fernando, por su parte, se ocupó del frente oriental y de mantener la neutralidad de los príncipes católicos del norte. Desde Viena, desempeñó un papel decisivo en la organización de los recursos: envió tropas húngaras, garantizó suministros y negoció las contribuciones necesarias con los estados austríaco.

LA VICTORIA DE MÜHLBERG (1547)

El 24 de abril de 1547 el ejército imperial obtuvo una victoria decisiva en Mühlberg, sobre el Elba. La derrota de los príncipes protestantes —Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia— fue completa. El triunfo parecía confirmar la restauración del poder imperial en su forma más clásica: un emperador victorioso, presentado como defensor de la fe y del orden. La escena, inmortalizada por Tiziano en el retrato ecuestre de Carlos, representó la apoteosis simbólica de la monarquía universal.

Sin embargo, la victoria fue engañosa. La Liga de Smalkalda había sido vencida, pero el protestantismo no. La estructura política del Imperio seguía intacta. Los príncipes sometidos aceptaron la autoridad del emperador, pero solo temporalmente. Fernando, que había advertido de la inutilidad de una victoria puramente militar, quedó confirmado en su juicio. La represión que siguió a Mühlberg —la prisión de Felipe de Hesse y la confiscación temporal de Sajonia— generó un clima de resentimiento que haría imposible cualquier reconciliación duradera.

Tras la victoria, Carlos intentó reorganizar el Imperio mediante el Interim de Augsburgo (1548). El documento establecía una fórmula transitoria de doctrina y culto que combinaba elementos católicos y protestantes. Su objetivo era restaurar



ASC/WIKIPEDIA

Tratado militar de la Liga de Smalkalda, prorrogado el 29 de septiembre de 1536. En esta varios príncipes y ciudades querían defender sus privilegios frente a Carlos V.

la unidad religiosa bajo la autoridad del emperador. Sin embargo, el Interim resultó inaceptable para ambos bandos: Roma lo consideró herético, los protestantes lo vieron como imposición autoritaria. Fernando se mostró abiertamente escéptico y permitió su aplicación flexible en sus propios territorios, tolerando amplias concesiones a los reformados. Esta divergencia marcó un nuevo distanciamiento entre los hermanos.

El Interim simbolizó el fracaso del proyecto universal carolino. Su promulgación pretendía consolidar la victoria de Mühlberg; en realidad, selló el principio de la decadencia del poder imperial. Los príncipes, católicos y protestantes por igual, comprendieron que la autoridad del emperador dependía del consenso y no de la fuerza. La hegemonía de Carlos en Alemania duró apenas dos años: en 1550, el descontento se había extendido por todo el Imperio.

A medida que la posición del emperador se debilitaba, el papel de Fernando se fortalecía. Como Rey de Romanos desde 1531, poseía autoridad legal sobre los asuntos del Imperio; como gobernante efectivo de Austria, Bohemia y Hungría, controlaba el aparato militar y financiero indispensable para sostener la política imperial. Esta dualidad generó fricciones crecientes. Carlos aspiraba a asegurar la sucesión de su hijo Felipe en el trono imperial, pero los príncipes alemanes se oponían a que la dignidad recayera en un monarca extranjero. Fernando, apoyado por ellos, defendía su derecho como heredero natural. La disputa sucesoria reveló las diferencias ideológicas entre ambos: Carlos concebía el Imperio como prolongación dinástica de su casa; Fernando, como institución electiva y alemana.

El desgaste del poder imperial culminó en la rebelión de 1552, encabezada por Mauricio de Sajonia. Antiguo aliado del emperador, Mauricio se alzó en armas

EL 24 DE ABRIL DE 1547 EL EJÉRCITO IMPERIAL OBTUVO UNA VICTORIA DECISIVA EN MÜHLBERG

contra él con apoyo francés. La rapidez del levantamiento sorprendió a Carlos, que se vio obligado a huir de Innsbruck en condiciones humillantes. Fernando asumió nuevamente el papel de mediador. Consciente de la imposibilidad de sostener una guerra prolongada, negoció con los príncipes protestantes la Paz de Passau (1552), que restableció la libertad religiosa y garantizó la amnistía a los rebeldes. El acuerdo puso fin a una década de conflictos y sentó las bases de la futura Paz de Augsburgo (1555).

La Paz de Passau fue, en realidad, la victoria política de Fernando. Con ella demostró que la negociación era más eficaz que la imposición. Para Carlos, en cambio, fue una derrota moral: significaba el abandono definitivo del ideal de unidad religiosa. La guerra de Smalkalda había empezado como cruzada y terminó como pacto de supervivencia.

Entre 1546 y 1552 el poder de Carlos en Alemania alcanzó su punto máximo y su declive más rápido. La victoria de Mühlberg, que debía consagrar la hegemonía habsbúrgica, acabó demostrando sus límites. El emperador había triunfado como general, pero fracasado como político. La imposición de la uniformidad religiosa resultó incompatible con la estructura descentralizada del Imperio. Fernando emergió como figura de estabilidad, capaz de articular un modelo de gobierno pluralista que preservó la cohesión sin anular la diversidad. La guerra de Smalkalda demostró que el poder imperial podía imponerse, pero no perdurar. Carlos había intentado restaurar un orden medieval en una Europa moderna; Fernando, en cambio, había comprendido que el futuro del Imperio dependía de la coexistencia.

HERENCIA, SOBERANÍA Y LÍMITES DEL PODER EN ALEMANIA (1552-1556)

Entre 1552 y 1556 el poder de Carlos en Alemania se disolvió de forma silenciosa, casi ritual. Las guerras, la enfermedad y la fatiga espiritual habían minado la voluntad del emperador, pero también las estructuras mismas de su autoridad. En esos años finales se consumó la transformación del ideal imperial: de la monarquía universal a la monarquía germánica, de la soberanía indivisible al equilibrio entre múltiples potestades. En el centro de ese proceso se alzó Fernando de Habsburgo, que supo traducir el legado carolino a los lenguajes de la política moderna.

La Paz de Passau de 1552 no fue una solución definitiva, sino un alto en el camino hacia una nueva forma de orden político. En los tres años siguientes, las negociaciones entre católicos y protestantes continuaron bajo la mediación de Fernando, que presidió varias dietas y comisiones destinadas a regular la coexistencia confesional. El emperador, debilitado por la gota y los fracasos militares, permanecía retirado en los Países Bajos, mientras su hermano se consolidaba como auténtico jefe de gobierno del Imperio.

El resultado de ese proceso fue la Paz de Augsburgo (1555), que estableció el

principio jurídico del *cuius regio, eius religio*: cada príncipe tendría derecho a determinar la religión de sus súbditos dentro de su territorio. Aunque esta fórmula legalizaba la división religiosa del Imperio, también garantizaba su estabilidad política. El acuerdo fue impulsado y firmado por Fernando en nombre del emperador, gesto que simbolizaba la transferencia efectiva del poder.

La Paz de Augsburgo consagró el triunfo del realismo político sobre la utopía teológica. En adelante, el Imperio sería un marco de coexistencia más que de unidad. Para Carlos, aquello representaba la ruina de su ideal: el emperador que había soñado con restaurar la *res publica christiana* dejaba como herencia un sistema de soberanías compartidas. Sin embargo, desde la perspectiva histórica, el resultado fue una obra de gobierno más duradera que cualquier victoria militar. El equilibrio confesional que Fernando institucionalizó en 1555 aseguraría la continuidad del Imperio durante más de un siglo.

En los años posteriores a Passau, Carlos se retiró progresivamente de los asuntos imperiales. Desde Bruselas, dirigía la política europea con creciente melancolía y delegaba en Fernando la gestión cotidiana del Imperio. En 1555, tras la firma de la Paz de Augsburgo, tomó la decisión de abdicar. El proceso se desarrolló en dos etapas: primero, en favor de su hijo Felipe, transmitió la herencia española, los Países Bajos y las Indias; después, en favor de su hermano, renunció al título imperial.

La ceremonia formal de abdicación se celebró en 1556, aunque la Dieta imperial no reconocería oficialmente a Fernando hasta 1558. La escena fue más simbólica que política. En Bruselas, Carlos, envejecido y enfermo, proclamó su renuncia ante un reducido círculo de cortesanos, mientras en Alemania su hermano asumía la plena autoridad. La transferencia fue tan gradual que apenas se percibió ruptura. En realidad, el poder imperial había pasado a manos de Fernando desde hacía años; la abdicación solo legalizó una situación de hecho.

El acto de 1556 marcó el fin de una era. Carlos abandonaba el escenario como figura trágica: había querido ser árbitro de la Cristiandad y terminaba como soberano sin mundo. Su retiro al monasterio de Yuste no fue simple gesto piadoso, sino reconocimiento implícito de los límites del poder. La política europea había escapado a la idea universal que lo sustentaba. Alemania, en cambio, emergía como nuevo centro de equilibrio, articulado bajo la autoridad de Fernando.

FERNANDO I: EL NUEVO MODELO IMPERIAL

El reinado de Fernando I como emperador (1556-1564) simbolizó la transformación del concepto mismo de Imperio. Su política se basó en tres principios: respeto a la autonomía de los estados imperiales, cooperación institucional mediante las Dietas y mantenimiento del equilibrio confesional. En lugar de la monarquía universal de Carlos, instauró una monarquía de consenso. La autoridad imperial se ejercía ya no desde la imposición, sino desde la legalidad compartida.

ENTRE 1546 Y 1552 EL PODER DE CARLOS EN ALEMANIA ALCANZÓ SU PUNTO MÁXIMO Y SU DECLIVE MÁS RÁPIDO



ASC/WIKIPEDIA

Alegoría de la victoria de Carlos V sobre la Liga de Smalkalda, un grabado que conmemora el triunfo imperial en la batalla de Mühlberg en 1547, del pintor Giulio Clovio.

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:

El nuevo emperador consolidó el sistema administrativo creado durante su regencia: consejos permanentes en Viena y Praga, un aparato fiscal estable y una diplomacia orientada a la mediación. Bajo su dirección, el Imperio dejó de ser un ideal teocrático y se convirtió en una estructura política funcional. En palabras de Blockmans, «Fernando transformó la herencia mística de su hermano en una burocracia racional».

El contraste entre ambos Habsburgo resume la evolución de la Europa moderna. Carlos representaba el último intento de organizar el continente bajo un principio de unidad trascendente; Fernando, el primer ejemplo de soberano que acepta la pluralidad como fundamento del orden. Su Imperio no aspiraba a dominar, sino a mantener el equilibrio. En ese sentido, el «fracaso» de Carlos fue la condición del éxito de su hermano.

El ocaso de Carlos reveló la tensión estructural entre el ideal de soberanía y la realidad del Imperio. Alemania, a mediados del siglo XVI, era un conjunto de más de trescientas entidades políticas: principados, obispados, ciudades libres, condados y señoríos. Cada una poseía derechos propios, ejércitos locales y sistemas fiscales autónomos. El emperador no gobernaba, sino que presidía una confederación. Su poder se medía no por la obediencia, sino por la capacidad de generar consenso.

La experiencia de Carlos mostró los límites de cualquier intento de restaurar la unidad mediante la fuerza. Incluso su victoria más completa —Mühlberg— había sido efímera. El sistema imperial resistía precisamente porque era flexible. Fernando comprendió que la autoridad debía ejercerse dentro de esos límites, no contra ellos. Su política no buscó revertir la diversidad, sino convertirla en instrumento de estabilidad. En ello residía la modernidad del nuevo Imperio: el poder ya no emanaba del centro, sino del equilibrio entre los centros.

La figura de Carlos V en Alemania quedó rodeada de ambivalencia. Para unos,

representó el último emperador verdaderamente universal; para otros, el símbolo del fracaso de un sueño medieval en un mundo moderno. Sin embargo, su obra fue decisiva. Sin su empeño en preservar la unidad institucional del Imperio, la fragmentación política habría sido mucho más rápida. Su obstinación universalista dio tiempo a la consolidación de un orden nuevo, que su hermano transformó en sistema duradero.

Fernando, por su parte, encarnó el modelo de gobernante práctico. Su labor administrativa, su política de equilibrio y su capacidad de mediación definieron el carácter del Imperio hasta su disolución en 1806. Si Carlos fue el emperador de la idea, Fernando lo fue del mecanismo. Entre ambos establecieron la dialéctica que sostendría el mundo habsbúrgico: la tensión entre el principio universal y la forma territorial.

La historiografía contemporánea ha matizado el juicio sobre ambos. Brandi consideró a Carlos «una figura fuera de su tiempo», atrapada en el anacronismo de la unidad cristiana. Parker lo definió como «el arquitecto de un imperio que solo podía existir mientras él lo sostuviera con su voluntad». En cambio, vio en Fernando el origen de la monarquía austríaca moderna: racional, institucional, europea. Martínez Millán, desde la óptica de la historia política, ha señalado que la división entre la rama española y la austríaca de los Habsburgo fue menos ruptura que especialización: dos expresiones complementarias del mismo proyecto dinástico.

EL LEGADO DE ALEMANIA EN LA POLÍTICA IMPERIAL

El proceso vivido en Alemania entre 1519 y 1556 tuvo consecuencias que trascendieron el ámbito germánico. La dualidad entre Carlos y Fernando sirvió de modelo para la futura organización del poder en Europa. La idea de que la estabilidad dependía de la coexistencia de múltiples soberanías —no de su eliminación— se convirtió en principio estructural de la política moderna. En ese sentido, el fracaso de Carlos anticipó el equilibrio de Westfalia un siglo más tarde.

Alemania pasó de ser el escenario de la utopía imperial a convertirse en su laboratorio institucional. Las Dietas, las ligas territoriales, las fórmulas de mediación religiosa y las estructuras fiscales locales serían, en adelante, los mecanismos reales del poder. La figura del emperador se transformó en árbitro, y el Imperio, en un marco jurídico donde las diferencias se resolvían mediante negociación. Lo que Carlos había concebido como unidad de la fe se convirtió, bajo Fernando, en equilibrio de poderes.

La abdicación de 1556 no solo puso fin a un reinado, sino que consagró un modelo político nuevo. Por primera vez en la historia moderna, una dinastía dividía sus dominios no por fractura, sino por funcionalidad. La monarquía española y el Imperio germánico siguieron caminos distintos, pero complementarios. En España, Felipe II heredó la centralización y el ideal confesional

CARLOS HABÍA QUERIDO SER ÁRBITRO DE LA CRISTIANDAD Y TERMINABA COMO UN SOBERANO SIN MUNDO



ALBUM

Carlos V dominando el furor, escultura desmontable (se puede quitar la armadura) de Leone Leoni de 1549, en la que aparece el emperador como un César victorioso sobre su enemigo.

de su padre; en Alemania, Fernando I instauró el pluralismo institucional que garantizaría la supervivencia del Imperio.

La historia del poder de Carlos en Alemania es, por tanto, la historia de una transición. De la soberanía teológica a la soberanía política; del mando a la mediación; de la imposición a la legalidad. Lo que comenzó como empresa universal terminó como arquitectura de equilibrio. Bajo la superficie de un fracaso se ocultaba una transformación profunda: el paso del mundo medieval al moderno.

Cuando Carlos murió en Yuste en 1558, Fernando gobernaba desde Viena con la serenidad del que ha comprendido los límites del poder. El primero había querido abarcarlo todo y lo perdió; el segundo aceptó la multiplicidad y la convirtió en sistema. En esa dialéctica —la del sueño y la forma, la del ideal y su traducción— reside el legado político más duradero de los Habsburgo. Alemania fue su laboratorio, su espejo y su límite: el lugar donde el poder imperial encontró su medida y donde la historia europea comenzó a reconocerse como plural.

El poder de Carlos en Alemania no fue una hegemonía, sino una experiencia de límites. En el espacio germánico, la monarquía universal descubrió su frontera histórica y se transformó en un sistema de equilibrio. La autoridad imperial sobrevivió porque renunció a la uniformidad, y el proyecto dinástico de los Habsburgo perduró gracias a la mediación de Fernando. Alemania no fue el escenario de un fracaso, sino el lugar donde el poder aprendió a pactar con la diversidad. Allí se cerró el ciclo del *imperium christianum* y comenzó el de la política moderna. En la distancia entre ambos hermanos —entre el ideal y su administración— se cifró el tránsito de Europa del sueño de la unidad a la práctica de la coexistencia. ■



En la imagen, *Alegoría de la Ley y el Evangelio*, obra de Lucas Cranach el Viejo, Esta serie de pinturas alegóricas fueron creadas para ilustrar las ideas luteranas de la salvación.

ASC/WIKIPEDIA

La Reforma protestante fue, para el Imperio de Carlos V, una crisis de legitimidad antes que un conflicto de fe. Nacida de la conciencia religiosa alemana, se transformó en un proceso político que puso a prueba la estructura del poder imperial y los límites de la unidad cristiana. Entre 1517 y 1555, el emperador intentó preservar la coherencia espiritual de la Cristiandad, pero el Imperio, plural por naturaleza, se convirtió en escenario de la diversidad que pretendía suprimir. En ese contexto, la figura de su hermano Fernando adquirió una importancia decisiva: fue el mediador que transformó la fractura en equilibrio y la herejía en sistema de coexistencia. La historia del Imperio ante la Reforma es, en último término, la historia del tránsito del ideal universal al orden negociado, de la fe indivisible al pluralismo político que definiría la Europa moderna.

EL DESPERTAR DE LA CRISIS. ALEMANIA ANTES DE LA REFORMA

Cuando Martín Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg el 31 de octubre de 1517, el Sacro Imperio Romano Germánico no era una unidad política ni religiosa, sino una federación de poderes territoriales regidos por costumbres, fueros y privilegios. En ese entramado de jurisdicciones, la



autoridad imperial coexistía con una red densa de principados, obispados y ciudades libres, cada uno con su propia identidad política. La Iglesia romana, profundamente arraigada en la vida cotidiana y en la estructura institucional del Imperio, había comenzado a perder legitimidad a ojos de muchos clérigos y laicos. Las prácticas de indulgencias, la acumulación de rentas y la corrupción del alto clero generaban un clima de escepticismo moral y de anhelo de reforma. El gesto de Lutero no fue una ruptura súbita, sino la expresión más visible de una larga crisis de conciencia europea.

A comienzos del siglo XVI, el Imperio vivía una tensión estructural entre tradición y cambio. La economía se expandía gracias al comercio y a la minería, pero las estructuras sociales permanecían rígidas. Las ciudades del sur y del oeste —Augsburgo, Núremberg, Estrasburgo— eran centros de humanismo y de crítica erudita, donde la lectura directa de las Escrituras y los ideales de Erasmo habían abierto el camino a una religiosidad más personal. En las universidades de Wittenberg, Leipzig y Erfurt, la teología escolástica perdía terreno frente al estudio filológico de los textos bíblicos.

El sistema eclesiástico reflejaba esas contradicciones. Los obispos eran grandes señores feudales más que pastores, y los diezmos financiaban tanto guerras como residencias principescas. La distancia entre el clero y el pueblo alimentaba un sentimiento de agravio moral. Alemania, fragmentada y sin capital política, se convir-

ALEMANIA SE TRANSFORMÓ EN UN CAMPO DE TENSIONES DONDE LA FE SE CONVIRTIÓ EN INSTRUMENTO DE SOBERANÍA

tió en terreno fértil para la crítica religiosa. Cuando Lutero cuestionó el poder de las indulgencias, lo hizo en un país donde la autoridad espiritual del papado ya había sido socavada por el resentimiento económico y la autonomía de los príncipes.

LA IRRUPCIÓN DE LUTERO

Lutero, monje agustino y profesor de teología bíblica, formuló su protesta contra las indulgencias como un debate académico. No pretendía fundar una iglesia nueva, sino corregir abusos dentro de la existente. Sin embargo, la difusión impresa de sus tesis transformó el acto en acontecimiento público. En cuestión de meses, los textos circularon por toda Alemania, traducidos al alemán y leídos por artesanos, estudiantes y nobles. Su crítica al tráfico de indulgencias se convirtió en una acusación general contra la autoridad papal y el sistema eclesiástico.

El éxito del mensaje luterano fue inseparable de las condiciones políticas del Imperio. Los príncipes territoriales, celosos de sus privilegios, vieron en la Reforma un instrumento de independencia frente a Roma y frente al emperador. Las ciudades imperiales, donde la burguesía deseaba mayor control sobre el clero, adoptaron con rapidez las ideas reformadas. Lo que comenzó como disputa teológica se convirtió en movimiento social y político. La imprenta, el humanismo y la estructura descentralizada del Imperio se combinaron para convertir la crítica doctrinal en revolución institucional.

Cuando Carlos fue elegido emperador en 1519, la Reforma estaba ya en marcha. Tenía diecinueve años, hablaba poco alemán y concebía el Imperio no como una confederación de estados, sino como una monarquía providencial. Educado en la tradición borgoñona y bajo la influencia de su canciller Mercurino di Gattinara, creía en la restauración de la *res publica christiana*, un orden universal donde la autoridad del emperador y la del papa cooperarían para mantener la unidad de la fe. Esa concepción chocaba frontalmente con el pluralismo germánico.

Carlos no entendió al principio la magnitud del fenómeno luterano. Consideró las tesis de Wittenberg una disputa teológica menor y confió en que Roma resolvería el conflicto mediante censura o conciliación. Pero la rapidez con que el movimiento se expandía exigía una respuesta política. La elección imperial había sido costosa: los banqueros Fugger habían financiado los sobornos a los electores, y el nuevo emperador dependía de los príncipes alemanes para consolidar su autoridad. En tales circunstancias, enfrentarse abiertamente a ellos por cuestiones religiosas resultaba peligroso.

ROMA, EL PAPADO Y EL PROBLEMA DE LA OBEDIENCIA

El papa León X, alarmado por la difusión de las tesis, excomulgó a Lutero en 1520 mediante la bula *Exsurge Domine*. El monje respondió quemando públicamen-



ASC/WIKIPEDIA

Martín Lutero clavando sus 95 tesis, obra del pintor Julius Hübner. En realidad las 95 tesis eran el *Cuestionamiento al poder y eficacia de las indulgencias*.

te el documento junto con el derecho canónico, gesto que convirtió la disidencia doctrinal en desafío político. El papado exigió a Carlos que actuara como brazo secular de la Iglesia y ejecutara la condena. Pero el emperador, recién coronado y aún dependiente del apoyo de los electores, optó por convocar una dieta general.

La Dieta de Worms de 1521 reunió al conjunto de los poderes del Imperio para tratar la cuestión luterana. Allí, por primera vez, Carlos se enfrentó al dilema que marcaría todo su reinado: cómo conciliar la fidelidad a la Iglesia con la realidad política de un Imperio plural. El emperador presidió la asamblea con solemnidad y pidió a Lutero que se retractara. El teólogo se negó, apelando a la conciencia individual y a la autoridad de las Escrituras. La célebre frase atribuida a él —«Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa»— simbolizó la ruptura entre la autoridad religiosa y la razón personal.

El Edicto de Worms declaró a Lutero proscrito y sus escritos prohibidos, pero su aplicación dependía de los príncipes. Muchos de ellos se negaron a ejecutarlo. La decisión imperial, destinada a afirmar la unidad de la fe, reveló en cambio la impotencia del poder central. La semilla de la Reforma había echado raíces en la estructura misma del Imperio.

La condena de Worms no detuvo la expansión del luteranismo; la aceleró. Protegido por Federico el Sabio de Sajonia, Lutero se refugió en el castillo de Wartburg, donde tradujo el Nuevo Testamento al alemán. Su obra circuló con enorme éxito, ofreciendo a los fieles una relación directa con la palabra de Dios sin mediación sacerdotal. La traducción fue un acto teológico y político a la vez: al poner la Escritura en lengua vernácula, Lutero minaba la universalidad del latín y, con ella, la unidad simbólica de la Cristiandad.

Mientras tanto, el emperador abandonaba Alemania para atender asuntos en España y en Italia. Su ausencia dejó el campo libre a la Reforma. Las dietas regionales comenzaron a aprobar medidas de reforma eclesiástica, y los príncipes experimentaron con formas de gobierno religioso local. En apenas cuatro años, el mapa espiritual del Imperio se había transformado: en el norte y el este predominaban ya las iglesias reformadas; en el sur y el oeste, el catolicismo resistía con apoyo de los obispados y las ciudades imperiales.

El equilibrio entre fe y poder, que durante siglos había sostenido el orden medieval, se quebró. La autoridad imperial, dependiente del consenso, se vio reducida a mediación simbólica. Carlos, que había imaginado un Imperio como comunidad de creyentes, heredaba en realidad un sistema de disidencias en conflicto. Desde 1521, Alemania se convirtió en el escenario donde el emperador debía defender simultáneamente la unidad de la fe y la supervivencia del orden político.

El periodo 1517–1521 definió el punto de partida de una crisis europea que desbordaba el marco religioso. La Reforma no fue únicamente un movimiento espiritual, sino un proceso de reorganización del poder. Su éxito en Alemania se debió tanto a la convicción teológica como a las condiciones políticas de un Imperio descentralizado. La figura de Lutero actuó como catalizador de tensiones acumuladas: entre el clero y los laicos, entre Roma y los príncipes, entre la conciencia individual y la autoridad jerárquica.

Para Carlos, la cuestión luterana inauguró una larga serie de dilemas irresueltos. Su reacción inicial —defender la ortodoxia sin romper el consenso político— anticipó el drama de todo su reinado: el intento de mantener un orden universal en un mundo que avanzaba hacia la pluralidad. Desde Worms, la Reforma dejó de ser un problema religioso para convertirse en un problema político de primer orden. El equilibrio entre fe y poder, fundamento del Imperio, comenzaba a resquebrajarse.

EL EDICTO DE WORMS Y LA RUPTURA DE LA UNIDAD CRISTIANA

El *Edicto de Worms* de 1521 debía ser el punto final de la controversia luterana; en realidad, fue su inicio político. La condena de Lutero como hereje y la proscripción de sus escritos pretendían reafirmar el principio de obediencia que había sostenido durante siglos la unidad de la Cristiandad. Pero el acto jurídico reveló la fragilidad del poder imperial: su cumplimiento dependía de los príncipes, y muchos de ellos no lo acataron. Entre la letra del edicto y su aplicación se abrió un abismo que el emperador no supo cerrar. En esos cinco años decisivos, Alemania se transformó en un campo de tensiones donde la fe se convirtió en instrumento de soberanía.

Tras la Dieta de Worms, Carlos partió hacia España para asumir la herencia de su abuelo Fernando el Católico. Su ausencia dejó el Imperio bajo la supervisión de su hermano Fernando y del Consejo Imperial de Regencia. El edicto debía aplicarse mediante la cooperación de los príncipes y las ciudades, pero estos, lejos de colaborar, interpretaron la decisión imperial como una intromisión en su autonomía. En Sajonia, Hesse, Brandeburgo o Núremberg, las autoridades locales rehusaron ejecutar las penas contra los luteranos. El propio Federico el Sabio, protector de Lutero, justificó su actitud en nombre del orden público: perseguir al reformador habría desatado el descontento popular. Así comenzó la disociación entre fe y obediencia. El emperador, que había querido afirmar la supremacía de la Iglesia, veía cómo la obediencia política se desplazaba hacia los

EL RECHAZO DE LA MEDIACIÓN CLERICAL OTORGABA A LA COMUNIDAD DE CREYENTES UN PROTAGONISMO INÉDITO

poderes territoriales. Cada príncipe actuaba según su interés, y la autoridad imperial quedaba reducida a apelación moral. En la práctica, el Edicto de Worms consagró la autonomía religiosa de hecho de los estados del norte. El universalismo cristiano se fragmentaba en jurisdicciones espirituales locales.

EL REFUGIO DE LUTERO Y LA GESTACIÓN DE UNA NUEVA TEOLOGÍA POLÍTICA

Mientras el emperador intentaba gobernar desde la distancia, Lutero, oculto en el castillo de Wartburg, elaboraba una nueva concepción de la relación entre poder y fe. En su *Tratado sobre la autoridad secular* (1523) definió la distinción entre los dos reinos: el espiritual, regido por el Evangelio, y el temporal, ordenado a la contención del mal. Esta doctrina, concebida como defensa de la libertad de conciencia, tuvo consecuencias políticas profundas. Al eximir al creyente de obediencia religiosa al papa, transfería la autoridad eclesiástica al poder civil. Los príncipes que adoptaban la Reforma se convertían en jefes espirituales de sus súbditos.

El luteranismo, nacido como movimiento de fe, se transformó así en principio de legitimidad política. La alianza entre religión y poder territorial desmanteló la universalidad del catolicismo y dio origen a un nuevo tipo de Estado: el principado confesional. Esta mutación se produjo mientras el emperador intentaba mantener el equilibrio entre fidelidad a Roma y respeto a las libertades imperiales. Cada día que pasaba, la distancia entre su ideal teológico y la realidad alemana se hacía mayor.

La difusión del luteranismo tuvo consecuencias inmediatas sobre la estructura eclesiástica. En muchas ciudades, los monjes abandonaron sus conventos, las misas latinas fueron sustituidas por liturgias vernáculas y las propiedades eclesiásticas pasaron a manos de las autoridades locales. Los obispos, incapaces de imponer disciplina, vieron desaparecer su autoridad práctica. La unidad jurídica de la Iglesia en el Imperio se resquebrajó.

A partir de 1522, varias urbes —Estrasburgo, Ulm, Basilea, Magdeburgo— comenzaron a reorganizar la vida religiosa de acuerdo con las ideas de Lutero y Zuinglio. Los consejos municipales asumieron el control de los bienes eclesiásticos, justificando su intervención como restauración del verdadero cristianismo primitivo. De este modo, la Reforma urbana precedió a la territorial: las ciudades libres se convirtieron en laboratorios de autogobierno religioso.

El proceso fue simultáneamente teológico y social. El rechazo de la mediación clerical otorgaba a la comunidad de creyentes un protagonismo inédito. La autoridad ya no emanaba del sacerdocio, sino de la Escritura y de la conciencia individual. En la práctica, el catolicismo imperial se disolvía en una constelación de iglesias locales. Cada una reconocía la soberanía espiritual de su propio gobernante. Lo que Carlos consideraba herejía era, en realidad, una nueva forma de soberanía.

CARLOS V ANTE LA CRISIS: ENTRE ROMA Y ALEMANIA

En España, el emperador siguió los acontecimientos con preocupación creciente. Su prioridad inmediata era consolidar el poder en la península y pacificar las Comunidades de Castilla. Solo tras la victoria sobre los comuneros en Villalar (1521) y la coronación imperial en Bolonia (1530) podría dedicar atención a Ale-

mania. Pero la distancia geográfica y política le impedía actuar con eficacia. Su correspondencia con los consejeros imperiales revela la tensión entre la obligación religiosa y la prudencia política.

Carlos se mantenía formalmente fiel al papado, pero era consciente de que una represión indiscriminada provocaría el colapso del Imperio. La estrategia inicial fue ganar tiempo: confiar en que la autoridad eclesiástica reformara sus abusos y que la moderación devolviera la obediencia. En 1522 pidió al papa Adriano VI, de origen neerlandés y hombre de reforma sincera, que convocara un concilio. Pero el pontificado de Adriano fue breve, y su sucesor, Clemente VII, retomó la política de equilibrio entre potencias, más preocupado por la amenaza francesa que por la unidad espiritual.

Esta falta de coordinación entre Roma y el Imperio selló el fracaso de la política confesional carolina. Mientras el emperador apelaba al ideal de una Cristiandad unida, el papado se comportaba como potencia italiana más que como cabeza religiosa. El proyecto universal de Carlos se quedaba sin su pilar espiritual.

En ausencia de una dirección clara, los príncipes alemanes comenzaron a organizar su propio orden religioso. Las dietas de Núremberg (1522–1524) introdujeron el principio de que «cada uno responderá ante Dios y el emperador», fórmula ambigua que reconocía la diversidad de prácticas religiosas. Fernando, en nombre del emperador, aprobó la medida con reticencia, consciente de que era la única manera de evitar la guerra civil. El resultado fue la institucionalización provisional de la disidencia.

Entre 1524 y 1525 la situación se agravó con la *Guerra de los Campesinos*, una de las mayores insurrecciones sociales del siglo XVI. Inspirados en parte por las ideas de justicia evangélica, los campesinos exigían la abolición de los tributos y la libertad cristiana. Lutero, horrorizado por la violencia, condenó la revuelta y apoyó su represión. El movimiento fue aplastado por las tropas de los príncipes, pero el mensaje quedó: la Reforma había desatado fuerzas que escapaban al control tanto de la Iglesia como del Estado.



ASC/WIKIPEDIA

Habitación del castillo de Wartburg donde Lutero tradujo la Biblia al alemán. En muchas ciudades las misas latinas se sustituyeron por liturgias vernáculas.

EL RECESO DE ESPIRA CONSAGRABA LA AUTONOMÍA CONFESIONAL DE LOS ESTADOS BAJO LA FICCIÓN DE UN ORDEN COMÚN

La guerra campesina convenció a muchos gobernantes de que la religión debía subordinarse al orden. Para los príncipes católicos y protestantes por igual, la autoridad imperial ya no era garantía de estabilidad; la verdadera seguridad residía en el control de la fe dentro de cada territorio. Así, el concepto de *Landeshoheit* —soberanía territorial— adquirió contenido religioso. La obediencia al emperador fue sustituida por la obediencia al príncipe.

Cuando Carlos regresó a Alemania en 1526, encontró un Imperio irreconocible. La uniformidad católica había desaparecido; la autoridad imperial, debilitada por la autonomía de los estados; la Iglesia, dividida entre obediencia a Roma y fidelidad a los reformadores. El ideal de la *res publica christiana* se había transformado en un mosaico de credos.

El emperador convocó la Dieta de Espira en un intento de restaurar el orden. Allí se enfrentó a un hecho consumado: los príncipes protestantes exigían reconocimiento de su libertad religiosa. Ante la imposibilidad de imponer la obediencia, Fernando, en nombre de su hermano, aceptó una fórmula de compromiso: cada estado «procedería en materia religiosa según su conciencia». Era el reconocimiento tácito de la fragmentación confesional del Imperio.

Con Espira se cerraba la primera etapa de la Reforma y comenzaba una nueva fase de institucionalización. El Edicto de Worms, que había intentado preservar la unidad, terminó legitimando la pluralidad. Lo que se había concebido como defensa de la fe se convirtió en fundamento del poder político. Desde entonces, religión y soberanía serían inseparables.

La historiografía ha interpretado los años 1521–1526 como el momento decisivo en que el Imperio perdió la posibilidad de restaurar la unidad cristiana. Brandi vio en Worms el símbolo del conflicto entre dos concepciones irreconciliables: la fe como obediencia y la fe como libertad. Parker destacó el carácter estructural de la crisis, derivada no de la herejía, sino de la naturaleza misma del sistema imperial. Blockmans subrayó la dimensión institucional del proceso: la Reforma no destruyó el Imperio, sino que lo transformó en federación confesional.

En perspectiva, la incapacidad de Carlos para imponer la ortodoxia fue menos un fracaso personal que un síntoma del cambio histórico. El Edicto de Worms representó el último intento de mantener la unidad mediante la autoridad; la Dieta de Espira, el primer paso hacia la convivencia mediante el derecho. Entre ambos momentos se consumó la ruptura de la Cristiandad latina y el nacimiento de una nueva era política en Europa.

FERNANDO DE HABSBURGO Y LA POLÍTICA DE TOLERANCIA PROVISIONAL

La Dieta de Espira de 1526 inauguró una nueva etapa en la historia del Imperio: la institucionalización del pluralismo religioso bajo la apariencia de una tregua políti-

ca. Carlos, ocupado en la guerra contra Francisco I y en la defensa de Italia, delegó la autoridad en su hermano Fernando, cuya función se transformó de mera representación en gobierno efectivo. Entre 1526 y 1531, Fernando administró un Imperio dividido, sin medios para imponer la unidad pero con la responsabilidad de evitar su disolución. Su política de tolerancia provisional no fue fruto de debilidad, sino de cálculo: preservar el orden político mientras se estabilizaban las fuerzas religiosas.

El *Receso de Espira* de 1526 fue un documento de equilibrio más que de convicción. Establecía que, «hasta la celebración de un concilio general», cada príncipe podría actuar en materia religiosa según su conciencia y responsabilidad ante Dios y el emperador. La fórmula, redactada por Fernando y sus consejeros, consagraba de hecho la autonomía confesional de los estados, aunque bajo la ficción de un orden común.

Esta ambigüedad fue la clave de su éxito. Permitía a los protestantes consolidar sus reformas sin declararse abiertamente en rebeldía, y a los católicos mantener la esperanza de una restauración futura. Pero el precio fue alto: el principio de unidad espiritual quedó suspendido, y el emperador, ausente, perdió control sobre el proceso. En la práctica, el Imperio se convirtió en un conjunto de soberanías confesionales *de facto*.

Fernando comprendió que el Edicto de Worms era inaplicable. Alemania estaba demasiado fragmentada, y la represión conduciría a una guerra civil. Su prioridad fue evitar el colapso del orden imperial. Gobernó no desde la ortodoxia, sino desde la necesidad. En su correspondencia con Carlos, defendió la política de tolerancia como «mal menor» en tanto se preparaba el concilio general. Pero ese mal menor se transformó en sistema: el principio de autoridad quedó subordinado al principio de equilibrio.

LA EXPANSIÓN DEL PROTESTANTISMO Y LA REDEFINICIÓN DEL PODER TERRITORIAL

La tregua de 1526 permitió a la Reforma consolidarse. Los príncipes del norte —Sajonia, Hesse, Brunswick— organizaron sus iglesias nacionales, confiscaron bienes eclesiásticos y reformaron la educación según la doctrina luterana. Los territorios protestantes se dotaron de consistorios, sínodos y catecismos oficiales. La fe se convirtió en estructura administrativa.

En ese contexto, el poder territorial adquirió una nueva dimensión: ya no era solo político, sino también espiritual. Cada príncipe se transformaba en *summus episcopus* de su Iglesia, responsable ante Dios y no ante Roma. Esta transmutación teológica del poder significó la desaparición práctica de la autoridad papal en buena parte del Imperio.

Para Fernando, la expansión protestante planteaba un dilema: debía contenerla sin destruir el equilibrio. Optó por reforzar las instituciones comunes —los tribunales imperiales, las dietas regionales, las ligas de paz—, preservando así la cohesión formal del sistema. Su gobierno se convirtió en una gestión continua de disensos. Mientras Carlos veía en la Reforma una desviación moral, Fernando la percibía como un fenómeno político que había que administrar.

El concilio general, que debía restaurar la unidad, nunca se convocó en esos años. El papa Clemente VII, comprometido en la política italiana y temeroso del



ASC/MEISTERDRUCKE



ASC/WIKIPEDIA

A la izquierda, *Fernando I, emperador del Sacro Imperio Romano*, obra de Hansor Johan Maler. A la derecha, armadura del emperador Fernando I.

poder imperial, evitó cualquier medida que fortaleciera a Carlos. Tras el *Saqueo de Roma* en 1527, las relaciones entre ambos quedaron en crisis. La autoridad papal se vio moralmente desacreditada justo cuando el Imperio necesitaba su legitimación.

En ausencia de un marco eclesiástico común, la pluralidad se convirtió en norma. Las dietas sucesivas —Ulm, Esslingen, Ratisbona— repitieron el mismo esquema: exhortaciones al orden, promesas de conciliación, suspensión de la ejecución del Edicto de Worms. La religión, en lugar de fundamento, pasó a ser terreno de negociación.

Para Fernando, esta situación suponía tanto una oportunidad como un riesgo. El debilitamiento de Roma aumentaba su margen de maniobra, pero también lo convertía en blanco de las presiones opuestas. Los príncipes católicos lo acusaban de tibieza; los reformados, de desconfianza. Su autoridad residía precisamente en esa posición intermedia, que transformó en método político: gobernar sin resolver, mediar sin decidir.

LA DIETA DE ESPIRA DE 1529 Y LA RUPTURA DEFINITIVA

La segunda Dieta de Espira, convocada en 1529, intentó revertir los efectos de la primera. Con Carlos de vuelta en Europa tras la paz de Cambrai, el emperador exigió la aplicación del Edicto de Worms. Fernando, encargado de presidir la asamblea, tuvo que sostener una posición de equilibrio imposible. Los príncipes católicos reclamaban la restauración de la ortodoxia; los protestantes, la libertad religiosa garantizada tres años antes.



ASC

Grabado de la presentación de la Confesión de Augsburgo, que resumía los principios doctrinales del luteranismo en tono conciliador.

El *Receso de Espira* de 1529 revocó las concesiones anteriores y prohibió nuevas reformas religiosas. En respuesta, los príncipes reformados presentaron una protesta formal: el célebre *Protestatio* que daría nombre a todo el movimiento protestante. Por primera vez, la división del Imperio se expresó jurídicamente. El conflicto, hasta entonces controlado por la ambigüedad, se tornaba estructural.

Fernando comprendió la gravedad de la situación. Intentó persuadir a los delegados de aceptar una fórmula de compromiso, pero su autoridad se vio sobrepasada. El Imperio se había convertido en dos comunidades religiosas con marcos legales distintos. Desde 1529, la unidad solo podía mantenerse mediante el equilibrio de fuerzas.

En 1530, Carlos regresó a Alemania para asistir personalmente a la Dieta de Augsburgo, decidido a restaurar la unidad de la fe. Allí se presentó la Confesión de Augsburgo, redactada por Melanchthon, que resumía los principios doctrinales del luteranismo en tono conciliador. Carlos escuchó el documento con atención, pero rechazó reconocerlo como base de acuerdo. El intento de conciliación fracasó, y el emperador abandonó Alemania poco después.

La Dieta de Augsburgo marcó el final de la esperanza de una restauración doctrinal común. En 1531, los príncipes protestantes fundaron la Liga de Smalkalda, una alianza militar destinada a defender su fe y su autonomía frente al poder imperial. Por primera vez desde la Edad Media, el Imperio se dotaba de una confederación armada dentro de sí mismo. La unidad política quedaba subordinada a la pluralidad confesional.

Fernando, que comprendía las implicaciones del conflicto, adoptó una posición pragmática. Evitó confrontar directamente con los miembros de la Liga y se concentró en fortalecer la defensa oriental contra los turcos, cuya amenaza sobre Hungría y Austria se había intensificado tras la batalla de Mohács. Su prioridad era mantener el equilibrio estratégico, no imponer uniformidad.

FERNANDO COMO ARQUITECTO DEL EQUILIBRIO IMPERIAL

Entre 1526 y 1531 Fernando de Habsburgo actuó como verdadero arquitecto del equilibrio imperial. Su política, basada en la prudencia y la negociación, permitió que el Imperio sobreviviera a su fractura espiritual. Mientras Carlos perseguía el ideal de la *res publica christiana*, su hermano lo transformaba en práctica de coexistencia. En ese contraste residía la fuerza del sistema: el emperador aportaba la legitimidad simbólica; el archiduque, la estabilidad funcional.

La historiografía ha valorado de forma diversa este periodo. Brandi lo interpretó como la «paz precaria del compromiso», en la que el Imperio evitó la guerra civil gracias a la moderación de Fernando. Parker subrayó el carácter estructural de esa política: la tolerancia no fue concesión moral, sino técnica de gobierno. Blockmans, por su parte, vio en la figura de Fernando el antecedente de la monarquía compuesta de los Habsburgo, donde el poder se ejerce mediante equilibrio más que por dominación.

Al término de 1531, el Imperio había perdido la unidad de la fe, pero conservaba su forma política. En esa paradoja residía su supervivencia. La autoridad imperial había dejado de ser teológica para convertirse en institucional. La fe seguía dividiendo; el poder, administrando.

CARLOS V FRENTE A LA LIGA DE SMALKALDA

Entre 1531 y 1547, la cuestión religiosa del Imperio se transformó en una confrontación estructural entre dos legitimidades: la del emperador, que pretendía restaurar la unidad católica, y la de los príncipes protestantes, que defendían su derecho a organizar la fe en sus territorios. La Liga de Smalkalda, fundada en 1531, encarnó la resistencia organizada al universalismo carolino. En ella se articularon intereses doctrinales, políticos y económicos que superaban la mera disidencia religiosa. Frente a ella, Carlos concibió la defensa de la ortodoxia como cruzada política, mientras su hermano Fernando trataba de contener las tensiones para evitar la desintegración del Imperio. La Confesión de Augsburgo de 1530 había sido el último intento serio de alcanzar una síntesis teológica entre católicos y reformados. Su redactor, Felipe Melanchthon, había procurado mantener un tono conciliador, subrayando la continuidad de la fe luterana con la tradición de la Iglesia. Pero el emperador, presionado por Roma y por los príncipes católicos, rechazó cualquier concesión. Su insistencia en la obediencia al papa y en la restauración del culto tradicional frustró el diálogo.

Tras la Dieta, Carlos abandonó Alemania, dejando nuevamente a Fernando el gobierno del Imperio. En su ausencia, la Liga de Smalkalda se consolidó como potencia política. Reunía a Sajonia, Hesse, Brunswick, Estrasburgo y otras ciudades del norte, y contaba con un ejército permanente financiado por impuestos comunes. En respuesta, los príncipes católicos crearon ligas paralelas, lo que institucionalizó

CUANDO SOLIMÁN EL MAGNÍFICO SITIÓ VIENA, LA DEFENSA DEL ORIENTE EUROPEO SE CONVIRTIÓ EN PRIORIDAD



ASC/WIKIPEDIA

Portada de la impresión de la *Paz Imperial y Religiosa de Augsburgo*, que buscaba una síntexis teológica entre católicos y reformados.

la división. El Imperio se convertía así en una confederación de confederaciones, un sistema sostenido por equilibrios precarios.

El emperador, desde Italia y España, seguía aferrado a su ideal de cruzada. Veía en la Reforma no una transformación política, sino una herejía que amenazaba el orden de la Cristiandad. Pero su visión universalista chocaba con la evolución del sistema imperial, que había asumido el pluralismo como condición de existencia. Entre la teología de Carlos y la práctica de Fernando se abría una distancia cada vez más amplia.

El avance del Imperio otomano en Hungría y en el Danubio condicionó toda la política alemana. Desde 1529, cuando Solimán el Magnífico sitió Viena, la defensa del oriente europeo se convirtió en prioridad. Fernando, que gobernaba Austria y Bohemia, necesitaba recursos y tropas de los príncipes imperiales. Para obtenerlos, debía asegurar la cooperación de los protestantes. La guerra contra el turco, paradójicamente, fortaleció la posición política de estos: su participación militar legitimaba su autonomía religiosa.

En 1532, durante la Dieta de Ratisbona, se alcanzó un compromiso temporal: los príncipes reformados contribuirían a la defensa común a cambio de suspensión de medidas coercitivas en materia religiosa. Esta política de equilibrio, impulsada por Fernando, permitió una paz relativa durante más de una década. El emperador aceptó de hecho lo que rechazaba en principio: la coexistencia confesional como necesidad estratégica.

El periodo de tregua coincidió con un auge de la cultura protestante y con la consolidación institucional de las iglesias territoriales. Alemania vivía una paz inestable, sostenida por la amenaza exterior. En esa ambigüedad residía la paradoja del Imperio: su unidad dependía de un enemigo común más que de una fe compartida.

LA DIETA DE RATISBONA DE 1541. EL ÚLTIMO INTENTO DE MEDIACIÓN

El propio Carlos, consciente de la imposibilidad de restaurar la ortodoxia por la fuerza, aceptó reanudar el diálogo. En 1541 se celebró en Ratisbona una nueva Dieta, presidida por Fernando y moderada por el cardenal Contarini. Los teólogos católicos y protestantes lograron avances doctrinales notables —especialmente sobre la justificación por la fe—, pero el acuerdo final fue bloqueado por el papa y los sectores intransigentes de ambos bandos.

Ratisbona representó el último esfuerzo serio de reconciliación espiritual en el siglo XVI. Su fracaso selló la suerte del proyecto imperial. A partir de entonces, Carlos decidió recurrir a la coerción. El concilio general, finalmente convocado en Trento en 1545, reforzó la ortodoxia romana y dio al emperador un marco teológico para la acción militar. La religión se transformó nuevamente en instrumento de poder.

La posición de Fernando fue más matizada. Consideraba que la guerra religiosa sería desastrosa para Alemania y para la monarquía de los Habsburgo, que ya combatía en múltiples frentes. Su oposición a la intervención directa no fue desobediencia, sino prudencia política. Pero el emperador, alentado por la victoria sobre Francia en Crépy (1544), creyó llegado el momento de imponer el orden. La cruzada contra la Liga de Smalkalda se convirtió en su prioridad.

La guerra estalló en 1546. La Liga de Smalkalda, dirigida por Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia, disponía de un ejército bien organizado y contaba con el apoyo tácito de Francia, deseosa de debilitar al emperador. Carlos reunió sus fuerzas en el sur de Alemania: lansquenetes católicos, tercios españoles e italianos, y contingentes austríacos bajo el mando del duque de Alba. El conflicto fue breve y decisivo. En abril de 1547, en Mühlberg, las tropas imperiales obtuvieron una victoria completa. Los jefes protestantes fueron capturados y la Liga disuelta. El triunfo militar de Carlos fue interpretado como restauración de la autoridad imperial. Tiziano inmortalizó ese momento en su retrato ecuestre del emperador, símbolo de la majestad católica triunfante.

Sin embargo, la victoria contenía su propia derrota. El protestantismo no fue aniquilado, sino fortalecido. La represión de los líderes reformados generó resentimiento entre los príncipes y las ciudades, que vieron en la victoria imperial una amenaza a su autonomía. El intento de uniformidad devolvía el conflicto al terreno político. La victoria de Mühlberg, más que restaurar el orden, selló su disolución definitiva.

EL «INTERIM» DE AUGSBURGO Y EL AGOTAMIENTO DEL PROYECTO IMPERIAL

Tras Mühlberg, Carlos impuso una solución intermedia, el *Interim de Augsburgo* (1548), que pretendía establecer una liturgia común hasta la resolución conciliar. El documento combinaba elementos católicos y concesiones mínimas a los protestantes, pero fue rechazado por ambos bandos. Roma lo consideró concesión herética; los reformados, imposición tiránica.

El *Interim* simbolizó el agotamiento del poder imperial. El emperador, en el cénit de su autoridad militar, se hallaba políticamente aislado. Los príncipes, incluso los católicos, temían la concentración de poder en sus manos. Fernando, que había sostenido la guerra sin entusiasmo, aplicó el *Interim* con flexibilidad en sus territorios, tolerando amplias excepciones. De ese modo, preservó la estabilidad local y se distanció de la rigidez de su hermano.

El fracaso del *Interim* marcó el fin de la tentativa de reconstruir la unidad religiosa. La autoridad del emperador se desmoronó con rapidez. En 1552, una nueva coalición de príncipes —esta vez encabezada por Mauricio de Sajonia, antiguo aliado del emperador— se sublevó con apoyo francés. Carlos, sorpren-

LA VICTORIA DE MÜHLBERG, MÁS QUE RESTAURAR EL ORDEN, SELLÓ SU DISOLUCIÓN DEFINITIVA

dido en Innsbruck, tuvo que huir precipitadamente. La cruzada había terminado en dispersión.

La guerra de Smalkalda fue el clímax y al mismo tiempo el límite del proyecto carolino. Por un instante, el emperador pareció dominar Alemania; poco después, perdió toda capacidad de dirección. La fuerza militar no pudo resolver un conflicto de naturaleza estructural. El Imperio era demasiado complejo para una obediencia unívoca y demasiado sólido para disolverse.

En el trasfondo, la figura de Fernando adquiría relieve. Su política de equilibrio había permitido al sistema sobrevivir a la crisis de los años veinte y treinta; su prudencia durante la guerra evitó que la victoria de Mühlberg se transformara en catástrofe. Mientras Carlos encarnaba el ideal de la unidad, Fernando representaba la racionalidad de la coexistencia. Esa dualidad fue la clave de la continuidad del Imperio.

Desde la perspectiva historiográfica, Brandi interpretó esta etapa como la «tragedia del poder carolino»: la colisión entre el universalismo medieval y la realidad territorial moderna. Parker destacó la eficacia de Fernando al mantener la estructura institucional frente a la rigidez teológica de su hermano. Blockmans y Martínez Millán insistieron en el carácter funcional de la división entre ambos: el emperador como símbolo de legitimidad, el archiduque como garante de la gobernabilidad.

Entre 1531 y 1547, la fe se transformó definitivamente en instrumento político. La cruzada de Carlos terminó revelando la modernidad de sus adversarios: la soberanía territorial y la libertad de conciencia se habían convertido en fuerzas históricas irreversibles. El Imperio sobreviviría, pero como escenario de la pluralidad que había intentado abolir.

LA FE NEGOCIADA

La victoria de Mühlberg había parecido restaurar la autoridad imperial pero, en realidad, inauguró su fin. El proyecto de Carlos V —reconstruir la unidad cristiana del Imperio bajo su corona— se desvaneció en el espacio de una década. Entre 1547 y 1555, el emperador pasó de la apoteosis al retiro, mientras su hermano Fernando consolidaba un modelo alternativo de poder: pragmático, territorial y confesionalmente plural. El tránsito del *Interim* a la Paz de Augsburgo marcó el paso del ideal a la estructura, de la fe universal al equilibrio político.

El *Interim de Augsburgo* (1548) representó el intento más ambicioso —y último— de Carlos por restablecer la unidad doctrinal del Imperio. Elaborado por teólogos moderados como Julius Pflug y Michael Helding, el documento pretendía ofrecer una fórmula de compromiso hasta que el Concilio de Trento concluyera sus deliberaciones. Conservaba los sacramentos y la jerarquía eclesiástica católica, pero permitía la comunión bajo las dos especies y el matrimonio del clero.

En teoría, el *Interim* debía pacificar Alemania; en la práctica, la dividió aún más. Los católicos lo consideraron concesión intolerable, los protestantes, imposición despótica. Roma lo rechazó por ambiguo; las iglesias reformadas, por autoritario. Solo unos pocos territorios —Augsburgo, Estrasburgo, Ulm— lo aplicaron parcialmente. Incluso en los dominios austríacos, Fernando lo interpretó con flexibilidad, consciente de que imponerlo conduciría a la guerra civil.

La incapacidad de hacer cumplir el *Interim* reveló el agotamiento del poder imperial. El emperador, que había creído poder armonizar la fe por decreto, se enfrentaba a la evidencia de que la religión ya no era un principio unificador, sino un

CON LA PAZ DE PASSAU EL IMPERIO RECONOCÍA POR PRIMERA VEZ EN UN TEXTO JURÍDICO LA COEXISTENCIA CONFESIONAL

campo de soberanías. Su autoridad dependía ahora de los mismos príncipes que había intentado subordinar. El ideal carolino de la *res publica christiana* se transformaba en un entramado de alianzas reversibles.

En 1552 estalló una nueva insurrección encabezada por Mauricio de Sajonia, antiguo aliado del emperador, ahora aliado de Enrique II de Francia. La revuelta fue rápida y eficaz: los ejércitos protestantes penetraron en el sur de Alemania, y Carlos, sorprendido en Innsbruck, se vio obligado a huir precipitadamente hacia Carintia. La fuga simbolizó el colapso de su poder político y la fragilidad del aparato imperial construido durante tres décadas.

El encargado de restaurar el orden fue, una vez más, Fernando. Convencido de que la guerra no podía sostenerse, negoció directamente con los rebeldes y concluyó la Paz de Passau (agosto de 1552). El acuerdo reconocía la libertad de culto para los luteranos, restituía los bienes confiscados a los príncipes y garantizaba una amnistía general. En términos políticos, restablecía el equilibrio; en términos religiosos, institucionalizaba la división.

La Paz de Passau fue un punto de inflexión. Por primera vez, el Imperio reconocía en un texto jurídico la coexistencia confesional. Aunque Carlos ratificó el tratado con reticencia, su firma equivalía a una renuncia: la imposición de la fe había sido sustituida por su negociación. En adelante, la religión sería materia de derecho público, no de conciencia común.

Después de Passau, Fernando asumió la dirección efectiva del Imperio. Carlos, enfermo y desilusionado, se retiró a Bruselas, dejando en manos de su hermano las negociaciones con los príncipes. Entre 1553 y 1555, una serie de dietas y comisiones trabajó en la redacción de un acuerdo duradero. El resultado fue la Paz de Augsburgo (1555), firmada y promulgada por Fernando en nombre del emperador.

El texto consagraba el principio de *cuius regio, eius religio*: cada príncipe tendría derecho a determinar la confesión de sus súbditos dentro de su territorio. Los ciudadanos que no compartieran la fe del gobernante podían emigrar. La paz reconocía oficialmente solo dos confesiones —católica y luterana—, excluyendo a los calvinistas y a otros movimientos reformados.

El acuerdo establecía además un «reservado eclesiástico»: los obispos que adoptaran el luteranismo debían abandonar sus cargos y territorios, preservando así la base material de la Iglesia católica. Estas disposiciones, aunque imperfectas, dieron al Imperio un marco jurídico de coexistencia. Por primera vez en la historia europea, la diversidad religiosa se convertía en principio legal.

La Paz de Augsburgo fue tanto obra de la necesidad como de la inteligencia política de Fernando. A diferencia de su hermano, comprendía que la unidad ya no podía imponerse, sino administrarse. Su actuación no pretendía resolver el conflicto teológico, sino garantizar la estabilidad del sistema. Al reconocer la soberanía confesional de los príncipes, transformó la estructura del Imperio en una federación equilibrada de poderes.



Vista de la ciudad alemana de Ratisbona, grabado de Georg Braun y Franz Hogenberg. Ratisbona fue escenario en 1541 de una nueva Dieta.

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:

Desde la perspectiva de la teoría política, esta transformación fue decisiva. El emperador dejaba de ser árbitro teológico para convertirse en garante del derecho. El poder espiritual se desplazaba a las autoridades territoriales, y el Imperio se configuraba como marco jurídico de coexistencia. En ese sentido, Fernando fue el verdadero fundador del orden poscarolino: un Imperio sin uniformidad, pero con cohesión.

Su política marcó también la transición del universalismo medieval al constitucionalismo moderno. La fe dejó de ser sustancia del poder para convertirse en una de sus competencias. El equilibrio entre religión y soberanía, que había emergido como compromiso provisional en 1526, se institucionalizó en 1555 como principio permanente.

EL OCASO DEL IDEAL CRISTIANO

La firma de la Paz de Augsburgo coincidió con la abdicación de Carlos V. Cansado, enfermo y consciente del fracaso de su proyecto, decidió dividir su herencia: a su hijo Felipe le correspondieron España, los Países Bajos y las Indias; a su hermano Fernando, el título imperial y los dominios austríacos. La ceremonia formal de renuncia se celebró en Bruselas en 1556, pero su significado político se había consumado en Augsburgo el año anterior.

Para Carlos, la derrota no fue solo política, sino espiritual. Había concebido el Imperio como *custos fidei*, garante de la unidad de la Cristiandad, y lo dejaba convertido en confederación de soberanías confesionales. En sus últimos años, retirado al monasterio de Yuste, revisó su correspondencia con los papas y sus memoriales sobre la guerra de Alemania: en ellos se percibe la melancolía del gobernante que quiso restaurar la plenitud de Roma en un tiempo que ya pertenecía a la modernidad.

La imagen de Carlos como emperador universal se desvaneció ante la realidad de un poder dividido. La cruzada contra la Reforma se había transformado en política de equilibrio; la fe, en materia de administración. El ideal carolino, sustentado en la alianza entre trono y altar, había sido sustituido por una razón de Estado confesional.

LA PAZ DE AUGSBURGO ES CONSIDERADA COMO «EL ACTO FUNDACIONAL DEL IMPERIO MODERNO»

La Paz de Augsburgo no resolvió la cuestión religiosa —las guerras confesionales del siglo XVII lo demostrarían—, pero proporcionó al Imperio una estructura duradera. Su importancia residía menos en el contenido que en el método: el conflicto se había convertido en negociación, y la fe en derecho positivo. El Imperio sobrevivió porque aceptó su propia pluralidad.

A largo plazo, el acuerdo de 1555 consolidó la supremacía política de los príncipes y redujo el papel del emperador. La monarquía imperial dejó de ser institución de gobierno para convertirse en símbolo de equilibrio. Alemania se convirtió en una federación de estados confesionales, cada uno autónomo en su culto y en su administración. Pero ese mismo pluralismo impidió su desintegración: la coexistencia se transformó en sistema.

La historiografía moderna ha interpretado la Paz de Augsburgo como la primera formulación de un principio de soberanía interior. Brandi la definió como «la legalización de la división del alma de Europa»; Parker la consideró «el punto de inflexión en que la religión dejó de ser fundamento y pasó a ser materia de Estado». Otros, desde una perspectiva estructural, la describen como «el acto fundacional del Imperio moderno», donde la administración sustituyó a la teología como base de la autoridad.

El periodo 1547–1555 marcó el cierre del ciclo iniciado en Wittenberg casi cuatro décadas antes. Lo que comenzó como disputa teológica terminó como redefinición de la política europea. El Imperio dejó de ser la encarnación de la unidad cristiana para convertirse en el marco de la pluralidad confesional. Carlos V había intentado restaurar la fe; Fernando logró preservar la estructura. La historia del fracaso del primero fue la condición del éxito del segundo.

En adelante, el poder en Alemania se mediría no por la ortodoxia, sino por la capacidad de mantener el equilibrio. La fe se subordinó al orden, y el orden al consenso. En esa mutación —la transformación del *imperium christianum* en una federación de soberanías religiosas— se define el nacimiento del Estado moderno.

La Reforma de Lutero había quebrado la Cristiandad, pero también había hecho posible una nueva forma de convivencia. Lo que Carlos perdió en universalidad, Europa lo ganó en pluralidad. La paz que cerró su reinado fue imperfecta, pero fundacional: el primer acuerdo político de la modernidad basado no en la verdad única, sino en la coexistencia de verdades.

La Reforma de Lutero no destruyó el Imperio: lo transformó. El poder de Carlos V, que había nacido de la aspiración a una Cristiandad indivisible, concluyó en un orden de pluralidades reguladas. El emperador fracasó en su propósito, pero su fracaso fue histórico: permitió el paso del universalismo medieval al equilibrio moderno. Su hermano Fernando supo convertir la fractura en sistema. De su colaboración y su contraste nació el modelo de la Europa moderna: un continente que aprendió a convivir con la diferencia mediante el derecho. En Alemania, donde la fe se enfrentó al poder, comenzó la política de la coexistencia que aún define el mundo contemporáneo. ■

La tregua de Niza de 1538 entre Francisco I y Carlos V y mediada por el papa Paulo III, obra de Taddeo y Federico Zuccari.

ASC/WIKIPEDIA

Guerras de Italia y rivalidad con Francisco I

Pocos antagonismos definieron tan intensamente el siglo XVI como el que enfrentó a Carlos V y Francisco I de Francia. Más que una rivalidad dinástica, fue una pugna de visiones del mundo: la monarquía universal frente a la monarquía nacional, el ideal del Imperio cristiano frente a la soberanía del Estado renacentista. Desde el primer encuentro —a distancia— en 1519, cuando ambos aspiraban al trono imperial, sus destinos quedaron entrelazados como reflejos deformados en el espejo del poder europeo.

Francisco I, educado en el refinamiento humanista de la corte de Blois, veía en la Italia renacentista no solo un escenario militar, sino el teatro del prestigio cultural y artístico. Su ambición por Milán y Nápoles era inseparable del deseo de irradiar la *grandeur* francesa. Carlos, en cambio, concebía la política italiana desde la responsabilidad heredada de su dinastía: la defensa de los territorios imperiales frente a cualquier fragmentación. Mientras Francisco quería brillar como *prince chevalier*, Carlos aspiraba a gobernar como *rex et sacerdos*, heredero de Roma y del cristianismo político de los Habsburgo.

Su enemistad se alimentó pronto de agravios personales. La elección de Carlos como emperador en 1519 fue percibida por Francisco como una afrenta directa. El francés había gastado sumas colosales para ganarse a los electores del Sacro Imperio, y su derrota marcó el inicio de una hostilidad irreconciliable. Las cartas cruzadas de ambos monarcas —conservadas en Simancas y en los *Archives Nationales*— revelan un tono cada vez más corrosivo: reproches sobre traiciones, sobre títulos usurpados y sobre la arrogancia de los consejeros. Detrás de la cortesía diplomática se adivinaba un duelo de orgullo caballeresco, amplificado por cronistas y embajadores.

Los observadores contemporáneos, desde Guicciardini hasta Brantôme, vieron en esta tensión la causa de la perpetua inestabilidad italiana. Francisco I, decían, no soportaba la idea de que «un extranjero del Norte» —medio borgoñón, medio español— dictara leyes sobre los ducados lombardos. Carlos, por su parte, consideraba a Francisco el obstáculo principal para su proyecto de restaurar la unidad cristiana frente al Turco y frente a Lutero. Así, la rivalidad personal se convirtió en una guerra ideológica que oponía dos concepciones de la cristiandad: una universal, otra galicana.

En este terreno simbólico se libraron las primeras batallas, mucho antes de que los ejércitos marcharan. La propaganda jugó un papel crucial. En la corte de Madrid —y en la de Bruselas— circulaban grabados que representaban a Francisco como un nuevo Caín, fratricida de la paz europea. En París, en cambio, los panfletos humanistas lo exaltaban como el «David francés» que resistía al «Goliat imperial». Los poetas de ambas cortes —Clément Marot en Francia, Juan Boscán en España— transformaron la política en una epopeya de honra y destino. La guerra se hizo primero con palabras.

Pero bajo esta retórica de honor se escondían motivaciones materiales más prosaicas. El control del ducado de Milán, bisagra entre Alemania y la península, era esencial para las comunicaciones imperiales y para el comercio alpino. Las pretensiones francesas sobre Génova y Nápoles amenazaban el equilibrio político mediterráneo. Por ello, cada tregua era apenas un paréntesis en una lucha estructural por la hegemonía europea, donde intervienen banqueros alemanes, condotieros italianos y papas que oscilan entre ambos bandos según las circunstancias.



ASC/WIKIPEDIA

La batalla de Pavía se libró el 24 de febrero de 1525. Arriba, el enfrentamiento entre el ejército francés y las tropas germano-españolas representado por un pintor flamenco del s. XVI.

La correspondencia entre Carlos y su tía Margarita de Austria —analizada por Geoffrey Parker— muestra la dimensión emocional del conflicto: Carlos siente que Francisco «no entiende la justicia», mientras el francés le acusa de hipocresía religiosa. Ambos se creían elegidos por la Providencia, ambos veían en el otro la encarnación de la soberbia. Y en ese duelo de vanidades se arrastró medio siglo de guerras, saqueos y tratados fallidos.

La rivalidad personal se proyectó incluso en los estilos de gobierno. Francisco amaba la ostentación, las justas, la arquitectura de Chambord y Fontainebleau, símbolos de un poder cortesano centrado en la imagen. Carlos prefería la sobriedad de Bruselas y Valladolid, los despachos y los informes, el control administrativo del poder. La *res publica christiana* frente a la monarquía del placer. Brandi resumió esta contraposición con agudeza: «Francisco vivía para ser admirado; Carlos, para ser obedecido».

Cuando en 1521 estalló la primera guerra abierta, la rivalidad ya era irreparable. No se trataba solo de conquistar territorios, sino de demostrar ante Europa quién encarnaba la legitimidad. Las armas serían el tribunal final. Pero antes de que los cañones hablaran, ambos reyes ya habían librado una guerra invisible de cartas, símbolos y alianzas, en la que la política se confundía con el honor y el orgullo con la fe.

EL ESCENARIO ITALIANO

Italia, en la primera mitad del siglo XVI, era el tablero donde se decidía la supremacía de Europa. Ninguna otra región concentraba tanto poder simbólico y material: las riquezas comerciales del norte, las rutas marítimas del Mediterráneo, la herencia cultural de Roma y el delicado equilibrio político entre ducados, repúblicas y Estados pontificios. La península italiana era, en palabras de Francesco Guicciardini, «el espejo de las ambiciones de los príncipes». En ese espejo se reflejaron las

figuras de Carlos V y Francisco I como dos polos de una misma tensión: la universalidad imperial frente al particularismo renacentista.

Desde finales del siglo XV, las Guerras de Italia habían transformado el mapa político del continente. Los franceses, desde Carlos VIII, habían intentado imponer su influencia sobre Nápoles y Milán, mientras los Habsburgo reclamaban derechos dinásticos y estratégicos en los mismos territorios. Pero bajo Carlos V y Francisco I, el conflicto adquirió una dimensión nueva: ya no era solo una lucha por ducados, sino por la legitimidad del orden europeo. Italia se convirtió en el escenario donde ambos monarcas ponían a prueba sus concepciones del poder.

La situación interna de la península facilitaba la injerencia extranjera. El Papado, bajo León X y luego Clemente VII, basculaba entre alianzas contradictorias; Venecia defendía su autonomía comercial con diplomacia ambigua; y los pequeños Estados —Mantua, Ferrara, Urbino— jugaban a sobrevivir entre gigantes. Ninguna potencia italiana poseía la fuerza suficiente para imponerse, lo que convirtió a Italia en un tablero donde los reyes del norte podían mover sus piezas con libertad, contratando condotieros y manipulando las rivalidades locales.

En este contexto, la presencia española e imperial se consolidó tras 1521, cuando las tropas de Carlos, dirigidas por el marqués de Pescara y Antonio de Leyva, expulsaron a los franceses de Milán. Sin embargo, cada victoria se veía amenazada por la fragilidad de las alianzas. El control de Italia exigía un equilibrio entre diplomacia y coerción, y Carlos V, pese a su superioridad militar, carecía de los recursos permanentes para mantener una ocupación total. El sistema financiero de los Fugger y los Welser sostenía temporalmente la maquinaria de guerra, pero la economía imperial se resintió con cada campaña.

Francisco I, por su parte, supo explotar la inestabilidad del Papado y las tensiones internas del Imperio. Buscó apoyo en Venecia y en Enrique VIII de Inglaterra, con quien firmó en 1525 la Liga de Cognac, una coalición que pretendía frenar el expansionismo de los Habsburgo. El ideal político francés se envolvía en el lenguaje de la «libertad de Italia» y se presentaba como defensor de su independencia frente al «dominio extranjero». Detrás de ese discurso se ocultaba, naturalmente, una ambición similar a la de Carlos: el control de las rutas alpinas y del comercio con Oriente.

La retórica de la libertad italiana caló entre los humanistas, especialmente en Florencia, donde aún resonaban las ideas republicanas de Savonarola y Maquiavelo. Sin embargo, para la mayoría de los italianos, el conflicto entre Carlos y Francisco era una guerra ajena, librada por ejércitos mercenarios que arrasaban los campos y saqueaban las ciudades. La devastación de Lombardía, descrita por cronistas como Francesco Vettori, muestra el contraste entre la grandeza de las proclamaciones imperiales y la miseria de la población civil.

A nivel diplomático, las potencias menores se adaptaban al vaivén de la fortuna. El Papado, que en un principio había favorecido a Carlos por su ortodoxia religio-

CARLOS V Y FRANCISCO I CONVIRTIERON SU ENEMISTAD EN EL EJE DEL DESTINO EUROPEO

ITALIA FUE EL TABLERO DONDE CHOCARON DOS VISIONES OPUESTAS DEL PODER CRISTIANO Y MODERNO

sa, terminó temiendo su poder. Clemente VII, alarmado por la ocupación imperial de Milán y Nápoles, se unió a la Liga de Cognac. Ese viraje papal fue interpretado por Carlos como una traición y preparó el terreno para uno de los episodios más traumáticos del siglo: el saco de Roma de 1527.

Los analistas modernos —de Brandi a Martínez Millán— coinciden en que la política italiana de Carlos V fue más reactiva que programática. El emperador se veía obligado a responder a los movimientos franceses, al mismo tiempo que contenía la amenaza turca en el Mediterráneo y las tensiones protestantes en Alemania. Su objetivo no era tanto conquistar Italia como garantizar la continuidad de la autoridad imperial. Por el contrario, Francisco concebía las campañas italianas como una prolongación de su política interior: un instrumento de prestigio y cohesión nacional frente a una nobleza inquieta y una burguesía emergente.

La rivalidad, así, trascendía lo militar. Era una disputa sobre la naturaleza del poder europeo. Francisco, heredero del humanismo laico, apostaba por un modelo de monarquía centrada en la figura del rey como mecenas y símbolo cultural; Carlos, formado en la tradición borgoñona y flamenca, defendía la idea de un poder moderado por la ley divina y los compromisos dinásticos. Italia se convirtió, de este modo, en el laboratorio donde ambas visiones se enfrentaron bajo la forma de guerra, diplomacia y propaganda.

El escenario italiano ofrecía una paradoja: era el corazón de la civilización cristiana, pero su suelo se convirtió en un campo de batalla donde se derrumbaban los ideales renacentistas de equilibrio y razón. Cada campaña, cada tratado, revelaba la imposibilidad de reconciliar las dos mitades del siglo: el sueño de la armonía humanista y la realidad de los Estados absolutos en gestación. Entre ambos extremos se movía el destino de Europa, y Carlos y Francisco fueron sus protagonistas más brillantes y contradictorios.

PAVÍA Y LA TRAGEDIA DE UN REY CAUTIVO

La campaña de Pavía, entre 1524 y 1525, fue el punto culminante de la rivalidad entre Carlos V y Francisco I. Aquella guerra, iniciada como una disputa por Lombardía, terminó convertida en un drama que alteró el equilibrio de Europa y transformó la imagen de la monarquía francesa. Pavía no fue solo una batalla decisiva; fue una metáfora del siglo: la gloria renacentista cayendo bajo el peso de la pólvora moderna y de una política cada vez más impersonal.

A mediados de 1524, Francisco cruzó los Alpes con un ejército espléndidamente equipado, confiado en recuperar Milán. Lo acompañaban nobles de las más ilustres casas de Francia y un nutrido cuerpo de lansquenetes suizos, considerados los mejores infantes de Europa. Su entrada en Italia fue celebrada por muchos como la llegada del rey caballero que devolvería a la península su independencia. Pero el entusiasmo inicial se disipó pronto. Las fuerzas imperiales, dirigidas por

Antonio de Leyva y el marqués de Pescara, se atrincheraron en la ciudadela de Pavía, donde resistieron durante meses un asedio que se convertiría en la tumba del ejército francés.

El invierno de 1524-1525 fue una prueba de resistencia. Mientras los franceses sufrían hambre y enfermedades, los sitiados lograban mantener la comunicación con las tropas imperiales que descendían desde Lombardía. La disciplina de los lansquenetes alemanes y la pericia de los capitanes españoles contrastaban con el exceso de confianza de la nobleza francesa, más pendiente de la etiqueta que de la logística. Francisco, que se había instalado en el parque del monasterio de Mirabello, mantenía aún la esperanza de una victoria rápida. Pero el amanecer del 24 de febrero, día de su cumpleaños, trajo consigo el desastre.

La batalla de Pavía fue una carnicería breve y brutal. Los imperiales, al mando de Pescara y de Frundsberg, lanzaron un ataque sorpresa al amanecer, aprovechando la niebla y el desconocimiento del terreno por parte del enemigo. Los arcabuces españoles, combinados con la movilidad de la caballería ligera italiana, destrozaron las líneas francesas. La caballería pesada, orgullo de la nobleza gala, quedó atrapada entre los muros del parque y las zanjas del terreno. En pocas horas, la élite militar de Francia yacía muerta o prisionera.

Francisco I fue derribado de su caballo y rodeado por soldados españoles. Al ser conducido ante el virrey de Nápoles, pronunció las palabras que se harían legendarias: «*Todo se ha perdido, salvo el honor y la vida*». Aquella frase, recogida por los cronistas con admiración y melancolía, simbolizó el fin de la caballería medieval y el nacimiento de una guerra moderna, donde la pólvora, la infantería profesional y la financiación determinarían el destino de los reyes más que su valor personal.

La captura de Francisco tuvo un impacto sísmico en Europa. Carlos V, al recibir la noticia en Madrid, reaccionó con una mezcla de piedad y prudencia. Rechazó celebrar el acontecimiento con festejos, declarando que «no se alegra un príncipe cristiano de la desgracia de su hermano». Pero aquella moderación no ocultaba la magnitud de su victoria: por primera vez en la historia, un rey de Francia era prisionero de un emperador germano-español. El mundo contempló con asombro cómo se invertían los símbolos de la realeza y la derrota.

El prisionero fue trasladado primero a Génova y luego a Madrid, donde permaneció bajo custodia en el Alcázar durante más de un año. La estancia madrileña de Francisco I se convirtió en un episodio cargado de simbolismo. Los embajadores describen al monarca como abatido, enfermo y humillado, aunque siempre digno. Carlos, que lo visitó en varias ocasiones, lo trató con cortesía, pero con una frialdad calculada. Entre ambos se estableció una relación ambigua, mitad rivalidad, mitad respeto. El francés intentaba seducir con palabras al emperador que lo había vencido en el campo de batalla; el emperador escuchaba, pero no olvidaba.

El desenlace diplomático fue el Tratado de Madrid (enero de 1526), una paz tan espléndida para el vencedor como irrealizable para el vencido. Francisco se comprometía a renunciar a sus derechos sobre Italia, Flandes y Artois, y a entregar como rehenes a sus dos hijos. También debía reconocer la independencia del ducado de Borgoña, lo que suponía amputar una parte esencial del patrimonio de la monarquía francesa. Pero aquel tratado, firmado bajo coacción, nació condenado. Apenas liberado, el rey declaró nulo el acuerdo alegando que «un juramento impuesto en prisión no obliga a un príncipe soberano».

El episodio de Pavía fue interpretado por los contemporáneos de maneras opuestas. Para los cortesanos de Carlos, fue la confirmación de la Providencia: el castigo divino a la soberbia de un rey que había osado desafiar el orden cristiano. Para los franceses, una tragedia épica comparable a la caída de un héroe antiguo. Los humanistas, como Rabelais y Du Bellay, transformaron la derrota en mito literario, exaltando el honor del monarca cautivo frente a la fortuna caprichosa. En ambos lados, la batalla adquirió un valor simbólico que trascendió su resultado militar.

Históricamente, Pavía marcó un antes y un después. Demostró la superioridad de las tácticas combinadas de infantería y artillería sobre la caballería aristocrática, y consolidó el prestigio del ejército imperial. Pero también reveló los límites del poder de Carlos. Su victoria, tan absoluta en apariencia, no se tradujo en una hegemonía duradera. La resistencia francesa, reavivada por la humillación, volvería pronto al combate. Y la política italiana, lejos de estabilizarse, se sumió en una espiral de intrigas que desembocaría en la catástrofe de Roma dos años más tarde.

En la memoria de ambos monarcas, Pavía quedó grabada como una herida irreparable. Para Carlos, fue el punto más alto de su fortuna y el comienzo de su desgaste moral; para Francisco, el trauma que alimentaría su deseo de venganza durante el resto de su reinado. Aquella jornada de febrero de 1525 no solo decidió una batalla, sino el tono entero de una época: la Europa de los príncipes idealistas transformada en la Europa de los Estados calculadores.

ROMA SAQUEADA, EUROPA ESCANDALIZADA

El 6 de mayo de 1527 Roma dejó de ser el corazón del mundo cristiano para convertirse en su herida más visible. Lo que comenzó como una marcha indisciplinada del ejército imperial terminó en una de las mayores catástrofes simbólicas de la historia moderna. La ciudad que había representado la continuidad entre el Imperio y la Iglesia se vio reducida a ruinas por soldados que llevaban el estandarte del emperador. En pocas semanas, el ideal de Carlos V como defensor de la fe se transformó en una imagen de violencia y profanación que horrorizó a toda Europa.

Las causas del desastre fueron tan complejas como su desenlace fue brutal. Tras la victoria de Pavía y el incumplimiento del Tratado de Madrid, Francisco I buscó la revancha aliándose con el papa Clemente VII, Venecia, Florencia y Milán en la llamada *Liga de Cognac*. El objetivo de aquella coalición era frenar la hegemonía imperial en Italia y restaurar un equilibrio de poder favorable a Francia. Pero la maquinaria militar de Carlos, sostenida por banqueros alemanes y recursos castellanos, continuó avanzando. Su ejército, compuesto por españoles, alemanes y contingentes italianos, operaba casi sin control directo: el dinero escaseaba, la paga se retrasaba y los mandos competían entre sí. La indisciplina, combinada con la miseria, preparó el terreno para la tragedia.

PAVÍA SELLÓ EL FIN DEL HONOR CABALLERESCO Y MARCÓ EL INICIO DE UNA GUERRA MÁS FRÍA



ASC

El Tratado de Madrid fue firmado el 14 de enero de 1526 por Carlos V y Francisco I, como resultado de la derrota francesa en la batalla de Pavía.

El duque de Borbón, Carlos de Borbón, antiguo aliado de Francisco que había pasado al servicio de Carlos V tras un agravio cortesano, encabezaba la expedición hacia Roma. Su figura, marcada por la ambición y el resentimiento, simbolizaba la corrupción moral de la guerra italiana. En abril de 1527, los imperiales marcharon desde el norte con un ejército famélico y sin órdenes precisas, empujados por el hambre y el deseo de saqueo. Cuando Borbón cayó mortalmente herido durante el asalto a las murallas del Trastévere, la disciplina se evaporó por completo. Roma quedó a merced de una multitud armada y furiosa.

Durante ocho días, la ciudad sufrió un tormento que los cronistas compararon con las invasiones bárbaras. Monasterios, palacios y templos fueron saqueados; cardenales y nobles fueron tomados como rehenes; las reliquias y los tesoros de la cristiandad se vendían en las calles como botín. Los lansquenetes luteranos profanaban las imágenes sagradas al grito de «*Vivat Lutherus!*», mientras los soldados españoles intentaban, sin mucho éxito, contener los excesos. Clemente VII se refugió en el castillo de Sant'Angelo, cercado y humillado, testigo impotente del derrumbe de la autoridad pontificia.

El impacto moral fue devastador. Las crónicas de Paolo Giovio y de los embajadores venecianos describen el espectáculo con un tono de estupor casi religioso. En toda Europa, el saqueo se interpretó como un signo del castigo divino: para unos, la venganza de Dios contra una Iglesia corrompida; para otros, la prueba de que el emperador había traicionado su misión cristiana. La noticia se difundió con rapidez gracias a la imprenta, lo que multiplicó el efecto simbólico. Roma, la ciudad eterna, había sido ultrajada por las propias tropas del emperador más católico de Occidente.

Carlos, que se hallaba en Valladolid cuando recibió la noticia, se horrorizó. Las cartas de sus consejeros, en especial las de Mercurino di Gattinara, muestran su consternación. El emperador comprendió de inmediato el daño moral causado

a su reputación y al equilibrio político europeo. Ordenó misas de desagravio y prohibió cualquier celebración de la victoria. Sin embargo, el mal estaba hecho. Los enemigos aprovecharon el episodio para retratarlo como un nuevo Nerón o un Atila cristiano. En Francia, los poetas de la corte de Francisco I no perdieron la ocasión de presentar el saqueo como la culminación del despotismo imperial.

Historiográficamente, el saco de Roma representa un punto de inflexión. A partir de 1527, la política italiana se reconfigura por completo. El Papado, debilitado y temeroso, se somete *de facto* a la influencia imperial; Florencia cae poco después, y la idea de una Italia libre de dominación extranjera se desvanece. Roma, una vez reconstruida bajo Pablo III, nunca recuperará del todo la autoridad moral que había ostentado en el siglo anterior. El Renacimiento romano, símbolo de equilibrio y belleza, deja paso a una espiritualidad más sombría, preludio del arte contrarreformista y del espíritu tridentino.

En el plano personal, el saqueo de Roma tuvo un efecto contradictorio sobre Carlos. Por un lado, consolidó su poder: sin apenas combatir, había logrado someter al papa y asegurar el dominio de Italia. Por otro, destruyó el aura de legitimidad moral que había alimentado su ideal imperial. El emperador comprendió, como observó Brandi, «que la violencia de los hombres había profanado el sueño de Dios». Desde entonces, su política se volvió más prudente, más reflexiva, menos confiada en la idea de un destino providencial.

Para Francisco I, en cambio, el desastre fue una oportunidad. Se presentó ante Europa como el paladín de la cristiandad ofendida, reorganizó sus alianzas y reanudó las hostilidades. El contraste entre el emperador que dejaba arrasar Roma y el rey que invocaba la defensa del papa resultó propagandísticamente eficaz, aunque poco sincero. En realidad, ambos sabían que la fe era ya un instrumento de la razón de Estado.

La tragedia de 1527 selló el fin de una época. El ideal humanista que había creído posible conciliar la gloria antigua con la fe cristiana se desmoronó entre los escombros de San Pedro y las calles ensangrentadas del Trastévere. Roma fue el espejo donde Europa vio reflejada su propia corrupción, su ansia de poder y su pérdida de inocencia. Para Carlos y Francisco, aquel desastre no fue una victoria ni una derrota, sino un recordatorio de que la política había dejado de ser un arte moral para convertirse en un ejercicio de supervivencia.

DE TÚNEZ A NIZA

Tras el saqueo de Roma, Europa quedó sacudida y temerosa. Pero la rivalidad entre Carlos V y Francisco I no se extinguió: se transformó. A partir de 1529, el conflicto abandonó el terreno de la pura conquista italiana para convertirse en una lucha por la influencia mediterránea y por el prestigio simbólico ante un enemigo común: el islam otomano. En este nuevo escenario, el emperador buscó en el mar la confirmación de su destino providencial, mientras el rey de Francia optaba por una política audaz que escandalizaría a la cristiandad: la alianza con el sultán Solimán el Magnífico.

El punto de inflexión fue la llamada Paz de las damas, firmada en Cambrai en 1529. Fue una negociación de diplomacia femenina: la tía de Carlos, Margarita de Austria, y la madre de Francisco, Luisa de Saboya, lograron lo que los ejércitos no

habían conseguido. Francia aceptaba abandonar sus pretensiones italianas y liberar a los príncipes rehenes, mientras el emperador renunciaba formalmente a Borgoña. El acuerdo parecía restablecer la estabilidad, pero solo inauguró una tregua precaria. Detrás de la cortesía protocolaria persistía el recelo. Ambos monarcas sabían que la paz era una máscara sobre un resentimiento intacto.

Carlos aprovechó la pausa para proyectar su política hacia el Mediterráneo. La amenaza otomana, que desde 1521 había tomado Belgrado y sitiado Viena, se extendía por los Balcanes y el norte de África. Los corsarios de Barbarroja dominaban el mar desde Argel hasta Túnez, desafiando las rutas cristianas. En 1535, el emperador organizó una expedición colosal contra Túnez, presentada como una cruzada. Participaron flotas españolas, genovesas y pontificias, bajo el mando de Andrea Doria. Fue una empresa cuidadosamente calculada: Carlos buscaba restaurar su imagen después del escándalo de Roma y presentarse ante Europa como el defensor de la fe.

La campaña de Túnez combinó una brillante estrategia naval con una carga de teatralidad imperial. El desembarco, descrito con entusiasmo por los cronistas, se convirtió en un espectáculo simbólico. Carlos, vestido de armadura dorada, se presentó como el nuevo César cristiano que devolvía a la cristiandad su honor. La victoria fue rápida y contundente: Barbarroja se retiró, el rey de Túnez fue restablecido en el trono bajo vasallaje imperial y miles de cautivos cristianos fueron liberados. La propaganda transformó el episodio en un triunfo moral, aunque su efecto militar resultó efímero. Túnez volvió pronto a caer bajo influencia otomana, y la empresa, pese a su resonancia, agotó los recursos del Imperio.

Mientras tanto, Francisco observaba con creciente inquietud el resurgir del poder imperial. Temía que el emperador, dueño de Italia y del Mediterráneo occidental, cercara definitivamente a Francia. En lugar de unirse a la causa cristiana, optó por una política de alianzas contrarias a la ortodoxia: primero con los príncipes protestantes alemanes, luego con Solimán el Magnífico. Aquella alianza franco-otomana, sellada en 1536, escandalizó a la Europa católica. Por primera vez, un monarca cristiano se aliaba abiertamente con el islam contra otro príncipe cristiano. Pero la lógica de la razón de Estado había reemplazado a la de la religión.

La respuesta de Carlos fue inmediata. Reanudó la guerra en Provenza y el Piamonte, pero sin resultados decisivos. La maquinaria imperial, tan temible en su apogeo, empezaba a mostrar signos de desgaste. Las campañas se alargaban, el coste financiero era insoportable y la cohesión de sus dominios —desde Castilla hasta los Países Bajos— se resentía. Francisco, por su parte, envejecía entre la frustración y la melancolía, rodeado de cortesanos y artistas, incapaz de aceptar que su sueño italiano se había convertido en una quimera. La rivalidad, antaño épica, se degradaba en una sucesión de treguas, promesas rotas y alianzas cambiantes.

En 1538, ambos monarcas se encontraron por fin cara a cara en Niza, en un intento de reconciliación promovido por el papa Pablo III. Fue un episodio lleno de



ASC/WIKIPEDIA

Francisco I de Francia, conocido como el Padre y Restaurador de las Letras, el Rey Caballero y el Rey Guerrero, retratado por Jean Clouet entre 1527 y 1530.

simbolismo: dos hombres que habían devastado medio continente se miraban con la fatiga de quienes han comprendido que la gloria tiene un precio demasiado alto. No hubo firma solemne ni abrazo de paz, solo un breve encuentro en presencia del papa, que actuó como mediador. La crónica de Paolo Giovio describe el ambiente con ironía: «Se hablaron como hermanos y se despidieron como enemigos». Aun así, la entrevista marcó un punto de inflexión moral. Ambos comprendieron que la hegemonía ya no dependía de las victorias, sino de la supervivencia.

La rivalidad entre Carlos y Francisco, que había comenzado como un duelo de honor, terminaba transformándose en un desgaste mutuo. Detrás de las guerras, de los tratados y de las ceremonias, ambos monarcas fueron víctimas de su propio idealismo. Carlos perseguía una unidad cristiana que la realidad política hacía imposible; Francisco soñaba con un renacimiento caballeresco en una Europa dominada por contables y artilleros. La reunión de Niza simbolizó la derrota compartida de dos visiones del poder, tan grandiosas como anacrónicas.

A partir de entonces, el conflicto se diluyó lentamente. Francisco moriría en 1547, enfermo y desencantado; Carlos, en cambio, aún libraría batallas en Alemania y contra el turco, pero su espíritu había cambiado. Su mirada se volvió hacia el

LA RIVALIDAD NO DESTRUYÓ EUROPA: AYUDÓ A FUNDAR LA LÓGICA DE LOS ESTADOS MODERNOS

retiro, hacia la idea de la renuncia, preludio del final en Yuste. Las guerras de Italia, nacidas del esplendor renacentista, se apagaban en la penumbra de un siglo que descubría la modernidad entre ruinas. El Mediterráneo ya no sería un escenario de cruzadas, sino un tablero de equilibrios. Y la rivalidad entre los dos monarcas que habían dividido Europa quedaría como un eco de grandeza imposible.

La rivalidad entre Carlos V y Francisco I ha fascinado a los historiadores durante cinco siglos porque encierra, en una sola trama, la transformación profunda de Europa. No se trató únicamente de una lucha por territorios o prestigio, sino del enfrentamiento entre dos modelos de poder que simbolizan la crisis del ideal medieval y el nacimiento del orden político moderno. En su trasfondo laten los dilemas de todo un continente: religión, soberanía, equilibrio, identidad.

Los cronistas contemporáneos interpretaron el conflicto en clave moral. Paolo Giovio, embajador y humanista, veía en Carlos al príncipe de la fe y en Francisco al caballero del honor: dos virtudes renacentistas que chocaban por exceso. Guicciardini, más escéptico, entendió que ambos representaban los males de su tiempo: la ambición sin medida y la ilusión de grandeza. Su análisis, casi maquiavélico, anticipaba la visión de la política como un juego de fuerzas donde la moral era un lujo. En los relatos franceses, desde Brantôme hasta Du Bellay, la figura de Francisco se convierte en símbolo de orgullo trágico; en los españoles, Carlos encarna la mesura, la paciencia y la fe, aunque no sin sombras.

Durante el siglo XVII, la memoria de Pavía, Roma y Túnez fue absorbida por la literatura cortesana. Los cronistas imperiales como Sandoval o Sepúlveda consolidaron la imagen de Carlos como *defensor fidei*, heredero de los césares cristianos, mientras la historiografía francesa, más literaria, convirtió la derrota en epopeya patriótica. De este contraste nacería una dualidad persistente: el emperador prudente frente al rey apasionado, la razón frente al impulso. Esa tensión fue más duradera que sus propios reinos.

Desde la historia cultural, el contraste entre ambos ha sido también interpretado como un duelo de imaginarios. Francisco I representa el esplendor del Renacimiento cortesano, la exaltación del arte y la individualidad; Carlos V, la disciplina de la Contrarreforma, la *gravitas* del deber. Uno se rodeó de poetas y arquitectos; el otro de teólogos y burócratas. Uno buscó la gloria visible, el otro la invisible. En ese sentido, el enfrentamiento simboliza el tránsito entre dos concepciones del ser humano: la del hombre como creador y la del hombre como servidor de un orden superior.

El análisis más reciente, desde la perspectiva europea, subraya la paradoja del fracaso compartido. Ni el ideal imperial de Carlos ni la ambición nacional de Francisco lograron imponerse. Ambos fueron derrotados por las fuerzas impersonales de la modernidad: la burocracia, la deuda, la logística, la opinión pública. El propio Reinhard ha insistido en que el siglo XVI fue el laboratorio donde nació la «política europea», entendida como negociación continua entre Estados soberanos. En ese sentido, la rivalidad entre Carlos y Francisco no destruyó Europa: la fundó. ■

DE LA CONQUISTA AL IMPERIO

La América de Carlos V

Cristobal Colón y el descubrimiento de América, detalle de la *Alegoría de los dominios de Carlos V* de Cesare dell'Acqua (1821-1904).

ALBUM

En el otoño de 1517, cuando el joven Carlos desembarcó en la costa asturiana para asumir la Corona de Castilla, el mundo que heredaba estaba cambiando a una velocidad difícil de comprender incluso para sus contemporáneos. Apenas veinticinco años antes, en 1492, las naves de Colón habían abierto una ruta desconocida. Desde entonces, aquel espacio incierto había pasado de ser una promesa a convertirse en un escenario de tensiones, riquezas y conflictos. Carlos no solo heredaba territorios: heredaba un proceso en marcha cuyo desenlace aún estaba por escribirse. A su llegada, todavía era posible imaginar América como una prolongación incierta del Atlántico; cuando murió, ya era el eje de un sistema mundial.

Los Reyes Católicos habían fijado principios fundamentales. Isabel I insistió en que los indígenas eran vasallos libres de la Corona, y esa idea quedó plasmada en las Leyes de Burgos de 1512, uno de los primeros intentos europeos de legislar sobre pueblos recién incorporados a su dominio. Sin embargo, la realidad del Caribe desmentía en gran medida esa formulación jurídica. La encomienda, concebida como un sistema de tutela y evangelización, se transformó rápidamente en un mecanismo de explotación intensiva. Cronistas de la época describen pueblos enteros vaciados en pocos años, campos abandonados y rutas comerciales que desaparecían al mismo ritmo que la población indígena. En apenas dos décadas, La Española había pasado de ser un territorio densamente habitado a un espacio casi despoblado, obligando incluso a importar mano de obra esclava africana para sostener la economía.

Carlos heredó, por tanto, un proyecto ya iniciado, pero profundamente inestable. Su propia llegada al trono estuvo rodeada de tensiones: extranjero, rodeado de consejeros flamencos y ajeno a las dinámicas castellanas, tuvo que aprender con rapidez no solo a gobernar un reino, sino a interpretar un fenómeno completamente nuevo. América no era una frontera como las del Mediterráneo o Italia; era un espacio abierto, en expansión constante, donde la autoridad se construía sobre la marcha. Muy pronto comprendió que aquel territorio no podía ser tratado como una periferia, sino como un pilar estratégico. El Atlántico dejó de ser un límite geográfico para convertirse en una vía de circulación de hombres, riquezas e ideas.

MÉXICO Y EL CONFLICTIVO HERNÁN CORTÉS

La expansión decisiva comenzó casi de inmediato, pero en el caso de México no fue un avance lineal ni inevitable, sino una sucesión de decisiones arriesgadas, golpes de audacia y situaciones límite que pudieron haber terminado de forma muy distinta. En febrero de 1519, Hernán Cortés partió de Cuba hacia las costas del continente con once naves y unos seiscientos hombres. Lo hacía sin autorización clara del gobernador Diego Velázquez, lo que convertía la expedición en un acto de insubordinación tanto como de conquista. Desde el primer momento, Cortés entendió que su única opción era el éxito: si fracasaba, no solo perdería la empresa, sino que se enfrentaría a la justicia de la Corona.

Tras tocar tierra en la isla de Cozumel y continuar hasta la costa de lo que hoy es Veracruz, Cortés comenzó a desplegar una estrategia política tan importante como la militar. En abril de 1519 fundó el primer asentamiento, la Villa Rica de la Vera Cruz, y con ese gesto se desligó formalmente de la autoridad de Velázquez para



SHUTTERSTOCK

En 1519, Hernán Cortés ordenó inutilizar sus naves en la costa de Veracruz para impedir la deserción y obligar a sus hombres a continuar la expedición. Arriba, copia de una pintura de Francisco Sanz de *Historia General de España,* de Miguel Morayta, vol. III, Madrid, 1890.

ponerse directamente bajo la del rey. Era una jugada calculada: al crear un cabildo, sus propios hombres lo eligieron capitán general y justicia mayor, legitimando así su mando. Pocos meses después, en julio, ordenó inutilizar sus naves. Más allá del componente simbólico que la tradición ha magnificado, la decisión respondía a una lógica precisa: impedir deserciones y asegurar la cohesión de un grupo que avanzaba hacia lo desconocido.

La marcha hacia el interior fue, desde el principio, una negociación constante. Los españoles no se enfrentaban a un imperio uniforme, sino a una red compleja de ciudades y pueblos sometidos a Tenochtitlan, muchos de ellos resentidos por el sistema tributario mexica. En ese contexto, la batalla contra los tlaxcaltecas en agosto de 1519 fue decisiva. Tras varios días de duros combates, aquellos enemigos potenciales se convirtieron en aliados fundamentales. La alianza no fue un simple acuerdo militar, sino una auténtica integración de intereses: miles de guerreros tlaxcaltecas acompañarían a los españoles en las campañas posteriores, aportando un conocimiento del terreno y una capacidad de movilización que los europeos no tenían.

A medida que avanzaban, la percepción de los españoles fue cambiando. Lo que en un principio parecía un territorio exótico se revelaba como un espacio densamente poblado, con mercados organizados, rutas comerciales estables y una autoridad central que estructuraba el conjunto. Cuando el 8 de noviembre de 1519 Cortés y sus hombres entraron en Tenochtitlan, la impresión fue tan intensa que muchos la describieron en términos casi irreales. Bernal Díaz del Castillo recordaría cómo algunos soldados se preguntaban si aquello no sería un sueño. La ciudad,

levantada sobre una laguna, con templos que dominaban el horizonte y calzadas que conectaban sus barrios, superaba todo lo que habían visto hasta entonces.

El encuentro con Moctezuma añadió una dimensión política inesperada. El emperador mexica recibió a Cortés con ceremonias que los españoles interpretaron como signos de sumisión, aunque probablemente respondían a códigos diplomáticos propios. Durante meses, la convivencia fue tensa y ambigua. Cortés llegó a retener a Moctezuma como rehén, intentando gobernar a través de él, pero el equilibrio era extremadamente frágil. La situación se deterioró rápidamente en 1520, cuando la matanza del Templo Mayor, ordenada por Pedro de Alvarado durante una ceremonia religiosa, desencadenó una rebelión general.

La muerte de Moctezuma y el levantamiento obligaron a los españoles a huir en la noche del 30 de junio de 1520. La llamada Noche Triste fue uno de los episodios más dramáticos de la conquista. Muchos hombres de Cortés, cargados con el oro acumulado, murieron ahogados o en combate durante la retirada. Pero, lejos de abandonar, Cortés reorganizó sus fuerzas en Tlaxcala y preparó el asedio final. Construyó brigantinos —pequeñas embarcaciones desmontables— para controlar la laguna y, desde mayo de 1521, inició una operación de bloqueo de suministros, combates diarios y avance progresivo. El hambre, la enfermedad —especialmente la viruela, que había llegado poco antes— y la presión militar fueron debilitando la resistencia. El 13 de agosto de 1521, tras tres meses de asedio, la ciudad cayó. La captura de Cuauhtémoc puso fin a la resistencia organizada. Tenochtitlan quedó devastada, y sobre sus ruinas comenzaría a levantarse la ciudad de México, símbolo de un nuevo orden.

La relación entre Cortés y Carlos V se fue definiendo en paralelo a estos acontecimientos. Desde el primer momento, el conquistador entendió que necesitaba el reconocimiento del rey para consolidar su posición, por eso, sus *Cartas de relación*, enviadas entre 1519 y 1526, no eran simples informes, sino auténticas piezas de construcción política. En ellas describía las riquezas del territorio, la organización del imperio mexica y las oportunidades que ofrecía su incorporación a la monarquía. Carlos V, que nunca pisó América, conoció México a través de esas páginas y no hay duda de que supo valorar la magnitud del logro, pero también percibió el peligro.

Cortés acumuló un poder enorme en Nueva España, lo que despertó recelos en la corte de Carlos V. Para controlarlo, se creó la Primera Audiencia de México en 1528, presidida por Nuño de Guzmán, uno de sus principales enemigos. Este gobernó de forma brutal y aprovechó su posición para perseguir a los partidarios de Cortés, abrir procesos contra él y minar su autoridad. Fue uno de los enfrentamientos más duros y personales.

También tuvo conflictos con los oficiales reales enviados para fiscalizar su gestión, como los llamados «visitadores», funcionarios que investigaban abusos, corrupción o exceso de poder. Cortés se defendió constantemente mediante pleitos,

LA LLAMADA NOCHE TRISTE (EL 30 DE JUNIO DE 1520) FUE UNO DE LOS EPISODIOS MÁS DRAMÁTICOS DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

HERNÁN CORTÉS ACUMULÓ UN PODER ENORME. PARA CONTROLARLO SE CREÓ LA PRIMERA AUDIENCIA DE MÉXICO EN 1528

informes y viajes a la corte. De hecho, fue obligado a regresar a la península en 1528 y nuevamente lo haría en 1540, buscando el favor real y defendiendo sus derechos.

Más adelante, el enfrentamiento estructural fue con la propia institución virreinal. Aunque Cortés nunca llegó a enfrentarse directamente con un virrey en ejercicio prolongado —porque cuando se creó el virreinato en 1535 ya estaba apartado del gobierno efectivo—, sí chocó con la lógica que representaba. El primer virrey, Antonio de Mendoza, simboliza ese cambio: el poder dejaba de estar en manos de conquistadores para pasar a funcionarios leales a la Corona. Cortés quedó relegado a un papel secundario, con grandes propiedades, pero sin control político real.

Sin duda, uno de los episodios más significativos de la relación entre conquistador y emperador tuvo lugar en 1540, cuando el de Medellín, ya envejecido, se presentó ante Carlos V en Toledo. Según las crónicas se se abrió paso entre la multitud y, al no ser reconocido por el monarca, se identificó con una frase que resume su trayectoria: «Soy el hombre que más tierras ha dado a Vuestra Majestad que ninguno de sus vasallos». La respuesta del emperador fue más fría de lo que Cortés esperaba. El tiempo de los conquistadores estaba dando paso al de los administradores.

Así, la conquista de México no fue solo una serie de batallas, sino un proceso en el que se definieron las bases del poder imperial en América. La audacia individual de Cortés abrió el camino, pero fue la intervención de la Corona la que transformó esa conquista en parte de un sistema más amplio. En ese tránsito, lleno de tensiones, se encuentra una de las claves del reinado de Carlos V: la capacidad de convertir empresas personales en estructuras imperiales duraderas, sin eliminar nunca del todo el conflicto que las había hecho posibles.

LA CONQUISTA CONTINÚA

Mientras en México se consolidaba el dominio tras la caída de Tenochtitlan, la expansión hacia el sur no siguió un plan uniforme dictado desde España, sino que avanzó impulsada por la iniciativa de los propios capitanes, que actuaban con amplios márgenes de autonomía. En ese contexto, la figura de Pedro de Alvarado y Contreras adquiere un relieve particular. Nacido en Badajoz hacia 1485 y formado en el ambiente militar de las primeras expediciones antillanas, Alvarado había participado en la conquista de México como uno de los hombres de confianza de Hernán Cortés. Su protagonismo en episodios como la matanza del Templo Mayor en 1520 —durante la ausencia de Cortés— marcó ya su trayectoria: decidido, eficaz en la acción, pero también capaz de desencadenar situaciones de extrema violencia en contextos de gran tensión política.

Tras la caída de Tenochtitlan en agosto de 1521, Cortés comenzó a delegar en sus capitanes la expansión hacia los territorios del sur. En diciembre de 1523, Alvarado partió desde México con un contingente relativamente reducido de es-

pañoles —en torno a 300 hombres—, acompañado, como en el caso mexicano, por miles de aliados indígenas, en especial tlaxcaltecas. Este dato es esencial: la conquista de Guatemala no fue una empresa exclusivamente europea, sino una prolongación de las alianzas mesoamericanas que habían hecho posible la caída del imperio mexica.

El avance hacia Guatemala estuvo marcado desde el principio por enfrentamientos con estructuras políticas complejas. Uno de los episodios más conocidos tuvo lugar en febrero de 1524, en la región de Xelajú, donde las fuerzas de Alvarado se enfrentaron a los quichés. La batalla de El Pinar —o de Xelajú— no fue un simple choque desigual, como a veces se ha presentado, sino un enfrentamiento en el que los españoles y sus aliados tuvieron que adaptarse a un terreno difícil y a una resistencia organizada. La victoria se apoyó, efectivamente, en la caballería y en el uso de armas de fuego, pero también en la coordinación con los contingentes indígenas aliados, que conocían bien el territorio y las tácticas locales.

Tras esta victoria, Alvarado avanzó hacia Iximché, capital de los cakchiqueles, que inicialmente optaron por aliarse con los españoles, en parte como estrategia frente a sus rivales quichés. En julio de 1524 se fundó Santiago de Guatemala en las inmediaciones de esa ciudad, lo que muestra hasta qué punto la conquista se apoyaba en equilibrios políticos locales. Sin embargo, esa alianza fue breve. Las exigencias de tributo, el comportamiento de las tropas y la lógica de la ocupación provocaron una rápida ruptura.

En 1526, los cakchiqueles se rebelaron, iniciando un conflicto que obligó a los españoles a abandonar la primera ubicación de la ciudad y a reorganizar su dominio en la región.

Este proceso ilustra bien que la expansión en Centroamérica no fue una conquista lineal ni definitiva, sino una sucesión de campañas, alianzas y rebeliones. Alvarado tuvo que enfrentarse a un escenario en el que el control efectivo del territorio era siempre provisional. Las fuentes indígenas, como los *Anales* de los cakchiqueles, permiten reconstruir esa complejidad, mostrando no solo la acción española, sino también las decisiones estratégicas de los propios pueblos indígenas.

En El Salvador, la campaña contra los pipiles en 1524 ofrece otro ejemplo significativo. En la batalla de Acajutla, Alvarado resultó gravemente herido en una pierna, una lesión que arrastraría durante el resto de su vida. Este episodio, a menudo pasado por alto, revela hasta qué punto la conquista implicaba

ENLACE AL CANAL
x.com/byneontelegram
x.com/byneontelegram
Ó escanea el código QR:



ASC

En la imagen, ilustración del *Manuscrito de Glasgow* representando a Pedro de Alvarado liderando a los guerreros tlaxcaltecas en la Guerra de Cuzcatlán.

riesgos personales directos para los propios capitanes. Lejos de la imagen de dominio absoluto, encontramos situaciones en las que el resultado no estaba garantizado y en las que la resistencia indígena podía infligir daños considerables.

La figura de Alvarado, apodado «Tonatiuh» por algunos grupos indígenas —probablemente por su apariencia física—, ha sido objeto de interpretaciones muy polarizadas. Las crónicas españolas tienden a destacar su valor y su eficacia militar, mientras que algunas tradiciones indígenas lo recuerdan como un líder duro y exigente. Desde una perspectiva historiográfica, conviene situarlo en su contexto: un capitán formado en una cultura de guerra fronteriza, que actuaba dentro de una lógica de expansión en la que la rapidez, la iniciativa y la capacidad de imponerse en situaciones inciertas eran cualidades decisivas.

Tras consolidar parcialmente su posición en Guatemala, el pacense amplió su radio de acción. Participó en expediciones hacia Honduras, donde entró en conflicto con otros capitanes como Cristóbal de Olid, enviado inicialmente por Cortés. Estos enfrentamientos entre españoles muestran que la expansión no fue solo una empresa contra sociedades indígenas, sino también un proceso de competencia interna por el control del territorio y de las riquezas.

En la década de 1530, intentó proyectarse hacia el Pacífico sur, organizando una expedición a Perú que no prosperó, en parte por la consolidación del poder de Francisco Pizarro en la región. Una década después, en julio de 1541, Pedro de Alvarado morirá en Guadalajara, Reino de la Nueva Galicia, Virreinato de la Nueva España. Será durante una campaña contra pueblos indígenas en la región de Mixtón, tras caer de su caballo en medio de una operación militar.

En conjunto, la acción de Pedro de Alvarado en Centroamérica muestra una dinámica distinta a la de México o Perú. No hubo una gran capital cuya caída determinara el control del territorio, ni un poder centralizado que pudiera ser sustituido. La conquista fue, en este caso, más fragmentaria, más prolongada y más dependiente de las alianzas cambiantes. Lejos de los relatos simplificados, lo que encontramos es un proceso complejo, en el que la iniciativa individual de capitanes como Alvarado se combinó con las estrategias de los propios pueblos indígenas y con la intervención progresiva de la Corona, que trató de integrar estos territorios en una estructura administrativa más estable.

RUMBO AL SUR

Más al sur, comenzaba a gestarse una empresa aún más ambiciosa, aunque también más incierta en sus inicios. Francisco Pizarro, de origen humilde y sin formación letrada en su juventud, se había forjado en el ambiente de las primeras expediciones caribeñas y en las duras campañas de Panamá, donde adquirió experiencia en la exploración de territorios desconocidos. Asociado con Diego de Almagro y el clérigo Hernando de Luque, impulsó varias tentativas hacia el sur

LA COLONIZACIÓN FUE TAMBIÉN UNA LUCHA ENTRE ESPAÑOLES POR CONTROLAR EL TERRITORIO Y LAS MUCHAS RIQUEZAS



ASC/WIKIPEDIA

Los 13 de la Isla del Gallo, óleo de Juan B. Lepiani, que representa a Francisco Pizarro en la isla del Gallo, invitando a sus soldados a cruzar la línea trazada en el suelo.

que estuvieron marcadas por el fracaso, el hambre y la deserción. Aquellos primeros viajes, lejos de la imagen épica posterior, fueron precarios y peligrosos, con episodios como la célebre escena de la isla del Gallo, donde Pizarro trazó una línea en la arena invitando a sus hombres a decidir entre regresar o continuar. Ese gesto, más simbólico que determinante, refleja bien la lógica de estas empresas: perseverancia en condiciones extremas y liderazgo personal.

El punto de inflexión llegó en 1529 con la Capitulación de Toledo, por la que Carlos V autorizaba a Pizarro para conquistar y gobernar las tierras que descubriera, además de títulos y privilegios. Este respaldo legal, aunque condicionado, convirtió la empresa en una iniciativa reconocida por la Corona, aunque su ejecución seguiría dependiendo en gran medida de los propios conquistadores.

Cuando Pizarro desembarcó en las costas del actual Ecuador en 1532, lo hacía con apenas unos 180 hombres, una fuerza reducida para enfrentarse a un imperio como el inca. Sin embargo, la coyuntura jugaba a su favor. El Tahuantinsuyo atravesaba una profunda crisis tras la guerra civil entre Atahualpa y Huáscar, un conflicto que había debilitado las estructuras políticas y fracturado las lealtades internas. Como había ocurrido en México, la conquista no se produjo sobre un sistema estable, sino sobre un escenario de tensiones previas.

El episodio de Cajamarca, en noviembre de 1532, resume esa combinación de oportunidad, cálculo y riesgo. Atahualpa, vencedor reciente en la guerra civil, acudió a entrevistarse con los españoles en un contexto que él consideraba controlado. La emboscada organizada por Pizarro transformó ese encuentro en un golpe decisivo. La irrupción de la caballería y el uso de armas de fuego provocaron desconcierto entre los incas, poco familiarizados con ese tipo de combate. En pocas

horas, el emperador fue capturado. Más allá del impacto militar, la acción tuvo una enorme carga política: al apoderarse del Inca, los españoles desarticulaban el centro simbólico del poder.

La personalidad de Pizarro se refleja con claridad en este episodio. Menos dado que Cortés a la negociación prolongada y al juego diplomático, optó por una acción directa, concentrada y de alto riesgo. Su liderazgo, basado más en la autoridad personal que en la retórica, fue determinante para mantener la cohesión de un grupo reducido en una situación extremadamente delicada.

El rescate de Atahualpa añadió una dimensión que pronto alimentaría la imaginación europea. La promesa de llenar una sala de oro y dos de plata generó una movilización de riquezas sin precedentes. Durante meses, llegaron objetos de todo el imperio, muchos de ellos fundidos posteriormente para su reparto. Sin embargo, ese despliegue no alteró el desenlace. En julio de 1533, Atahualpa fue ejecutado tras un juicio sumario, en una decisión que generó dudas incluso entre los propios conquistadores. Con su muerte desaparecía la figura que podía haber servido como eje de negociación o de legitimación.

Ese mismo año, los españoles entraron en Cuzco, el corazón político y simbólico del imperio. Como en México, la conquista no implicó una ruptura total con el pasado. Se reutilizaron estructuras administrativas, se mantuvieron formas de organización del trabajo y se establecieron alianzas con sectores locales. Sin embargo, ese equilibrio era frágil y dependía en gran medida de la capacidad de los conquistadores para gestionar un territorio vasto y diverso.

Las tensiones no tardaron en trasladarse al interior del propio grupo conquistador. Pizarro y Almagro, socios en la fase inicial, comenzaron a enfrentarse por el



ASC/WIKIPEDIA

Arriba, óleo de Juan Lepiani que representa la captura de Atahualpa en Cajamarca.

EN 1541, UN GRUPO DE DOCE PARTIDARIOS DE ALMAGRO ASALTÓ LA RESIDENCIA DE PIZARRO EN LIMA Y LO ASESINÓ

reparto de tierras, riquezas y jurisdicciones. La disputa desembocó en un conflicto abierto que culminó en la batalla de Las Salinas en 1538, donde Almagro fue derrotado y posteriormente ejecutado. Lejos de cerrar la crisis, este episodio profundizó las divisiones. El 26 de junio de 1541, un grupo de 12 partidarios de Almagro, comandados por Juan de Rada asaltó la residencia de Pizarro en Lima y lo asesinó. Una versión muy extendida atribuye a Rada la estocada mortal en la garganta que acabó con la vida del marqués gobernador.

Estos acontecimientos ponen de relieve un aspecto esencial de la conquista del Perú: no fue solo un proceso de sometimiento de un imperio indígena, sino también una lucha interna entre conquistadores por el control del poder. La autoridad, en estos primeros años, era inestable y dependía más de equilibrios personales que de estructuras consolidadas. Solo con la intervención progresiva de la Corona, a través de instituciones como el virreinato, se intentaría reconducir esa situación hacia un modelo más estable y centralizado.

MÁS ALLÁ DE PERÚ

Mientras tanto, otras regiones del continente vivían procesos similares, aunque con características propias. Gonzalo Jiménez de Quesada emprendió en 1536 una de las expediciones más duras de la conquista. Partiendo desde la costa del Caribe, se internó en el interior de lo que hoy es Colombia, atravesando selvas, ríos y zonas pantanosas. De los cerca de 800 hombres que iniciaron la expedición, apenas unos cientos llegaron al altiplano. Allí, en 1538, fundó Santa Fe de Bogotá sobre el territorio de los muiscas, una sociedad organizada pero menos centralizada que los imperios mexica o inca. En Chile, Pedro de Valdivia se enfrentó a un escenario completamente distinto. Desde 1540, su avance estuvo marcado por la resistencia constante de los mapuches, un pueblo que no había desarrollado un estado centralizado, pero que mostró una enorme capacidad de organización militar. A diferencia de México o Perú, donde la conquista se apoyó en estructuras existentes, en Chile la guerra se prolongó durante décadas, sin una victoria definitiva. Valdivia, hombre disciplinado y metódico, combinó la fundación de ciudades con campañas militares, pero acabó muriendo en combate en 1553. En el área del Río de la Plata, la experiencia fue aún más incierta. Pedro de Mendoza fundó en 1536 un primer asentamiento en Buenos Aires, pero las dificultades fueron enormes: hambre, conflictos con las poblaciones indígenas y aislamiento. La ciudad tuvo que ser abandonada pocos años después. La conquista en esta región avanzó con mucha más lentitud, mostrando que el modelo de México o Perú no era replicable en todos los territorios. Ante este panorama, Carlos V comprendió que la conquista debía ir acompañada de una organización más sólida.

El Real y Supremo Consejo de las Indias, que se creó en 1524 y funcionó hasta 1834, fue el órgano supremo de gobierno del Imperio español en América y las In-

EN EL AÑO 1524 SE CREÓ EL CONSEJO DE INDIAS, QUE CENTRALIZABA LA TOMA DE DECISIONES SOBRE AMÉRICA

dias Orientales españolas. Con dependencia directa del monarca (los pocos miembros que lo formaban, entre seis y diez, eran nombrados por él), tuvo enormes poderes políticos, militares, económicos y judiciales sobre las colonias y los funcionarios en los siglos XVI y XVII.

El Consejo de Indias, centralizaba la toma de decisiones sobre América y desde allí se intentaba legislar una realidad extremadamente diversa. La creación del virreinato de Nueva España en 1535 y del Perú en 1542 respondió a la necesidad de reforzar la autoridad directa del rey frente a los conquistadores. Sin embargo, el control nunca fue completo. Las órdenes tardaban meses en cruzar el Atlántico, y su aplicación dependía de contextos locales. En la práctica, el poder se negociaba constantemente entre funcionarios, conquistadores y élites locales. Esa tensión entre centralización y autonomía se convirtió en una característica permanente del sistema.

En el plano económico, el gran cambio llegó a partir de la década de 1540 con el descubrimiento de las minas de Potosí en 1545. La montaña de plata transformó el equilibrio del imperio. En pocos años, la ciudad creció de forma espectacular, atrayendo a miles de personas de distintas procedencias. Los cronistas describen un lugar donde convivían riqueza y miseria, lujo y precariedad, en una actividad incesante en torno a la extracción de metal. Pero esa prosperidad tenía un coste enorme. El sistema de mita obligaba a comunidades enteras a enviar trabajadores a las minas. Las condiciones eran extremadamente duras: largas jornadas, falta de oxígeno, exposición al mercurio. La mortalidad era elevada, y muchas comunidades quedaron debilitadas o despobladas. La riqueza de Potosí se construía sobre ese esfuerzo invisible. La plata fluía hacia Sevilla, desde donde se redistribuía por Europa y, en parte, hacia Asia. Este circuito convirtió a la monarquía en una potencia global, pero también generó desequilibrios. La abundancia de metales preciosos provocó inflación y una creciente dependencia económica. Castilla recibía riquezas, pero no siempre las transformaba bien.



ASC/WIKIPEDIA

Nueva recopilación del año 1681, en tiempos de Felipe IV, de las ordenanzas del Consejo Real de las Indias.

En este entramado, la sociedad americana se configuró como un mosaico complejo. Peninsulares, criollos, mestizos, indígenas y africanos formaban

una estructura jerárquica, pero también cambiante. El mestizaje generó nuevas identidades, nuevas formas de convivencia y también nuevas tensiones sociales. En el centro de todo seguía estando la cuestión indígena. Las Leyes Nuevas de 1542 intentaron limitar los abusos, pero su aplicación encontró resistencias inmediatas.

CONFLICTOS, LÍMITES Y CONSOLIDACIÓN DEL PODER IMPERIAL

Las tensiones que se habían ido acumulando desde las primeras conquistas estallaron con especial intensidad en el Perú, donde la riqueza del territorio y la magnitud de las encomiendas habían generado una élite de conquistadores con aspiraciones cada vez más cercanas a un poder autónomo. No se trataba solo de ambición individual, sino de que quienes habían arriesgado su vida y capital en la conquista consideraban legítimo consolidar un dominio duradero sobre tierras y poblaciones. La promulgación de las Leyes Nuevas en 1542, que pretendían limitar ese poder, evitar la perpetuación de las encomiendas y reforzar la autoridad directa de la Corona, fue percibida como una amenaza frontal a ese modelo. Para muchos encomenderos, aquellas disposiciones no eran una reforma, sino una expropiación encubierta.

En 1544, la tensión latente se transformó en abierta rebelión bajo el liderazgo de Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú. La figura del virrey Blasco Núñez Vela, enviado para aplicar las nuevas leyes, se convirtió en el símbolo de un poder real rechazado. Su enfrentamiento con los encomenderos culminó en su derrota y muerte en la batalla de Añaquito en 1546, un episodio que dejó al descubierto la fragilidad del control imperial. Durante varios años, amplias zonas del virreinato quedaron fuera del dominio efectivo de la Corona. En ciudades como Lima o Cuzco, el poder se sostenía más en la lealtad personal y en la fuerza de las armas que en la autoridad institucional.

La respuesta de Carlos V fue tan singular como reveladora. En lugar de enviar un gran ejército, optó por confiar la pacificación a Pedro de la Gasca, un clérigo sin experiencia militar, pero dotado de una notable capacidad política. Llegado al Perú en 1547, su estrategia se basó en una combinación de diplomacia, promesas de perdón y hábil negociación. Poco a poco fue desarticulando el apoyo a Gonzalo Pizarro, atrayendo a



ASC/WIKIPEDIA

Decapitación de Gonzalo Pizarro (ilustración del siglo XVIII), líder de la Gran Rebelión de Encomenderos de 1544 contra la Corona española.

LA ESTRECHA RELACIÓN ENTRE MONARQUÍA E IGLESIA CONVIRTIÓ LA EVANGELIZACIÓN EN UNA HERRAMIENTA POLÍTICA, ADEMÁS DE RELIGIOSA

sus partidarios y aislando al núcleo rebelde. La resolución del conflicto en la batalla de Jaquijahuana en 1548, donde Pizarro fue derrotado y ejecutado, no solo restableció la autoridad real, sino que dejó una enseñanza duradera: el imperio no podía sostenerse únicamente por la fuerza, sino por la gestión inteligente de lealtades y equilibrios.

Este episodio puso de manifiesto la naturaleza del sistema imperial en América. La monarquía no disponía de un control directo y permanente sobre el territorio, sino que dependía de una red de intermediarios y de acuerdos tácitos. Gobernar significaba integrar intereses diversos, negociar con élites locales y, en ocasiones, ceder parcialmente para evitar rupturas mayores. El poder no era absoluto ni homogéneo, sino el resultado de un equilibrio siempre inestable entre la autoridad central y las dinámicas locales.

En ese contexto, la Iglesia desempeñó un papel fundamental como elemento de cohesión. A través del patronato regio, la Corona controlaba en gran medida la organización eclesiástica en América, proponía obispos, definía diócesis y supervisaba la actividad religiosa. Esta relación estrecha entre monarquía e Iglesia convirtió la evangelización en una herramienta no solo espiritual, sino también política. La religión actuaba como un lenguaje común que permitía integrar territorios y poblaciones diversas dentro de un mismo marco cultural.

Las órdenes religiosas —franciscanos, dominicos y agustinos— fueron protagonistas de ese proceso. Desde las primeras décadas del siglo XVI se extendieron por el continente, aprendiendo lenguas indígenas, elaborando gramáticas y catecismos, y fundando escuelas y centros de enseñanza. En algunos casos, su labor adquirió un carácter casi etnográfico, al intentar comprender las estructuras sociales y culturales de los pueblos con los que convivían. Al mismo tiempo, no faltaron voces críticas que denunciaron los abusos del sistema colonial, generando tensiones dentro del propio entramado imperial.

Pero la acción misionera también implicó una transformación profunda del mundo indígena. Templos destruidos o reutilizados, cultos prohibidos y nuevas formas de religiosidad impuestas configuraron un paisaje cultural radicalmente distinto. Sin embargo, este proceso no fue uniforme. En muchos lugares se produjo una adaptación mutua, en la que elementos cristianos se mezclaron con tradiciones locales, dando lugar a prácticas híbridas que desbordaban el control de las autoridades.

La consolidación del poder imperial se apoyó también en la creación de instituciones educativas. En 1551 se fundaron las universidades de México y Lima, siguiendo el modelo de Salamanca. Estas instituciones no solo formaban a las élites criollas, sino que contribuían a reproducir el sistema cultural y administrativo europeo en América. A través de ellas se difundían el derecho castellano, la teología

y los saberes que sustentaban la estructura imperial, creando una élite capaz de gobernar y administrar en nombre del rey.

Paralelamente, América se integraba en una red global de intercambios. La expedición de Magallanes y Elcano entre 1519 y 1522 había demostrado de forma práctica la conexión entre los océanos y la dimensión planetaria del mundo. Aunque el sistema regular del galeón de Manila se desarrollaría más adelante, ya en tiempos de Carlos se intuía la posibilidad de un circuito económico que uniera Europa, América y Asia. La plata americana comenzaba a recorrer distancias inéditas, alimentando redes comerciales que acabarían alcanzando mercados tan lejanos como los de China.

LA EXPEDICIÓN ELCANO-MAGALLANES

Llegados a este punto, conviene pararnos un momento en un capítulo del reinado de Carlos V que no es conquista territorial americana directa, pero sí cierra el círculo de ese imperio global con el que soñaba: la ya mencionada expedición Elcano-Magallanes. Y es que, con ella el Nuevo Mundo deja de ser un destino para convertirse en parte de una red planetaria. Es, en realidad, el momento en el que el imperio español se vuelve mundial.

El proyecto nació en un contexto de rivalidad con Portugal, que controlaba la ruta oriental hacia Asia. Castilla buscaba una vía occidental hacia las especias. Fernando de Magallanes, marino portugués al servicio de Carlos, logró el respaldo real, y el 20 de septiembre de 1519 partieron cinco naves desde Sanlúcar de Barrameda con unos 250 hombres. Era una empresa arriesgada, marcada desde el inicio por tensiones internas y por la desconfianza hacia su líder. De hecho, a medida que descendían por la costa sudamericana, la dureza del viaje provocó motines (en San



ASC/WIKIPEDIA

TRAS LA GESTA DE ELCANO TODO CAMBIÓ. LA MONARQUÍA DE CARLOS V PASÓ A ABARCAR VARIOS CONTINENTES Y OCÉANOS

Julián, Magallanes sofocó una rebelión con dureza, consolidando su autoridad). La travesía fue lenta y peligrosa y una de las naves desertó.

La expedición tenía el inédito propósito de abrir una ruta comercial con las islas de las especias (islas Molucas, Indonesia) por occidente, buscando un paso marítimo entre el océano Atlántico y el océano Pacífico. Paso que finalmente hallaron. Se trataba de un complejo sistema de canales que hoy conocemos como estrecho de Magallanes y que lograron cruzar el 28 de noviembre de 1520. Al salir al Pacífico, se enfrentaron a una realidad inesperada: un océano inmenso. Durante meses navegaron sin encontrar tierra, sufriendo hambre extrema y enfermedades. Las crónicas relatan hasta qué punto la tripulación estuvo al límite de la supervivencia.

Cuando alcanzaron Filipinas, en abril de 1521, la expedición cambió de rumbo. Magallanes intentó intervenir en conflictos locales y murió en la batalla de Mactán.Sin su liderazgo la empresa quedó debilitada. No obstante, se logró continuar hasta las Molucas, objetivo de su empresa, donde eligieron al marino de Guetaria Juan Sebastián Elcano para capitanear un viaje de regreso que se presentaba aún más arriesgado. El vasco asumió el mando de la nao Victoria —la única que completó la vuelta al mundo— y decidió volver por la ruta portuguesa, rodeando África. Así navegando hacia el oeste, tras una travesía que fue durísima y con una tripulación diezmada, solo 18 hombres, el 6 de septiembre de 1522 la embarcación arribó a Sanlúcar de Barrameda.

Aunque la ruta occidental resultó larga y costosa, y la competencia con Portugal continuó, el significado histórico fue decisivo. América pasó a ocupar un lugar central en la articulación global. Para Carlos V, esto supuso un cambio fundamental: su monarquía ya no era un conjunto de territorios dispersos, sino una estructura que abarcaba varios continentes y océanos.

LA VIDA EN LA AMÉRICA DE CARLOS V

El funcionamiento cotidiano del sistema dependía de una pluralidad de actores. Virreyes, oidores, gobernadores, cabildos, comerciantes, religiosos y élites locales participaban en la construcción del poder. Las decisiones tomadas en la corte podían tardar medio año en llegar a su destino, y su aplicación estaba condicionada por las circunstancias locales. En muchos casos, la ley se interpretaba más que se ejecutaba, y la distancia entre la norma y la práctica se convertía en una característica estructural del sistema.

En este contexto, la sociedad colonial se consolidó como un entramado jerárquico, pero también dinámico. El mestizaje no solo fue un fenómeno biológico, sino también cultural, generando nuevas formas de identidad y de convivencia. Las ciudades crecieron como espacios donde se concentraban el poder político, la actividad económica y la vida cultural, convirtiéndose en escenarios donde se hacía visible la complejidad del imperio.

Sin embargo, las sombras del sistema eran innegables. La caída de la población indígena en el siglo XVI constituye uno de los procesos más dramáticos de la historia. Las epidemias, especialmente la viruela, jugaron un papel devastador, pero también lo hicieron las nuevas condiciones de trabajo, las migraciones forzadas y la ruptura de las estructuras sociales tradicionales. En muchas regiones, el impacto fue tan profundo que alteró de forma irreversible el equilibrio demográfico.

El sistema de mita en el Perú, heredado en parte de prácticas prehispánicas, fue intensificado para servir a las necesidades de la minería, especialmente en Potosí. Cada año, miles de indígenas eran obligados a desplazarse desde sus comunidades para trabajar en las minas, en condiciones extremadamente duras. La riqueza que fluía hacia Europa tenía su origen en ese esfuerzo humano, muchas veces invisible en los relatos oficiales.

A pesar de los intentos de reforma, como las Leyes Nuevas, la estructura básica del sistema colonial se mantuvo. La Corona logró introducir límites y corregir algunos excesos, pero no pudo —o no quiso— transformar completamente las dinámicas de explotación que sostenían el imperio. Esa tensión entre ideal y realidad se convirtió en uno de los rasgos del dominio español en América.

BALANCE FINAL

Cuando Carlos V abdicó en 1556, retirándose a Yuste tras haber dividido sus dominios entre su hijo Felipe y su hermano Fernando, el mundo que dejaba atrás era irreconocible respecto al que había heredado en 1516. América ya no era un



ASC/WIKIPEDIA

Fragmento dedicado a la medicina prehispánica en el mural *El pueblo en demanda de salud,* pintado por Diego Rivera en 1952 (Centro Médico Nacional La Raza de Ciudad de México).

territorio incierto ni una empresa en construcción, sino el eje fundamental de la monarquía. En apenas cuatro décadas, el proceso iniciado por los Reyes Católicos había alcanzado una escala sin precedentes. Desde las Antillas hasta los altiplanos andinos, pasando por las grandes capitales virreinales, el dominio español se había consolidado como una realidad política, económica y cultural profundamente arraigada.

Ese crecimiento vertiginoso tuvo algo de improvisado y algo de planificado. Carlos V nunca diseñó desde el inicio un modelo acabado de imperio americano. Su gobierno fue, en gran medida, reactivo, adaptándose a los acontecimientos que se sucedían a gran velocidad. Las conquistas de México y Perú no fueron fruto de una estrategia centralizada, sino de iniciativas individuales que la Corona supo incorporar después a su estructura. Esa capacidad de integración fue, precisamente, una de las claves de su éxito.

Sin embargo, esa misma expansión reveló desde el principio sus contradicciones. El ideal jurídico heredado de Isabel I, que consideraba a los indígenas como vasallos libres, convivía con prácticas de explotación que, en muchos casos, desmentían ese principio. Las leyes protectoras coexistían con sistemas de trabajo forzado, y la voluntad reformadora chocaba con los intereses de los grupos dominantes en América. Esta tensión no fue una anomalía puntual, sino una característica estructural del sistema.

Aun así, Carlos logró algo que pocos monarcas de su tiempo pudieron alcanzar: construir una arquitectura institucional capaz de sostener un imperio a escala continental. El Consejo de Indias, los virreinatos, las audiencias y los cabildos formaron una red administrativa que, con ajustes y transformaciones, perduraría durante siglos. No se trataba solo de dominar territorios, sino de organizarlos, legislarlos y dotarlos de una cierta coherencia política.

El imperio americano fue, al mismo tiempo, una fuente de riqueza y un espacio de conflicto permanente. La llegada masiva de plata, especialmente desde mediados del siglo XVI, permitió financiar las guerras europeas del emperador y reforzar su posición internacional. Pero esa misma riqueza generó desequilibrios profundos. La inflación afectó a la economía castellana, y la dependencia de los metales preciosos debilitó otros sectores productivos. América enriquecía a la monarquía, pero también la hacía vulnerable.

En el propio continente, la implantación del dominio español transformó de manera radical las estructuras existentes. La fundación de ciudades, la creación de redes administrativas y la integración en circuitos comerciales transatlánticos dieron lugar a nuevas formas de organización social. Al mismo tiempo, esa transformación implicó la desarticulación de sistemas políticos indígenas, la reconfiguración del territorio y la imposición de un nuevo orden cultural y religioso.

EN EL IMPERIO DE CARLOS V, EL IDEAL JURÍDICO DE ISABEL I, QUE CONSIDERABA A LOS INDÍGENAS VASALLOS LIBRES, CONVIVÍA CON PRÁCTICAS DE EXPLOTACIÓN



ASC

La Alegoría de Carlos V como señor del mundo, de Peter Paul Rubens (c. 1607), refleja la dimensión universal del imperio.

El resultado fue una realidad compleja, en la que coexistían continuidad y ruptura. En muchos lugares, las comunidades indígenas adaptaron sus formas de vida al nuevo contexto, manteniendo elementos de su identidad dentro del sistema colonial; en otros, la presión fue tal que provocó desplazamientos, crisis demográficas y profundas alteraciones sociales.

El legado de Carlos V en América no puede entenderse sin esa doble dimensión. El nieto de los Reyes Católicos fue el organizador de una expansión sin precedentes y el impulsor de un sistema imperial de alcance mundial. Bajo su reinado, Europa, América y, de forma indirecta, Asia comenzaron a integrarse en una red de intercambios que sentaría las bases de la economía global moderna. Pero, al mismo tiempo, ese sistema se construyó sobre desigualdades profundas, tensiones sociales y contradicciones jurídicas que no solo no desaparecerían, sino que se proyectarían en el tiempo.

En última instancia, la obra americana de Carlos V no fue un proyecto cerrado, sino un proceso abierto. Dejó un imperio en funcionamiento, pero también una serie de problemas estructurales que sus sucesores tendrían que gestionar: el equilibrio entre control central y autonomía local, la regulación del trabajo indígena, la dependencia económica de la plata o la integración de sociedades profundamente diversas.

EL MESTIZAJE: GERMEN DE LA HISPANIDAD

Como escribe Juan Miguel Zunzunegui, hispanista mexicano y brillante conferenciante, en su libro *Al día siguiente de la conquista*, castellanos, tlaxcaltecas y texcocanos comenzaron a construir la hispanidad: pueblo mestizo, cristiano y humanista, mágico y místico que dio la vuelta al mundo y engendró la primera globalización. Tras la conquista no amaneció un mundo en ruinas, sino un territorio en transformación. La caída de las grandes capitales indígenas no puso fin a una civilización para dar paso a otra, como durante mucho tiempo se ha simplificado, sino que abrió un proceso más complejo: el de la fusión entre dos universos que hasta entonces habían vivido de espaldas. Lo que comenzó en aquellos años no fue solo un dominio político, sino el nacimiento de una nueva realidad histórica.

En las calles de las ciudades recién conquistadas —Tenochtitlan convertida en México, Cuzco transformada sin desaparecer del todo— empezaron a convivir lenguas, costumbres y formas de entender el mundo profundamente distintas. Los castellanos no eran suficientes para poblar ni sostener aquellos territorios, y los pueblos indígenas no desaparecieron, pese al impacto devastador de las epidemias y la guerra. Entre ambos se fue tejiendo una sociedad nueva, en la que la alianza, la negociación y también la imposición jugaron papeles simultáneos.

Los tlaxcaltecas, aliados decisivos de Cortés, no quedaron al margen de este proceso. Muy al contrario, participaron activamente en la expansión del nuevo orden, acompañando a los españoles en otras campañas y asentándose en nuevos territorios. También los texcocanos, herederos de una tradición política y cultural refinada, se integraron en las estructuras emergentes. No se trató de una



ASC/WIKIPEDIA

Arriba, Universidad de Santo Tomás de Aquino en Santo Domingo. Erigida oficialmente el 28 de octubre de 1538, fue la primera universidad de América y nació con los mismos privilegios que las de Salamanca y Alcalá de Henares en España.

AQUELLA MEZCLA DARÍA LUGAR A UNA IDENTIDAD MESTIZA, CRISTIANA Y HUMANISTA, PERO TAMBIÉN MARCADA POR LAS TRADICIONES INDÍGENAS

simple sustitución, sino de una recomposición en la que los antiguos equilibrios se transformaron para dar lugar a otros.

De ese cruce nació el mestizaje, no solo como realidad biológica, sino como fenómeno cultural. Las creencias indígenas no desaparecieron, sino que se reinterpretaron dentro del marco cristiano. Las formas europeas se adaptaron a un entorno nuevo, y en ese proceso adquirieron matices distintos. El resultado fue una cultura mestiza, capaz de integrar lo visible y lo invisible, lo racional y lo simbólico, lo jurídico y lo ritual. Una cultura que no era ya plenamente europea ni plenamente indígena, sino algo distinto.

El cristianismo, impulsado por la Corona y las órdenes religiosas, se convirtió en uno de los ejes de esa nueva sociedad. Pero tampoco fue una imposición uniforme. En muchos lugares, las prácticas religiosas incorporaron elementos indígenas, generando formas de religiosidad profundamente originales. La devoción popular, las festividades y las expresiones simbólicas reflejan esa mezcla, en la que lo antiguo y lo nuevo se entrelazan.

Al mismo tiempo, y como ya hemos dicho, América dejaba de ser un mundo aislado para integrarse en una red que abarcaba todo el planeta. La plata de Potosí no solo llegaba a Sevilla, sino que acababa en los mercados de Asia. Los productos americanos transformaban las dietas europeas, y las rutas oceánicas conectaban espacios que hasta entonces no habían tenido relación. En pocas décadas, el mundo se hizo más pequeño y más interdependiente. Está claro que la primera globalización no fue un fenómeno abstracto, sino una realidad tangible.

En ese proceso, la monarquía de Carlos V actuó como marco político, pero no como único motor. La construcción de esa nueva civilización fue obra de múltiples actores: conquistadores, indígenas, religiosos, comerciantes, artesanos, mujeres y hombres que, en su vida cotidiana, fueron dando forma a una sociedad inédita, a una nueva civilización que no nació sin conflictos. Desigualdad, explotación y violencia formaron parte de su desarrollo. Pero junto a ellas surgieron también espacios de convivencia, intercambio y creación. Las ciudades, las universidades, las redes comerciales y las formas culturales que se consolidaron en el siglo XVI muestran una capacidad de integración que va más allá de la mera imposición.

Con el tiempo, aquella mezcla daría lugar a una identidad propia, que ya no podía explicarse únicamente desde sus orígenes. Una identidad mestiza, cristiana y humanista, profundamente marcada también por las tradiciones indígenas. Así, más allá de narrativas simplistas, el proceso iniciado tras la conquista puede entenderse como el origen de una civilización nueva, compleja y contradictoria, pero también creadora. En ese cruce de caminos, en esa fusión imperfecta, se gestó una de las realidades más decisivas de la historia moderna: la hispanidad. ■

El retiro del César en Yuste

El emperador, tras su abdicación en 1556, emprende su último viaje hacia el retiro en el Monasterio de Yuste, en Extremadura. ISTOCK

Las ceremonias de abdicación de 1555 en Bruselas fueron, en su solemnidad contenida, la representación política de un tránsito: el paso de un emperador que se retiraba no por derrota, sino por cansancio. Carlos V compareció ante los Estados de los Países Bajos en la gran sala del palacio de Coudenberg, apoyado en el brazo de Guillermo de Orange, símbolo de una juventud que heredaría un tiempo distinto. Frente a él, su hijo Felipe y su hermana María de Hungría, regente de aquellas provincias, escuchaban en silencio el discurso del monarca envejecido que, entre pausas y recuerdos, entregaba el poder que había unificado medio mundo. No hubo teatralidad, sino una conciencia exacta de la magnitud del gesto: el emperador, que había sostenido la idea de una *res publica christiana* universal, admitía que el gobierno de tantos reinos había excedido las fuerzas de un solo hombre.

La abdicación no fue improvisada. Carlos llevaba años preparando la transferencia ordenada de sus dominios, consciente de que la unidad imperial que había encarnado era ya insostenible. Las guerras, las deudas y la multiplicidad de frentes habían transformado el ideal universalista en una pesada maquinaria administrativa. El cansancio físico —gota, fiebres, la imposibilidad de montar a caballo— era inseparable del agotamiento político. A los cincuenta y cinco años, el emperador comprendió que su propia persona se había convertido en el único vínculo entre territorios que no compartían más que su nombre. Deshacer con prudencia ese vínculo fue su último acto de gobierno.

En Bruselas, los testigos comprendieron la rareza del momento: un emperador renunciaba voluntariamente a la corona imperial y a la hegemonía europea. La voz de Carlos, ronca pero firme, evocó los peligros afrontados —Francia, el Turco, la herejía— y la imposibilidad de dominarlos todos a la vez. Felicitó a los Países Bajos por su prosperidad, pidió fidelidad a su hijo y terminó reconociendo, con un realismo poco frecuente en los discursos monárquicos, que había cometido errores. La asamblea, conmovida, guardó silencio. En el gesto de ceder el poder, Carlos sellaba una idea nueva de la autoridad: la del soberano que reconoce los límites del poder y transforma su renuncia en una afirmación política.

Tras la ceremonia, permaneció algunos meses en Bruselas mientras se completaban los trámites jurídicos de la cesión. El reparto del Imperio era una operación delicada: a su hermano Fernando le correspondían los territorios austriacos y, de hecho, el título imperial —aunque transmisión formal y su reconocimiento pontificio no se consumarían hasta 1558—; a su hijo Felipe, las coronas de Castilla y Aragón, el ducado de Milán, los Países Bajos y el conjunto de las posesiones borgoñonas. La división respondía a un principio de funcionalidad geográfica y política: cada rama debía concentrarse en su propia esfera, evitando los conflictos que él mismo había sufrido al intentar gobernarlas todas. La monarquía de los Austrias quedaba así partida en dos, pero unida por lazos dinásticos y por una diplomacia familiar que aseguraría la continuidad de la hegemonía de los Habsburgo. María de

EL ITINERARIO DEL EMPERADOR DESDE LAREDO HASTA YUSTE TUVO ALGO DE PROCESIÓN FÚNEBRE ANTICIPADA

Hungría, figura discreta pero esencial, garantizó la transición administrativa de los Países Bajos, mientras en Viena el hijo de Fernando, Maximiliano, se preparaba como heredero de la nueva rama imperial.

RUMBO A YUSTE

La despedida de Bruselas fue discreta. El 15 de septiembre de 1556, Carlos emprendió su último viaje hacia España. La comitiva, reducida, estaba compuesta por fieles servidores flamencos, algunos consejeros y un pequeño cuerpo de guardias. En su equipaje llevaba pocas pertenencias personales: algunos relojes, libros devocionales, cartas y una colección de retratos familiares. El viaje marítimo hasta Laredo fue penoso; las tormentas de otoño y las dolencias del emperador obligaron a detenerse en varios puertos. Cuando finalmente desembarcó en la costa cántabra, el recibimiento fue solemne pero austero. España asistía al retorno de un rey que había partido cuarenta años antes como príncipe extranjero y volvía como mito envejecido.

El itinerario desde Laredo hasta Yuste, atravesando Burgos, Valladolid, Plasencia y Jarandilla de la Vera, tuvo algo de procesión fúnebre anticipada. A su paso, las ciudades se engalanaban, pero Carlos no buscaba homenajes, su propósito era llegar cuanto antes al monasterio extremeño donde pensaba pasar el resto de sus días. Yuste, fundación jerónima en el corazón de La Vera, ofrecía la combinación de recogimiento y comodidad que necesitaba: aislamiento relativo, clima benigno y la posibilidad de mantener correspondencia con el exterior. El emperador ordenó construir una pequeña residencia adosada al claustro, con una galería que comunicaba su aposento con la iglesia, así desde su lecho podía asistir a misa sin ser visto. Aquella arquitectura modesta traducía una concepción del poder que se retiraba sin abdicar del control.

El retiro en Yuste no fue una renuncia a la política pues mantuvo una intensa correspondencia con sus antiguos ministros, con su hijo Felipe y con los embajadores imperiales; leía informes, comentaba decisiones y sugería cautelas. En sus cartas se advierte la preocupación constante por el equilibrio europeo, la rivalidad con Francia, la amenaza otomana y, sobre todo, la consolidación del gobierno de Felipe en los Países Bajos. Aun desde su retiro, el emperador seguía siendo el eje moral de la monarquía que había construido.

Los testimonios de quienes le acompañaron coinciden en describir una rutina metódica: oración, lectura, paseo, correspondencia, visitas ocasionales. El emperador seguía interesándose por los relojes y mecanismos, símbolo de su obsesión por el orden del tiempo. También conservaba el gusto por los banquetes frugales y los debates teológicos. Su carácter, antaño enérgico, se había vuelto reflexivo, pero no resignado. Cuando le llegaron noticias de las primeras dificultades de Felipe en Flandes, lamentó no poder intervenir. A través de las cartas, sugiere estrategias, recomienda prudencia y recuerda a su hijo que la autoridad imperial no se sostiene sin la apariencia de justicia.

El invierno de 1558 agravó sus males. La gota le impedía caminar, las fiebres se repetían y las noches se alargaban en insomnio. Ordenó que se celebrasen misas por su propia alma y asistió, sentado en su silla, a los oficios fúnebres como si quisiera ensayar su muerte. Murió el 21 de septiembre, a los cincuenta y ocho años, rodeado de religiosos y servidores fieles. En sus últimos días había pedido que le leyeran los Salmos y que le recordaran los nombres de sus padres y abuelos, co-



ASC/WIKIPEDIA

El dormitorio de Carlos V en Yuste fue una austera habitación en el palacete anexo al monasterio, diseñado para que pudiera seguir los oficios religiosos desde la cama.

mo si quisiera cerrar el círculo de la dinastía que había sostenido. Su cuerpo fue enterrado en Yuste, pero pronto trasladado a El Escorial por orden de Felipe II, completando así el tránsito simbólico del Imperio al reino, del César al monarca.

UNA OPERACIÓN DE INGENIERÍA POLÍTICA

Mientras su cuerpo se apagaba en Extremadura, su política seguía desplegándose en los despachos de Bruselas y Viena. La abdicación de Carlos V no fue un acto de renuncia personal, sino una operación de ingeniería política. El emperador comprendió que su Imperio, vasto y heterogéneo, solo podría sobrevivir dividido en ramas complementarias. La unidad universal que había sostenido durante tres décadas se había demostrado incompatible con la lógica territorial de los Estados emergentes. Gobernar simultáneamente en Castilla y en Alemania, en Flandes y en Nápoles, implicaba atender a lenguas, leyes y religiones distintas, cada una con su propio centro de gravedad. El emperador no abdicó porque fracasara su proyecto, sino porque entendió que su éxito dependía de su desmembración ordenada. La partición de sus dominios fue su última forma de gobierno.

El reparto dinástico consolidó dos poderes hermanos, pero asimétricos. A su hermano Fernando le correspondieron los territorios austriacos y el título imperial; a su hijo Felipe, las coronas hispánicas, los Países Bajos, el Franco Condado, Milán y el inmenso imperio ultramarino. La monarquía debía permanecer indivisible en su sustancia —la defensa de la fe y del orden católico—, pero múltiple en su forma. Cada rama tenía una misión definida: Austria conservar el equilibrio en el centro de Europa; España proyectar la hegemonía en el Mediterráneo y el Atlántico.

Las razones de esta separación fueron múltiples. En primer lugar, las jurídicas: el Imperio no era patrimonio hereditario, sino electivo, y su transmisión requería la aceptación de los príncipes electores, que solo confirmaron formalmente la sucesión de Fernando en 1558. En segundo lugar, las culturales: Carlos sabía que su hijo, formado en la corte castellana, no tenía vínculos personales con los territorios germánicos ni interés en los complicados equilibrios confesionales del *Reich*. Por último, las razones políticas: España se había convertido en el centro

de la Monarquía, mientras el Imperio absorbía energías sin ofrecer beneficios proporcionales. La experiencia había demostrado que la idea universal chocaba con la resistencia local. Lo que el emperador no podía mantener unido por autoridad debía conservarlo unido por parentesco.

En la elección de los herederos se percibe un cálculo prudente, más que frío. Felipe recibía la parte más rica y extensa del patrimonio, pero también la más compleja en su administración. Heredaba los reinos ibéricos, con su aparato burocrático sólido y su expansión colonial en curso, junto con las posesiones borgoñonas y flamencas, eje económico de Europa. Era, en términos de la época, el heredero de la riqueza y del mar. Fernando, por el contrario, heredaba el centro geográfico del continente, con la responsabilidad de mantener la frontera imperial frente al Turco y de sostener la cohesión política de Alemania. Recibía menos recursos, pero mayor legitimidad institucional. El primero sería monarca absoluto de un conglomerado de reinos; el segundo, árbitro de una confederación de príncipes. En esa dualidad —España y Austria, monarquía e imperio— se gestaba el equilibrio que definiría la Europa de los siglos siguientes.

La decisión de mantener los Países Bajos subordinados a la corona española, y no a la imperial, ha sido interpretada como el punto más sutil de la estrategia de Carlos. Desde una perspectiva puramente geográfica, Flandes y Borgoña parecían pertenecer naturalmente a la órbita centroeuropea, sin embargo, el emperador consideró que su valor residía en su conexión marítima y económica con el mundo atlántico. Incorporarlas a la monarquía hispánica significaba integrar el comercio flamenco con la política mediterránea y colonial. Esa fue la lógica de la "vía española": la ruta terrestre que unía Génova con los Países Bajos, permitiendo trasladar tropas, metales y crédito entre Italia y el norte de Europa. El vínculo no era sentimental, sino estratégico. Flandes no se conservaba por tradición, sino porque constituía el punto de apoyo europeo de un poder ya esencialmente global.



MUSEO NACIONAL DEL PRADO

Carlos V y Felipe II (1639 - 1640), obra de Antonio Arias Fernández para el Salón Dorado del Alcázar de Madrid. Felipe II heredó la vocación imperial sin el título que la sustentaba.

AUN DESDE SU RETIRO, EL EMPERADOR SEGUÍA SIENDO EL EJE MORAL DE LA MONARQUÍA QUE HABÍA CONSTRUIDO

El reparto tuvo, además, un propósito diplomático de largo alcance. La unión de Felipe con María Tudor, reina de Inglaterra, reforzaba la alianza entre dos coronas católicas y ofrecía la posibilidad de un eje atlántico bajo dirección española. El matrimonio, concertado por el propio emperador, formaba parte del plan general de su sucesión: la herencia borgoñona debía integrarse en una red dinástica que neutralizara el expansionismo francés y equilibrara el protestantismo germánico. A través de Inglaterra, Felipe podía proyectar su influencia sobre el norte de Europa, asegurando la defensa de los Países Bajos frente a Francia y consolidando el control del Canal. Para Carlos, esa unión completaba la arquitectura del poder: España, Flandes e Inglaterra formaban un triángulo político y marítimo destinado a perpetuar la hegemonía católica. Que el matrimonio fracasara biológicamente no anulaba su valor político. Durante unos años, el emperador pudo creer que dejaba a su hijo una monarquía sólidamente encajada en el sistema europeo.

La abdicación transformó también la naturaleza del Imperio. En manos de Fernando, la dignidad imperial dejó de ser universalista para volverse territorial. El nuevo emperador renunció a la pretensión de dirigir la cristiandad y se concentró en asegurar la paz interior del *Reich* mediante acuerdos confesionales y reformas administrativas. Así, el Imperio de los Habsburgo austríacos se convirtió en una potencia regional, más modesta pero más estable. Carlos había querido mantener unido el viejo ideal medieval; su hermano lo adaptó a la realidad moderna. Esa transición silenciosa marcó el final de la Edad Imperial y el inicio de la política de Estados.

El legado de la abdicación fue, por tanto, una nueva configuración del poder europeo. Felipe II heredó la vocación imperial sin el título que la sustentaba. Su monarquía, desprovista de la legitimidad electiva del Imperio, debió construir una autoridad de carácter propio: la del monarca católico. La "monarquía universal" se convirtió en monarquía confesional, sostenida por la fe y la administración. En esa metamorfosis se advierte la intención de Carlos de asegurar la continuidad de su proyecto bajo otra forma. La división del poder no fue una ruptura, sino una mutación: del Imperio de la legalidad al Imperio de la organización. La herencia espiritual del emperador se trasladó al gobierno racional de su hijo, quien hizo de la prudencia política una forma de disciplina moral.

El gesto de abdicar, visto en perspectiva, fue el acto más moderno de Carlos. Renunciando a un poder indivisible, creó un modelo de articulación dinástica que sobrevivió a su persona. La Europa de los Austrias se construyó sobre esa división funcional: una rama central y otra periférica, una dedicada a la defensa del equilibrio continental, otra a la proyección marítima y colonial. La tensión entre ambas líneas —la de Viena y la de Madrid— acompañó toda la política europea del siglo XVII. Cada una representaba un aspecto del viejo ideal imperial: orden y expansión, estabilidad y misión. La abdicación no disolvió el Imperio; lo transformó en una constelación de poderes coordinados por la familia más influyente de su tiempo. ■

BIBLIOGRAFÍA

❏ Beneyto, José María. *La conquista, el imperio y la paz: Vitoria y Erasmo ante Carlos V*. Ediciones Cátedra, 2024.

❏ Carande, Ramón. *Carlos V y sus banqueros*. Editorial Crítica, 2016.

❏ De Ferdinandy, Miguel. *Carlos V. Su alma y su política. El último caballero de Europa*. Ediciones Áltera, 2008.

❏ De Santa Cruz, Alonso. *Crónica del emperador Carlos V*. Legare Street Press, 2023.

❏ Del Burgo, Jaime Ignacio. *Carlos V. Emperador de Occidente y pacificador de Navarra*. Editorial Amuzara, 2021.

❏ Fernández Álvarez, Manuel. *Carlos V, el césar y el hombre*. Espasa Biografías y Memorias, 2015.

❏ Fernández Álvarez, Manuel. *Carlos V: un hombre para Europa*. Editorial Austral, 2010.

❏ García Hernán, David. *Carlos V, imperio y frustración*. Editorial Paraninfo, 2023.

❏ García Ramírez, José Manuel. *Carlos V contra Barbarroja*. Editorial HRM, 2023.

❏ Izquierdo, Rafael. *Carlos V. poder, fe y destino de un emperador universal*. AlcarazEdiciones, 2026.

❏ Jiménez Zamora, Isidoro. *Isabel de Portugal, gobernadora. El poder a la sombra de Carlos*. Editorial Síntesis, 2019.

❏ Kohler, Alfred, García Ohkrich, Cristina. *Carlos V. 1500-1558. Una biografía*. Marcial Pons, 2001.

❏ Márquez de la Plata, Vicenta. *Póker de reinas: las cuatro hermanas de Carlos V*. Proyectas Editoriales Casiopea, 2019.

❏ Martínez Rico, Eduardo. *Carlos V. El viaje del emperador*. Imágica Ediciones, 2019.

❏ Parker, Geoffrey, Ball, Rachael. *Cómo ser rey. Instrucciones del emperador Carlos V a su hijo Felipe*. Centro de Estduios Europa hispánica, 2016.

❏ Parker, Geoffrey. *Carlos V: una nueva vida del emperador*. Editorial Planeta, 2019.

❏ Pavía. 1525. *La batalla en la que el emperador Carlos V apresó a Francisco I de Francia*. La Esfera de los Libros, 2024.

❏ Pérez, Joseph. *Carlos V*. Editorial Austral, 2015.

❏ Prescott, Wiliam H., Jaksic, Iván. *Vida de Carlos V tras su abdicación*. Urgoiti Editores, 2011.

❏ Ríos Mazcarelle, Manuel. *Carlos V, el emperador*. Editorial ALdebrán.

❏ Suárez; Luis. *Carlos V: el Emperador que reinó en España y América*. Editorial Ariel, 2020.

❏ Thomas, Hugh. *El Imperio español de Carlos V*. Editorial Planeta, 2010.

❏ Vilar Sánchez, Juan Antonio. *Carlos V, emperador y hombre*. Editorial Edaf, 2015.

❏ Vilar Sánchez, Juan Antonio. *Boda y luna de miel del emperador Carlos V. La visita imperial a Andalucía y al reino de Granada*. . Editorial Universidad de Granada, 2016.

❏ Villacañas Berlanga, José Luis. *Imperio, reformas y modernidad. El fracaso de Carlos V y la escisión del mundo católico*. Guillermo Escolar editor, 2020.



x.com/byneontelegram

MUY HISTORIA

REDACCIÓN
Directora: **Cristina Enríquez** (cenriquez@zinetmedia.es)
Coordinador de Diseño: **Óscar Álvarez**
Muy Interesante Digital:
Christian Pérez (cperez@muyintereante.com)

Colaboradores: **Rubén Buren** (revisor histórico).
Carmen Castellanos (edición y corrección),
Sergio Vázquez (maquetación).

DIRECCIÓN Y TELÉFONO
C/ Alcalá 79 1º A - 28009 Madrid; tel.: 810 58 34 12
Suscripciones: suscripciones@zinetmedia.es
Teléfono suscripciones: 910 604 482

zinet MEDIA GLOBAL

Consejera Delegada: **Marta Ariño**
Director General Financiero: **Carlos Franco**
Director Comercial: **Alfonso Juliá** (ajulia@zinetmedia.es)
Brand Manager: **Marta Espresate** (mespresate@zinetmedia.es)

Editada por **Zinet Media Global, S.L.**
Distribuidor exclusivo en España: Logista Publicaciones Distribuidor exclusivo en México: Sefeco México, S.A. de C.V., con domicilio en calle Corona No. 23, Colonia Cervecera Modelo, Municipio Naucalpan de Juárez, Estado de México. CP. 53330. Tel. (55) 7586 5532.

Número de Certificado de Reserva de derechos al uso exclusivo del Título MUY HISTORIA: 04-20O4-101814264400-102 de fecha 18 de octubre de 2024 ante el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

IMPRESO EN ESPAÑA. EDICIÓN: 07/2026
Esta publicación es miembro de la Asociación de Revistas de Información (ARI).

Depósito Legal: M-34023-2019. ISSN 2695-5377 © Copyright Zinet Media Global, S.L. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización expresa de la empresa editora.

«PLUS ULTRA»

Carlos V asumió como premisa de su reinado
este lema de origen latino que significa
«ir más allá de los límites establecidos».



MUY HISTORIA